

El acuerdo
IRLANDÉS

LEONA WHITE

EL ACUERDO IRLANDÉS

LEONA WHITE

Copyright © 2024 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 [Creado con Vellum](#)

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés

ÍNDICE

[Blurb](#)

1. [Declan](#)
2. [Cara](#)
3. [Declan](#)
4. [Cara](#)
5. [Declan](#)
6. [Cara](#)
7. [Declan](#)
8. [Cara](#)
9. [Declan](#)
10. [Cara](#)
11. [Declan](#)
12. [Cara](#)
13. [Declan](#)
14. [Cara](#)
15. [Declan](#)
16. [Cara](#)
17. [Declan](#)
18. [Cara](#)
19. [Declan](#)
20. [Cara](#)
21. [Declan](#)
22. [Cara](#)
23. [Declan](#)
24. [Cara](#)
25. [Declan](#)
26. [Cara](#)
27. [Declan](#)
28. [Cara](#)
29. [Declan](#)
30. [Cara](#)

BLURB

Casada a la fuerza, condenada a quedarse...

CARA

Mi vida nunca ha sido fácil, pero ha sido aún más dura desde que mamá se enfermó. Vivir en nuestra granja y hacerme cargo de las sus facturas médicas me ha dejado desesperada por dinero.

Cuando mi padre, del que estoy muy distanciada, me sugiere que me case con un capo irlandés, sé que no tengo elección, sobre todo por la promesa de liquidar las facturas de mamá.

Pero le oculto un secreto a mi prometido, Declan Sullivan: no puedo quedarme embarazada.

Así que le propongo un trato: si no estoy embarazada a los seis meses de casados, tiene que dejarme marchar.

¿Querrá hacerlo?

DECLAN

Le hice una promesa a mi padre en su lecho de muerte: que me casaría y tendría un heredero.

Cara Gallagher es mucho más joven, pequeñita y hermosa, pero también vulnerable. No puede manejar a un hombre como yo. Sin embargo, ninguno de los dos tiene elección.

Sobre todo cuando conozco a la pequeña belleza de pelo negro y empiezo a desear cada vez más su inocencia...

Piense lo que piense, mi anillo nunca abandonará su dedo. Es mía para quedármela...

Y mía para desplomarla.

★ *Enamórate de este oscuro y adictivo capo de la mafia y de su pequeña e inexperta rosa irlandesa. Léelo GRATIS con tu suscripción a Kindle Unlimited* ★

DECLAN

Declan

La sangre brotó de la boca de mi oponente cuando su cabeza se echó hacia atrás por el golpe. El jab fue duro y rápido, haciéndolo tambalearse hasta caer de rodillas, pero no había terminado, luchaba por mantenerse de pie antes de que me adelantara y con mi otra mano pudiera dar con su costado.

Un crujido fue mi recompensa, su áspero exhalar fue aún mejor. Lo mejor de todo fue su caída al suelo empapado de sudor del ring de pelea.

Toma eso, gilipollas.

Respirando con dificultad para recuperar el aliento, me mantuve alerta por si este combate, patrocinado por los Boyles, se reanudaba. Si quería más, si estaba dispuesto a luchar literalmente hasta la muerte, entonces yo estaba listo para ello.

En la distancia, fuera de este ring donde había derrotado a innumerables luchadores y entrenado a muchos más, noté a los espectadores frunciendo el ceño y haciendo muecas. Esto no era un combate para las multitudes. Estábamos resolviendo un asunto personal aquí, y que me condenen si a alguien de la familia Boyle se le ocurriera sugerir que alguno de mis hombres hizo trampa.

"¿Qué pasa ahora?", me burlé, limpiándome la mano sobre la boca. Mis labios no estaban partidos como los del hombre agotado y golpeado a mis pies. Aún no se había levantado. Encogido sobre su costado, protegiendo las heridas más dolorosas que le había infligido, se rindió.

"¿Quieren ir por ahí diciendo que los Sullivans somos unos mentirosos?". Gruñí, atravesando las cuerdas del ring.

El chico Boyle sacudió la cabeza, empujando a su compañero para que se fueran. "Vamos, salgamos de aquí."

Solté una risa seca mientras aceptaba una toalla de mi hermano, Ian, quien también estaba observando. Al alejarme del ring y acercarme a los dos hombres afiliados a la familia Boyle,

incliné la cabeza hacia un lado.

"¿Nada que decir?".

Peter Boyle me dedicó una sonrisa sarcástica pero su mirada era oscura, llena de desprecio y odio. Nunca nos habíamos llevado bien con nuestros rivales, pero con el tiempo, los Sullivans habíamos aprendido a mantener la distancia, y por su parte, los Boyles sabían que no debían meterse con nosotros. Excepto la semana pasada, cuando Peter afirmó que uno de mis luchadores había hecho trampa en el ring y que su hombre, ahora tirado en el suelo del ring y jadeando por sobrevivir, debería haber ganado aquella pelea.

"Vete al diablo, Dec". Peter sacudió la cabeza, saliendo con su lacayo.

"¡Oye!" Ian gritó, sonriendo mientras los veía irse. "Olvidaste sacar la basura".

Peter no se detuvo, se fue murmurando.

"Estúpido gilipollas". Mascullé, limpiándome la cara y asegurándome de que aquellos dos se fueran sin molestar a nadie más aquí. Los sonidos de los hombres entrenando se reanudaron y el bullicio habitual del gran gimnasio volvió a la normalidad. El Clan Sullivan se involucraba en todo tipo de negocios, muchos ilegales y peligrosos, pero este era mi favorito, la lucha. Si no los estaba entrenando, participaba yo mismo en los combates, y me lo tomaba muy personal cuando los Boyles difamaban mi reputación. Todos los hombres que luchaban bajo el nombre de Sullivan lo hacían honestamente. Defendíamos nuestra fuerza y honor, y castigaría a cualquiera que intentara hacer trampa.

"Veamos si se atreven a difamar a uno de nosotros la próxima vez", dijo Ian.

Asentí, mirándolo de nuevo. No era un pariente de sangre, solo un hermano adoptivo, pero siempre había sido mi mano derecha. Con su traje perfectamente ajustado, parecía fuera de lugar aquí. Este almacén sucio, ruidoso y propenso a la violencia estaba muy lejos de su oficina en la ciudad. Yo ofrecía un marcado contraste, sudoroso y en pantalones por la pelea.

"¿Qué te trae por aquí?", Ian y yo éramos cercanos, pero él manejaba muchas de las cuestiones administrativas para mi padre, el líder de nuestro Clan. No era común que se pasara por aquí, a menos que fuera la noche de una gran pelea. Entrecerré los ojos por el sudor que me caía en la cara mientras me desvendaba las manos.

"Papá...", su sonrisa de burla hacia los Boyles desapareció y las líneas en su rostro se acentuaron, marcando una expresión sombría, "no está bien."

"Dime algo que no sepa", resoplé, "no ha estado bien en años". Donal Sullivan era un irlandés imponente a quien nadie se atrevía a faltar al respeto, pero en los últimos diez años, sus problemas pulmonares habían empeorado gravemente. Su cuerpo fallaba más rápido con cada día que pasaba, y temía la idea de perderlo pronto.

Ian negó con la cabeza, metiendo las manos en los bolsillos. "No, está peor. Riley llamó y me dijo que los doctores han estado en la finca tres veces esta semana".

Maldita sea. Me pasé la toalla por la cara una vez más. Mis deberes me mantenían en la ciudad.

No solía estar en la enorme casa familiar donde papá permanecía, generalmente postrado en cama y tratando de tolerar un nivel moderado de actividad. No había estado en casa desde el fin de semana pasado, y podía confiar en la palabra de Ian y Riley.

"Debe ser grave si ella está llamando", dijo Ian, levantando las cejas.

"Lo sé". Donal Sullivan era un hombre orgulloso y había ordenado a su médico principal que minimizara la gravedad de su estado. Ian y yo a menudo sentíamos que no teníamos el cuadro completo de cuán cerca estaba nuestro padre de su lecho de muerte. Disimulaban los hechos y ya no nos contactaban con preocupaciones sobre el declive de papá. Si Riley, una de las cocineras y también amante de Ian desde hace mucho tiempo, se tomó la molestia de romper esa regla y actualizar a Ian sobre la salud de papá, tenía que ser grave.

"Voy para allá". Suspiré, tirando la toalla en el cesto donde se acumulaban. Después de darme una ducha rápida, conduciría directamente hasta la finca.

Ian caminaba a mi lado, observando también la actividad de los otros hombres que entrenaban y se ejercitaban. "Te espero, podremos ir juntos".

"Está bien". Porque si ambos estábamos allí para revisarlo, le resultaría más difícil echarnos.

Una hora más tarde, entramos en la casa de la finca y nos dirigimos apresuradamente a la habitación de papá. Dudaba que hubiera dejado su cama en al menos un par de semanas. Estaría en la misma posición, con el mismo temperamento agrio y gruñón, como la última vez que lo vi.

Sin embargo, no estaba preparado para cuánto había empeorado. Apenas podía respirar, demacrado y más delgado.

"Papá". Lo saludé con tono sombrío. No controlé mi tono, y sonó como una reprimenda.

"¿Cómo te sientes?", preguntó Ian mientras se acercaba a la cama conmigo.

Riley nos miró, levantó las cejas y salió de la habitación con la bandeja de una cena intacta.

"¿Que cómo estoy?", gruñó papá, "estoy muriendo. ¿Cómo esperan que este?".

Llevaba años diciendo eso.

"No te ves bien". Comenté tan neutralmente como pude.

"Parece que tú también necesitas mirarte en un espejo". Replicó, con actitud vivaz. Señaló su barbilla, indicando el lugar donde había recibido un golpe fuerte del luchador de los Boyles más temprano.

Me encogí de hombros, mirando el tanque de oxígeno colocado cerca de la cabecera de la cama. Como de costumbre, la delgada manguera transparente y la pieza nasal de plástico sin usar descansaban sobre el colchón.

Terco y testarudo.

Ian lo recogió y se lo ofreció, pero papá rechazó su ayuda con un manotazo. "Ah, no te molestes con eso. ¿De qué me serviría?".

"Para empezar, te ayudaría a respirar". Respondió Ian, resignado, soltando la manguera. Ambos estábamos demasiado acostumbrados a su terquedad como para insistir. Lo que Donal Sullivan quería, lo conseguía.

"¿Para qué prolongar mi sufrimiento?". Se rio, pero la risa se convirtió en tos y sibilancias. "A este paso, acabaré pidiéndoles que pongan fin a mi miseria".

Ian y yo nos miramos. Había expresado precisamente lo que ambos temíamos. Si papá alguna vez nos pedía algo así, nos costaría cumplir con un deseo tan definitivo. No queríamos perderlo, pero entendíamos lo miserable que debía sentirse.

"Pero es demasiado pronto, moriría sabiendo que no tienes un heredero".

Rodé los ojos y me senté en la cama.

"No puedo", insistió papá, "no puedo morir hasta que tengas un heredero. Me niego a irme a la tumba sabiendo que nuestra línea, nuestra familia, morirá contigo".

Ian se mordió el labio y metió las manos en los bolsillos nuevamente, su postura habitual cuando algo lo incomodaba. "No es como si no lo hubiera intentado".

"Oh, tonterías", replicó papá.

Pero lo había intentado. Dos veces.

"No te veo casado ahora mismo". Dijo, entrecerrando sus ojos azul claro hacia mí.

Abrí y cerré la boca, sin encontrar las palabras adecuadas, luchando por decidir cuánto tiempo más podía postergar esa tarea.

"Encontrarle una esposa es, uh, más fácil decirlo que hacerlo", comentó Ian.

Le lancé una mirada de fastidio. "Oye, tú también podrías embarazar a alguien".

Ian rio mientras papá negaba con la cabeza. "Me niego a morir hasta saber que has asegurado un heredero para el apellido Sullivan, nuestra sangre".

Ian se encogió de hombros, imperturbable. Todos sabían que no se podía esperar que él cumpliera con esa petición de papá. No solo era más joven que yo, sino que tampoco era hermano de sangre. Yo era el único, el único hijo.

"Siempre ha sido así", argumentó papá, "yo no hice las reglas, pero tienes que tener un heredero, Declan".

Y a través del matrimonio. Siempre me cuidaba al tener relaciones con una mujer. Lo último que necesitábamos era un hijo ilegítimo del que ocuparse. Tampoco quería lidiar con la molestia de una cazafortunas que se embarazara de mí esperando dinero.

"Tienes que encontrar a alguien", insistió papá.

"¿Crees que no lo he intentado?", me puse de pie y crucé los brazos, "me casé con Erin".

Él hizo una mueca de desprecio. "Quien se acostó con uno de esos italianos, y tuvo que ser con uno que tenía una esposa celosa".

Erin fue mi primer intento de matrimonio y de tener un heredero. Ese amante italiano la mató para borrar la evidencia de su infidelidad.

"Y Caitlin...". Negué con la cabeza. Mi segunda esposa se suicidó. Era demasiado frágil, demasiado traumatizada, según ella, por vivir con un monstruo como yo.

"Necesitas encontrar una maldita esposa que pueda durar lo suficiente como para darte un hijo". Papá suspiró, dejándose caer sobre las almohadas. Esta discusión no era nada nuevo, y cada vez que me suplicaba que resolviera esto, estaba más cansado de esperar y había perdido la esperanza.

Ian carraspeó. "He estado buscando a alguien".

Puse los ojos en blanco. Mi hermano jugando a ser casamentero, esto es ridículo.

"Pero no muchas familias quieren que sus hijas se casen con él".

Papá y yo nos miramos fijamente. "Es un buen hombre. Representa el futuro del nombre Sullivan. El próximo líder".

"Pero también es despiadado, propenso a ser brutal y muy impaciente", agregó Ian.

"Perder dos esposas no inspira mucha confianza", admití.

"¿Has preguntado a los Murray?". Papá levantó sus espesas cejas grises, mirando de Ian a mí.

No me importaba en lo más mínimo encontrar una esposa. Aunque entendía lo que papá esperaba de mí, me conformaba con que Ian intentara, y fallara, en conseguirme una esposa que se quedara.

"¿Shane Murray?", Ian se frotó la barbilla, "no, no lo he hecho."

"Tiene una hija". Papá asintió. "Saoirse, creo que se llama. Joven, pero ya debe tener la edad suficiente".

"¿Qué te hace pensar que Shane querría ofrecerla?", pregunté. Me importaba poco quién era o cómo lucía. Si tenía un cuerpo que podía follar, eso era todo lo que importaba. No iba a ser un esposo de verdad y pasar tiempo con ella. Tenía demasiadas cosas que hacer, y una vez que papá muriera, estaría completamente a cargo.

"No querrá...", dijo Ian, "cada familia que he contactado, ha sido un rechazo absoluto".

Le sonreí con sarcasmo. "Gracias por el voto de confianza".

"Solo digo la verdad".

"Ayudé a Shane Murray hace años. Se benefició de la protección de los Sullivan, y nunca ha pagado la deuda".

Ahora estaba intrigado. Tal vez esta sería la mejor solución.

"Contacten a Shane Murray...", nos dijo, "y dile que me debe. Nos debe una suma significativa que nunca podrá pagar ni en cien años. "Una tos interrumpió su discurso, pero logró terminar después de un momento. "Exige que ofrezca a Saoirse en matrimonio a cambio de su deuda".

Me levanté, asintiendo. Saoirse Sullivan. Haría que sucediera. "Lo contactaré ahora mismo". Ian podría encargarse de la correspondencia, pero yo cumpliría con mi reputación de ser el bastardo duro y rudo que todos los padres temen que sus hijas conozcan. Si Shane necesitaba algo de incentivo para aceptar este plan de pago, sería un placer encargarme de eso.

Lo que fuera necesario. Papá no tenía mucho tiempo con lo azules que estaban sus labios y lo débil que estaba para sentarse en la cama.

Le conseguiría un maldito heredero lo antes posible.

CARA

Cara

Las moscas zumbaban alrededor y yo agité el guante de trabajo para ahuyentarlas un poco mientras me apresuraba a salir de los establos. Si quería que en el hospital tomaran en serio mis llamadas, tendría más suerte llevando esta conversación lejos de las ovejas y los caballos. Los animales que balaban y relinchaban no me molestaban, pero dudaba que esta mujer de la ciudad pensara igual.

"Escuche, entiendo que quiera que sea paciente y espere..."

La mujer al otro lado de la línea suspiró. "No, *escuche*, señorita Gallagher, ya le he explicado esto varias veces. La política establece que si se pierde una cita..."

Me golpeé los guantes contra los jeans polvorientos, apretando los dientes. "¡Pero no la ha perdido! Mi madre no faltó a su cita".

"Desde mi perspectiva, parece que sí".

"No". Sacudí la cabeza, captando la mirada del único trabajador de los establos que aún podíamos permitirnos emplear en la granja de mi madre. Oscar levantó las cejas, dejando el tenedor en la pila de heno que estaba moviendo, y me observó mientras caminaba de un lado a otro en el exterior. No sabía qué haría sin ese viejo hombre. Me ayudaba a mantener este lugar en funcionamiento, y era todo lo que tenía. Todo lo que mi madre alguna vez tuvo. Nora Gallagher no contribuyó mucho al lugar que heredó de sus padres, pero yo di todo de mí.

"No perdió su cita. Un hombre de su oficina llamó la noche anterior y dijo que debía cambiar la hora de la cita a las tres en lugar de las once, esa es la confusión".

"¿Recibió un correo de confirmación para esta supuesta cita?", preguntó ella.

"¿*Supuesta*?". Contuve un gruñido de frustración.

"Sí, para la cita original a las once, que confirmamos. Luego *él* llamó y la cambió después de que confirmáramos la primera".

"Ese cambio no aparece en nuestro sistema", dijo, mientras se escuchaba el sonido de teclas a través de la línea. "Así que, según yo, esa solicitud de cambio nunca se realizó".

Arrojé mis guantes sobre un tronco.

"Déjame aclararlo. ¿Según *tú*, ahora estoy mintiendo? Este es *tu* error".

"No cometí tal error".

"Está bien, alguien en tu oficina lo hizo".

"No tengo ningún registro de eso".

"¿Quieres pruebas?", gruñí, "Tengo mi registro de llamadas. Alguien llamado Chad de tu oficina nos pidió que cambiáramos nuestras citas debido a un conflicto del doctor. No tengo todo el día para aceptar estos cambios de última hora, pero justamente pudimos ajustarnos ese día. ¿Y ahora esperas que entienda que esto es de alguna manera *mi* culpa? ¿O que estoy inventando esto para que mi madre no sea atendida por su especialista durante dos meses más? Esperamos cinco meses solo para conseguir *esta* cita".

Ella suspiró.

"Y si tu madre hubiera llegado a su cita a las once del doce, habría visto a su especialista como deseaba".

¿*Deseaba*? ¿Quién querría necesitar un especialista en su caso médico? ¡Nadie! Mi madre nunca deseó todo esto, una batalla tenaz contra el cáncer que no cesaba. Una enfermedad autoinmune. Una infección causada por un cocinero negligente en un restaurante. Ella nunca deseó nada de esto, pero era su destino en esta desafortunada vida. Era mi dolor de cabeza lidiar con lo mejor que pudiera. Perder la calma con esta recepcionista no era mi mejor momento, pero, por Dios, ¿cuánto estrés puede soportar una persona antes de estallar?

"Me niego a aceptar este cambio. Pregunta a tu personal. Habla con Chad. No me importa si no está documentado en tu sistema. Está en el *mío*".

"Temo que eso no sea posible".

Entrecerré los ojos.

"¿Y por qué demonios no?".

"Chad no está disponible en este momento".

Aleje el teléfono, cubrí el micrófono y grité. Agitado y sin aliento, regresé.

"No me importa. No vas a hacer que mi madre espere dos meses más por una cita que su oficina estropeó".

"No toleramos este tipo de comportamiento, señorita", replicó ella con tono desafiante.

"¿Ah, pero los empleados incompetentes tienen carta blanca a expensas de los pacientes?".

Ella resopló.

"No tengo nada más que decirte, excepto recordarte que se te cobrará una tarifa adicional por no haber asistido a la cita. Adiós".

Al oír el tono de desconexión, sujeté el teléfono con tanta fuerza que creí que se rompería.

"¡Te odio!", grité, sabiendo que mamá estaba dormida al otro lado de la casa. No la despertaría de su siesta, pero necesitaba desahogarme de alguna manera. Si no estaba corriendo para llevarla a sus citas en la ciudad mientras no descuidaba la granja, era buscando dosis disponibles de sus medicamentos. Todas, porque necesitaba una variedad de fármacos impresionante para mantenerla lo más saludable y libre de dolor posible.

"Cara...", Oscar se acercó con cautela. Siempre había sido una figura clave en la granja, había crecido bajo su tutela y aprendí todo lo que sé sobre el trabajo aquí. No podía desahogarme con él, pero me irritaba que intentara hablarme en este momento.

"Podemos intentar reorganizar algunas cosas para que no te resulte tan difícil llevar a Nora a sus citas", sugerí.

Oh, por Dios. ¿Por qué todo el mundo está ignorando que esto no es mi culpa?. La frustración me estaba desbordando. No entienden que he reordenado mis tareas para que ella llegue a tiempo, y ahora *ellos* están jugando conmigo.

"No es eso, Oscar...", le advertí, "ellos alegan que es solo un error administrativo. Siempre hago tiempo para el cuidado de mi madre". Era una realidad. Citas médicas, análisis de sangre, diálisis hasta que pudiera recibir un trasplante de riñón, terapias y más citas para controlar sus medicamentos. La lista era interminable, pero nunca le he fallado. No podía. Era todo lo que tenía en este mundo, además de la granja que mantenía unos pocos dólares en su cuenta bancaria después de cubrir todos los gastos.

"Está bien, pero solo digo..." Oscar se encogió de hombros, casi con timidez, "podríamos vender parte del terreno para tener un colchón para estos casos. Si vendes el segundo tractor, tal vez podríamos contratar a alguien más para ayudar aquí".

Bajé la cabeza. Tenía que sacar ese tema *de nuevo*. Oscar y yo nunca estábamos completamente de acuerdo en cada decisión, pero él no entendía. Necesitaba ser cuidadosa para ahorrar para el trasplante de riñón de mamá, si es que algún día se le asignaba uno. No veía los estados de cuenta como yo.

Ya agotada de lidiar con la mujer en la oficina del especialista, no tenía energías para discutir una vez más por qué no estaba de acuerdo con las sugerencias de Oscar. Sonaban bien en teoría, pero él no conocía el panorama completo. Confiar en Oscar para que se encargara de la granja era una cosa, pero permitirle ver cuánta deuda había acumulado Nora para mantenerse con vida era algo que no estaba dispuesta a mostrarle.

A veces, me costaba todo lo que tenía mantenernos a flote. Hoy era otro de esos días difíciles en los que no sabía si ya estaba ahogándome o no.

"Contratar a otro trabajador de establo ayudaría a aumentar los ingresos, ¿sabes?", dijo,

apoyando las manos en las caderas. "Más trabajo significa más ingresos con más ovejas para vender".

Sacudí la cabeza. *No tengo la libertad para hacer esa inversión.*

"Y con tu ausencia frecuente...", hizo una mueca, "es mucho para mí, encargarme de tu parte".

Tomé mis guantes y lo miré con desdén. "No estoy 'ausente'".

"No lo digo de esa manera". Se apresuró a seguirme mientras regresaba al granero principal.

"No estoy descuidando nada", le respondí con firmeza. ¿Cómo se atrevía a insinuar eso? Me esforzaba al máximo para mantener la granja funcionando y para llevar a mamá a sus citas. Cada mañana deseaba escapar de todo. Y cada noche, cuando me acostaba exhausta del trabajo manual, rezaba por tener otra opción en mi vida. Cualquier otra opción. Un final para todo este estrés y el trabajo agotador.

"¡Cara!", Oscar se esforzaba por seguirme el ritmo. "No lo digo con mala intención, pero es mucho. Cuando no estás aquí, no es fácil mantener el ritmo. Esta granja es mucho para una persona. Ya es mucho para dos".

"No sé qué decirte", respondí, deteniéndome en la cerca donde necesitábamos esquilarse las ovejas. "Esto es lo que hay, y no voy a perder más tiempo discutiendo contigo. Mientras el sol brille, haré lo que pueda y esperaré que sea suficiente".

Oscar frunció los labios mientras yo abría la puerta del establo y dejaba que el panel de madera se cerrara de golpe detrás de él.

Mi teléfono sonó justo cuando iba a tomar las tijeras de podar, y me dejé caer hacia atrás, frustrada. Había tentado a la suerte. Si esa llamada era de la oficina nuevamente, o de cualquier otra persona acosándome por dinero o cambios de citas, probablemente perdería todas las horas productivas del día.

Vi un número desconocido en la pantalla y respondí con voz cansada. "¿Hola?".

"¿Cara Gallagher?".

Suspiré largo y tendido, mientras me sacudía las moscas. "¿Quién habla?".

"Le llamo en nombre de Shane Murray", dijo la voz del otro lado.

Rodé los ojos y sonreí con una risa nerviosa. 'Oh, claro, una llamada amistosa de mi padre'. No sabía nada de él desde que tenía cinco años. "¿Y qué quiere? Porque claramente no debería planear hacer nada de trabajo hoy". Puse mi bota sobre la barandilla. "Adelante, hombre de ciudad. Ilumínate. Dime qué mensaje podría querer compartir conmigo mi padre ausente y despreciable para que no pueda hacer nada en todo el día. Vamos, no te dé vergüenza".

El hombre aclaró su garganta, sin comentar sobre mi tono sarcástico. "La familia Murray desea ofrecer el pago total y completo de la deuda pendiente y las facturas médicas de Nora Gallagher".

Me quedé paralizada, ignorando los balidos de las ovejas, los relinchos de los caballos y las moscas zumbando. Mi atención se centró en lo que decía aquel hombre.

¿Pago completo? ¿Así de fácil?

"Te escucho". No perdí tiempo en enfurecerme por el hecho de que mi padre se hubiera entrometido en nuestras vidas para descubrir que mi madre tenía deudas. Al mismo tiempo, me negaba a ser tan crédula.

Debía haber un truco. Lo sabía.

"La familia Murray también desea ofrecerse para cubrir el cuidado médico continuo de Nora Gallagher, con cuidado *privado*", añadió con énfasis.

Privado, es decir, sin largas esperas.

Fruncí el ceño, desconfiada por la llamada inesperada. El hombre ni siquiera podía llamar él mismo. Tenía a un asistente para hacerlo. "Por la bondad de su corazón, ¿verdad?".

"No".

Levante las cejas, sorprendida de que fuera tan honesto al respecto.

"Los señores Murray desean invitarle a conversar con ellos sobre este arreglo".

Otra salida del campo. Oscar se quejaría nuevamente de que me estoy ausentando, pero me preguntaba si esto podría valer la pena. Aunque estaba en guardia y escéptica, consideré investigar más, después de todo, ¿qué demonios podría querer de mí mi supuesto padre que fuera tan malo?

"¿Cuándo?".

"Los Murray desean verla mañana".

Los Murray. Sonaba tan formal. Oficial. Como si fueran extraños... y él lo era. Shane Murray dejó a mi madre cuando yo era una bebé y se fue directamente a los brazos de Keira, con quien formó una familia real mientras yo era la hija no deseada. Mientras que con mi madrastra y mi hermana construían una vida juntos, yo era solo la hija que él había decidido abandonar.

"¿Mañana?".

Por el amor de Dios. Me pasé la mano por la frente, pensando en la lista de cosas que debía hacer antes del día siguiente.

Mi teléfono emitió un pitido con un nuevo correo. "Un momento, por favor".

Silencié la llamada y eché un vistazo al mensaje entrante. Era otro recordatorio sobre las tarifas para asegurar un lugar en la lista de espera para la cirugía de mi madre.

Sintiéndome atrapada, suspiré y reanudé la llamada.

"Está bien, los veré mañana".

DECLAN

Declan

Justo después de hablar con mi padre, contacté a Shane Murray. Respondió confundido por la llamada directa. Su primera respuesta estúpida fue preguntarme por qué no había pasado por su asistente, como si yo fuera sirviente que debía seguir canales para llegar a un imbécil tan egocéntrico como Shane.

Una vez que me identifiqué, mostró el grado adecuado de miedo al darme cuenta de que estaba contactándolo directamente.

Cuando le dejé en claro que esperaba a Saoirse como mi esposa a cambio de saldar su deuda, se quedó en shock.

Titubeó, demasiado atónito para responder con la respuesta obvia a mis demandas: "*Sí, señor Sullivan, le diré a mi hija que se prepare para casarse con usted en una semana*". En lugar de eso, cuando dicté que quería que se arreglaran los detalles en un día, alternó entre quedarse en silencio y balbucear, diciendo que haría que sus 'colaboradores' se pondrían en contacto con mis 'colaboradores' para concretar los detalles.

Eso fue hace cuarenta y ocho horas.

Como si pudiera contar con tratar con alguien que no fuera yo. Ian había conseguido que uno de los médicos le dijera que estimaba que mi padre viviría unos pocos meses más como mucho.

El tiempo es esencial. No iba a esperar a que los colaboradores de Shane contactaran a mi personal. Era hora de elevar la negociación a un encuentro directo.

Demostraría a mi padre que estaba equivocado. No moriría sin saber que había un heredero listo para tomar las riendas de la familia después de mí.

Ian me observaba de arriba abajo mientras esperaba cerca de su coche. No necesitaba que viniera, pero nunca estaba de más tener respaldo. Además, había descubierto que Ian podía hablar de manera más diplomática que yo.

Sus labios se curvaron, pero no compartió sus pensamientos.

"¿Qué pasa?", fruncí el ceño, mirándome a mí mismo.

"Te ves... bien".

"Cállate". Me veía *bien*. No había ni una mancha de sangre en mis manos por primera vez. No podía hacer nada con los moretones, y ni siquiera lo intentaría.

"Podrías intentar sonreír", sugirió mientras nos subíamos al coche.

"Vete al diablo". Suspiré, cerrando los ojos por un momento mientras intentaba relajarme en el asiento de copiloto. La noche anterior había dormido mal, y sentía cada uno de mis casi cuarenta años encima.

"Solo digo", respondió con buen humor, acostumbrado a recibir mis comentarios. "Si vas a conocer a tu futura esposa, no estaría de más *parecer* amigable".

"No seré amigo de mi esposa", respondí con frialdad. Lo único que necesitaba de ella era que me diera un hijo.

"Procura no asustarla *antes* de casarte".

Negué con la cabeza. "Qué gracioso".

"¿Crees que intentará echarse atrás con el trato?", preguntó, serio ahora mientras conducía hacia la casa de los Murray.

"No". Me enderecé, alisando mi chaqueta. "*Aún* no me ha dicho que sí". Tampoco dijo *que no*, lo cual era algo a lo que me aferraría. "Creo que mi llamada lo sorprendió, y en el shock del momento no sabía qué decir".

Ian soltó una risa breve. "Pero ya ha tratado con papá antes".

"Hace veinte años".

"Aun así, debería saber que nadie le dice que *no* a un Sullivan".

"Estoy de acuerdo". Por eso planeaba reiterarlo en persona. Shane Murray era un estúpido de poca monta con tanta arrogancia que su ego no le permite reconocerlo. No se sentirá tan importante ni presuntuoso cuando hablemos cara a cara. Aunque lo sorprendiera simplemente al aparecer aquí, entenderá que no tiene bases para rechazar mi oferta.

Revisé los registros. Shane nos debía una gran cantidad de dinero y no había pagado ni un solo centavo.

"¿Listo?", preguntó Ian cuando llegamos unos minutos después.

Le lancé una mirada de desdén. "¿Te refieres a si *él* está listo?". No estaba preocupado. No tenía motivo para estar ansioso por hacer que mis demandas fueran claras en persona.

Ian sonrió. "Sabemos que no estará listo", dijo mientras nos acercábamos a la puerta.

No había anunciado mi visita, pero desde que lo llamé, debía estar sudando y nervioso. Especialmente después de haber tenido la osadía de cesar las comunicaciones.

Ian levantó el dedo hacia el timbre, pero yo me adelanté, golpeando la puerta con el puño. Él esbozó una sonrisa sutil y yo encogí los hombros. "No estamos en una maldita merienda de té, hermano".

"No, no lo estamos".

Un mayordomo corpulento abrió la puerta, intentando sin éxito en verse regio. El destello de alarma en sus ojos fue la primera señal de que sabía quién era yo.

"¿Dónde está Murray?", dije, pasándolo por alto.

"Oh...Yo...Señor...Espere...". Tropezó con sus exclamaciones, trotando detrás de mí. Ian se rio, siguiéndome el paso, y esperaba al menos que él estuviera divirtiéndose.

"¿Murray?", grité.

"¿Qué *demonios* es todo este escán...?" La mujer que hablaba se detuvo en seco al entrar en el vestíbulo. Sus tacones hicieron un último clic en el pulido suelo de mármol. Vestida con un traje de pantalón beige, formal y demasiado rígido para su figura poco agraciada, me miró con la boca abierta. "¿Quién...?". Sus labios se apretaron mientras sus ojos se abrían aún más.

El shock en sus ojos me pareció una recompensa. El miedo que rápidamente lo reemplazó elevó mi ánimo. "¿Dónde está Murray?", exigí.

"No puede... No tiene permitido entrar en mi casa y hacer demandas así".

Me acerqué a ella hasta que su perfume penetrante irritó mi nariz. Al elevarme sobre ella, la observé una vez más. Plástica, tensa y rígida. Agresiva, pero no lo suficientemente segura para mantener la postura cuando la miré con desdén.

"Puedo hacer lo que me dé la gana".

"Dec", Ian suspiró. "Quizás sea mejor si te presentas a la madre de tu prometida antes de aterrorizarla".

Sus labios se presionaron aún más. La ira y la determinación ardían en su mirada. "*Nunca* te casarás con mi hija".

Me volví hacia Ian, mofándome. "Vaya, parece que sí quieren decirme que no, después de todo".

"No, no. Eso no... No. Keira, por favor, déjame manejar esto", dijo Shane Murray al bajar corriendo por las escaleras. Al vernos enfrentados, intentó sonreír. La expresión no duró. Al pisar el suelo, parecía a punto de orinarse. "Dec, mi hombre".

"No te acerques a mí... y es señor Sullivan".

"Sí. Sí. Uh, señor Sullivan". Se acercó apresuradamente, agarrando el brazo de Keira para apartarla.

Ella se liberó, lanzándole una mirada fulminante a su marido. "Él no es...".

"¡Shh! ¡Shh!". Shane intentó forzar una risa, haciendo un gesto para que ella se callara. "Discutamos este asunto como hombres. Si es tan amable, señor Sullivan, he estado esperando con interés su visita". Con una sonrisa rápida pero débil, hizo un gesto para que entrara al salón con él.

"¿Con interés?". Lo miré con desdén. "Estabas esperando no volver a saber de mí".

"¿Cómo cree usted?", exclamó Keira antes de que avanzáramos más. "No, de ninguna manera". Se acercó a nosotros, lanzando una mirada de desdén a Ian cuando se unió. "No permitiré que esto ocurra", reprendió, "no confío en que tú hables en nombre de Saoirse".

Resoplé, cruzándome de brazos junto al sofá al que Murray me había dirigido. "¿Quién lleva los pantalones aquí, para saber a quién dirigirme?".

Murray balbuceó, indeciso sobre qué decir mientras Ian se sentaba. Una vez más, hizo un gesto para que me sentara. "Siéntese, Declan".

Me acomodé en el rígido e incómodo sofá frente al que él ocupaba. Keira se sentó junto a él, con la espalda erguida y una mirada inquisitiva.

"Señor Sullivan, la respuesta es no", dijo ella, "mi hija no se casará contigo".

"¿*Tu hija*?", preguntó Ian, alzando las cejas tanto a ella como a Shane. "¿No es su hija?".

Una foto enmarcada en la mesa auxiliar captó mi atención. La delgada morena posaba con una sonrisa en la cámara, y me pregunté si esa era Saoirse. Se veía rígida, demasiado delgada, como si pudiera romperse con una embestida. Ya podía imaginarme las quejas que una mujer así haría...y esos pechos falsos. Dios. ¿Sería mucho pedir una mujer *real*? Una con algo de carne, que pudiera soportar un buen golpe. ¿Y unos pechos naturales para agarrar?

Keira notó mi mirada y, al darse cuenta de dónde estaba enfocando, se levantó y abrazó el marco de la foto como si fuera un escudo. "Saoirse no se casará *contigo* a cambio de una supuesta deuda absurda...", resopló, "probablemente lo has inventado todo".

Miré a Shane, quien se removía en su asiento, evitando el contacto visual. Luego volví a clavar mi mirada en ella. "¿Me estás acusando de mentir?", gruñí.

Ella no se movió, aparentando contener la respiración mientras sostenía el marco de la foto como si fuera un escudo.

"No", Shane rio nerviosamente ante el estallido. "No, Declan".

"Señor Sullivan", le corregí.

"No, señor Sullivan. Ella no te está *acusando* de mentir. No, para nada". Acarició el antebrazo de Keira hasta que ella se lo quitó de su alcance. "Simplemente no lo recuerda. Fue hace mucho tiempo, ya conoce a las mujeres...", resopló, "no conocen los detalles de los negocios".

"Entonces *sabes* que debes a la familia Sullivan una suma significativa". Ian sacó una impresión

de su bolsillo interior, la colocó en la mesa de café entre los sofás y la giró con el dedo para que la pareja la viera.

Los ojos de Keira casi se salieron de sus órbitas. Shane se estremeció. "Uh, el número es un poco más alto de lo que recordaba, *pero*, sí...".

"Considera que eres afortunado de que mi padre no haya decidido inflar los intereses después de todo este tiempo. No has pagado un solo centavo, pero, si aceptas organizar una boda en el plazo de una semana, uniendo a tu hija conmigo en matrimonio, limpiaré la deuda".

Keira soltó un lamento. "No". Ahora agarraba el antebrazo de Shane, hundiendo sus uñas bien cuidadas en la manga de su chaqueta con tal fuerza que parecía que podría rasgar el tejido. "No, señor Sullivan. *Debe* considerar a otra persona para el matrimonio".

Ian soltó una risa ligera. "Hemos considerado todas las opciones posibles".

Cállate. Ya estaba claro que esa mujer no quería casar a su hija con alguien como yo. Ian no necesitaba empeorar mi imagen explicando que Saoirse era mi última opción.

"No *mi* hija", suplicó ella.

"Murray". Me levanté y levanté el papel frente a su rostro. "¿Debo cobrar esta deuda ahora mismo, o habrá una maldita boda al final de esta semana?".

Shane tragó saliva, con la nuez de Adán moviéndose. "Sí". Se estremeció ante el apretón de Keira en su antebrazo, tratando de librarse de su agarre. "Sí, arreglaremos la boda".

Ian se levantó, asintiendo una vez en señal de aceptación. "Entonces nos pondremos en contacto".

Mantuve una mirada fija sobre ellos hasta que seguí a Ian afuera. No nos molestamos en hablar con el mayordomo, quien ya no estaba allí. Probablemente se había asustado tanto que se había ido corriendo.

Pero no nos fuimos de inmediato. Ian miró alrededor, inclinando la cabeza hacia el costado de la casa. Fruncí el ceño y lo seguí, dándome cuenta de que quería escuchar a Keira y Shane. Su discusión no era difícil de escuchar. Con las ventanas abiertas y sus voces elevadas, nos quedamos en la acera y lo oímos todo mientras permanecíamos allí.

"Has perdido la cordura si piensas que vamos a arreglar una boda", gritó ella.

"Creo que tenemos que hacerlo", se quejó Shane.

"No, no lo haremos. ¡No de esta manera!", amenazó antes de que se escucharan los tacones de sus zapatos. Se oyó el portazo dentro y Shane gimió.

Ian y yo regresamos a su auto. Una vez dentro, dejé que la tensión de la irritación y la impaciencia se desvaneciera con un profundo suspiro. "Si no cooperan...", prometí, "los arruinaré".

Ian asintió, poniendo el auto en marcha y alejándose. "Así es, hermano".

CARA

Cara

No sabía qué esperar cuando me dirigí a ver a mi padre. Shane Murray parecía vivir en un mundo completamente diferente al mío. No lo había visto en años, y la última vez que lo hice, me trató como si fuera una escoria que no quería ni mencionar. Eso lo recordaba desde mi perspectiva de niña, y ahora, a mis veintidós años, estaba aún más cauta.

Sentirse no deseada solidifica muchas cosas. Yo era una extraña, invitada a su lujosa casa. El mayordomo parecía una broma, al igual que toda la decoración ostentosa y los adornos. El candelabro colgaba con más gemas y cristales de los que podría imaginar. Mi primera impresión al cruzar el umbral fue lo molesto que sería limpiar todos esos objetos finos de diseño para que los invitados notaran e identificaran esta residencia como un lugar donde el dinero se derramaba libremente de las carteras.

Tonta de mí. Ellos tenían un equipo, no, un ejército, una legión de subordinados para hacer el trabajo pesado. Shane nunca tuvo que levantar un dedo. Mi madrastra nunca cocinó ni mantuvo la casa. Ni hablar de Saoirse, bueno, probablemente era una niña caprichosa y egoísta ahora.

Ignoré la entrada pomposa y seguí al mayordomo barrigón. Resoplaba y se quejaba, claramente no aficionado al ejercicio, mientras me llevaba más adentro de la casa, pasando lo que parecía un salón. En lugar de llevarme a una sala de recepción para entretenimiento, me condujo al despacho de mi padre.

Él estaba allí, viéndose más viejo de lo que recordaba. Nunca me había importado mantener contacto con ellos, pero veía cosas en línea de vez en cuando. Saoirse amaba estar en el centro de atención, y supuse que se consideraba una *influencer* en redes sociales, o tal vez intentaba ser modelo. No lo recordaba y mucho menos me importaba.

"¿Qué quieres?", crucé los brazos, ignorando al mayordomo que me dejó en el gran despacho. Las ventanas altas dejaban entrar la luz crepuscular, pero numerosas lámparas iluminaban el lugar con intensidad.

Keira fue la primera en girarse. Mi madrastra estaba allí con mi padre, examinando algo en una

mesa al fondo del escritorio. Al girarse para mirarme, mostró también cómo el tiempo la había afectado. Más plana, con más peso, sin curvas. Siempre había sido una mujer de aspecto poco atractivo, pero eso no le había impedido recurrir a la cirugía estética para intentar darle algo de atractivo a su apariencia.

Y todavía no lo lograba.

"Por fin te presentas", dijo con desdén.

Mi padre también giró hacia mí, levantando las cejas en sorpresa al mirarme, como si no hubiera contado con que yo viniera en absoluto.

"Oh".

"¿Qué quieres?", no estaba aquí para jugar a ningún juego.

Keira rodeó el escritorio, manteniendo su actitud altiva y su perfil erguido. Con todos esos estiramientos faciales, su rostro apenas se movía. Parecía una muñeca moldeada frunciendo el ceño sin mostrar líneas. "¿Así saludas? ¿Dónde están tus modales?", sonrió con desdén, "¿dónde está tu sentido de la propiedad?". A pesar de su rostro inmóvil, vi cuánto me menospreciaba.

Vestida con jeans y una camiseta sencilla, me sentía cómoda y fiel a mí misma. Me había cepillado la coleta antes de venir, y estaba mayormente limpia. El borde de mis botas estaba manchado de barro, o tal vez de estiércol. No me importaba de ninguna manera. Lo que viesan era lo que recibirían: una mujer trabajadora que se esfuerza al máximo para mantener viva a su madre y evitar que el negocio familiar fracase.

"No me importa ser correcta ni tener modales. Tengo problemas reales de los que preocuparme". Bajé los brazos y apoyé una mano en la cadera. "Tienes cinco segundos para decirme qué quieres o me voy".

"Oh, ¿crees que puedes dirigirte a mí de esa forma?", replicó Keira, "¿me hablas así?".

La rodeé, ignorando su aproximación, y me dirigí directamente a mi padre. "Tu asistente me contactó. No estoy para juegos, habla ahora".

Él frunció el ceño, claramente descontento con mi llegada imponente. "¡Te convoqué el martes!".

"¿Convocar? No soy un perro para que me llames". Aún me preguntaba por qué me había contactado en absoluto. Debía querer algo. Esa era la única razón por la que se pondría en contacto conmigo. Lo que quería, no tenía idea. Pero saber que deseaba algo era un poder que usaría con cautela.

"Se suponía que debías estar aquí el miércoles", gruñó, impaciente.

"Es una pena...", respondí con desdén, "no pude escaparme".

"¿De qué?", se burló Keira, "como si tuvieras una vida".

Le lancé una mirada fulminante, pero decidí que no valía la pena gastar mi energía en ella. Tenía la intención de venir el miércoles como él había exigido, pero entonces mamá tuvo que ser

ingresada de urgencia al hospital. Otra infección. Luego, uno de los caballos se lesionó, y tuve que suplicar al veterinario que viniera rápido, aunque aún le debía por las últimas dos visitas. Las ovejas se escaparon. La máquina de procesar lana se descompuso. Luego Oscar tuvo un accidente con el mejor camión que usábamos en la granja. Tan pronto como traje a mamá de vuelta del hospital, cayó en uno de sus estados depresivos, diciendo que era una carga para mi alma.

A veces, realmente sentía que lo era. Odiaba pensar así. Solo cuando estaba excesivamente estresada me permitía sentirme así. La amaba, era todo lo que tenía, pero cuando se sentía abrumada por su enfermedad y desesperanza, mi corazón se rompía. Ya llevaba demasiadas responsabilidades, abogando por su salud y manejando la granja, pero cuando necesitaba consuelo, tenía que frenar aún más y asegurarme de que supiera que podía estar presente y que la amaba sin importar qué.

Estaba al borde de mis fuerzas, maldita sea. Así que, si mi padre y mi madrastra tenían algún plan para perder mi tiempo, no dudaría en estallar.

"Aquí estoy ahora. Tómallo o déjalo".

Intercambiaron una mirada, como si se comunicaran con ese simple gesto.

Él rodeó el escritorio, colocándose junto a Keira.

"Siéntate", me ordenó ella.

"No". Crucé los brazos nuevamente. Estaba a la defensiva, cautelosa y asumiendo que esto sería una trampa. No les permitiría imponerme un mínimo de poder, mirándome desde arriba.

"Eso no importa mucho", dijo mi padre, suspirando.

"Dijiste que cubrirías las facturas médicas y las deudas de mi madre. Que te encargarías de los costos médicos constantes", eso solo sería un enorme peso fuera de mis hombros. Tal vez entonces podría concentrarme en convertir la granja en algo más que un negocio mediocre y convertirla en un lugar próspero con personal real, nuevo equipo y más libertad para invertir en ella.

"Y lo haremos". Miró por encima de mi hombro, sonriendo dulcemente. "Oh, ahí estás, querida". Su voz estaba empapada de azúcar cuando Saoirse entró en la sala. Me pasó rozando con su hombro huesudo, y yo me rodé los ojos.

"Así que, finalmente apareció", dijo Saoirse, sonriendo mientras se sentaba en una silla. Mirándome como si supiera algo que yo no, cruzó las piernas y movió el pie con tacón.

Me estaba cansando de estos comentarios sobre mi llegada tarde. No podía detenerme y abandonar lo que estaba haciendo para venir aquí a jugar juegos.

"¿Cuál es el truco?", exigí, perdiendo la paciencia.

"Te casarás con el hombre que quiere a *Saoirse*", dijo ella, mirando a su madre con una sonrisa radiante.

"¿Qué?", respondí, perpleja, preguntándome si esto era una broma, si se aburrían tanto que decidieron llamarme para hacerme venir hasta aquí como una burla.

"Te casaras con el hombre interesado en convertir a Saoirse en su esposa. A cambio, nosotros cubriremos todas las facturas y gastos de Nora", Keira me lanzó una mirada maliciosa, poniendo la decisión en mis manos.

"¿Casarme con alguien? ¿Y ustedes pagarán las cuentas?", pregunté, asombrada.

Mi padre asintió. "Mañana".

Se me cayó la mandíbula. "¿Quieren que me case con alguien mañana?".

"Él está ansioso por encontrar una esposa", añadió.

Fruncí el ceño. Eso era un gran truco. "¿Qué sucede con él?", miré a Saoirse y noté lo feliz que estaba de librarse del compromiso, lo que me preocupó aún más.

"¿A quién le importa?", dijo Keira, "¿no quieres que se cubran las facturas de tu madre?".

"Hemos revisado tus finanzas. Su granja y toda la deuda que tiene", dijo mi padre, erguido con orgullo. "Nunca podrás ponerte al día para costear su trasplante de riñón".

Maldita sea. Sabía cómo golpearme donde más duele, pero, por otro lado, Keira tenía un punto. Si todo lo que tenía que hacer era casarme con alguien, ¿qué importa? Si significaba que mi madre sufriría menos, si ya no tendría esos episodios depresivos en la cama...

Valdría la pena, haría cualquier cosa para mejorar su pronóstico. Además, si el tipo resultaba ser un completo desastre, siempre podría divorciarme más tarde, ¿verdad? No estaban diciendo que tenía que *quedarme* casada con él para siempre.

Eso es, oculté la sonrisa que quería aparecer en mi rostro, un vacío legal es todo lo que necesitaba. "¿Estás diciendo que cubrirán los gastos de mi madre si me presento a la boda mañana y me caso con este tipo?".

Los tres asintieron.

No puedo creer que voy a hacer esto...

Pero lo haría. Estaba ahogada bajo la presión de no tener otras opciones frente a las dificultades de mi vida, y aquí había una que se me presentaba de repente.

Extendí la mano y contuve la respiración, nerviosa pero emocionada. "Está bien".

Mi padre miró mi mano, frunciendo el ceño con desdén.

"Hazlo", exigí.

Lo hizo, con una presión débil y ligera alrededor de la mía. "Mañana", dijo.

Asentí, abrumada por todo lo que tendría que hacer. Tendría que llamar a Oscar y decirle que vendiera el tractor para contratar ayuda. Que no volvería a la granja. Luego, podría pedirle a la

señora Gehring, que vive al otro lado de la calle, que ayudara a mi madre a ir y venir de sus citas. Oscar podría hacerse cargo de ella. Me alegra haber recogido todas sus recetas.

El mayordomo me llevó a una habitación de invitados en el sótano, y desconecté de todos los detalles que Keira le dio para que me ajustaran un vestido, también para encontrar a alguien que arreglara mi cabello y se ocupara de mis uñas. Si esperaba una transformación, se llevaría una decepción. Me negué a que hicieran cualquier cosa más que ajustarme el vestido mientras yo atendía todo con Oscar por teléfono.

"¿Estará tu madre en la boda?", preguntó él, incrédulo ante la noticia repentina de que me casaría, "¿puede viajar para el matrimonio?".

"No". Sacudí la cabeza, mirando mi reflejo en el espejo. Deseaba que ella estuviera en mi boda, pero, incluso si pudiera venir, se sentiría devastada al saber que me estaba sacrificando por su cuidado. "Se lo explicaré más tarde, solo dile que ha surgido una oferta de trabajo más lucrativa. Dile lo que parezca creíble, no la verdad".

Me quedé dormida en la habitación desconocida, no acostumbrada a un colchón tan firme, pero mi cuerpo estaba cansado por el largo día de trabajo y el viaje. Mi mente estaba exhausta por el estrés y el cambio que se avecinaba.

Me acosté muy cansada, mañana sería la esposa de alguien.

Cuando abrí los ojos, me levanté con los nervios destrozados. No sabía nada sobre mi futuro esposo, y traté de no pensar en él en absoluto durante el trayecto hacia la iglesia, y mientras me guiaban a la sala trasera para prepararme.

Mi padre no quería acompañarme al altar. Explicó que se sentaría con Keira para asegurarse de que esto se llevara a cabo.

Como si fuera a fallar. No podía arriesgarme a perder una oportunidad de libertad financiera y una mejor posición para que mi madre obtuviera el trasplante de riñón. Casarme con este hombre resolvería todos mis problemas inmediatos.

Así que cuando salí de la sala para comenzar a caminar por el pasillo, levanté la cabeza y avancé con determinación y una confianza temblorosa.

Puedo hacerlo, lo haré... por mamá.

Nunca había pensado en casarme, solo había contado con una vida de trabajo en la granja.

Al fijar mi mirada en el hombre alto y brusco que fruncía el ceño desde el altar, me quedé paralizada a mitad de camino.

Oh, Dios mío.

Parecía un matón. De un aspecto duro y peligroso, tan marcado y tan severo, con los ojos entrecerrados mientras esperaba que continuara por el pasillo.

¿Él? ¿Tengo que casarme con él? Parecía que acababa de salir de la cárcel. Su ojo morado daba fe de la violencia, y con la forma en que su cuerpo musculoso llenaba el esmoquin, parecía un

monstruo con ropa elegante. Un lobo disfrazado de oveja.

"Oh, joder", susurré, intentando que mis pies avanzaran.

Ese hombre infundía nada más que miedo, acelerando mi corazón. Su mirada intensa me hacía tensarme, activando mi instinto de lucha o huida.

Parecía un asesino implacable e imposible de complacer.

No pensaba, no podía comprender cómo alguien podría esperar que me casara con un hombre tan rudo y temible. Estaba tan atónita e insultada que no podía recordar por qué estaba dispuesta a seguir adelante con esto.

Mi cuerpo reaccionó, no podía comprometerme a estar con alguien que parecía tan aterrador.

Y me di la vuelta para escapar lo más rápido que pude.

DECLAN

Declan

La seda blanca y el encaje fluyeron tras la pelirroja mientras giraba y huía. Agarró la falda de su vestido y salió corriendo por el pasillo.

¿Qué demonios?

Ian frunció el ceño al mirarme, y luego se volvió hacia Shane y Keira, igual que yo.

Ella se fue corriendo. ¡Después de mirarme con una mirada severa, corrió!

"¿Qué demonios está pasando, Murray?", me acerqué a él con paso decidido, dispuesto a golpear su rostro aterrorizado.

"¡Cara!". Exclamó Keira, persiguiendo a la pelirroja.

"¿Cara?", Ian estaba a mi lado.

"¿Quién demonios es Cara?", exigí, sujetando la parte delantera de la camisa de Murray.

"Mi... mi hija... es mi hija", admitió Shane, inclinándose hacia atrás mientras yo lo acercaba más.

Apreté los dientes. "¿Tu hija?". En ese momento, Saoirse entró a la iglesia vacía por una puerta lateral. No llevaba un vestido blanco. No parecía una novia.

"¿Qué demonios está pasando? ¿Están tratando de renegociar?". Lo sacudí, conteniendo el impulso de matarlo.

"¡No!". Él intentaba aflojar mis manos, intentando no solo liberar mis dedos, sino también alcanzar el interior de su chaqueta. "Temía que no me creyeras, pero tengo...".

Lo solté, empujándolo hacia atrás. Se tambaleó y levantó un papel, después de que lo tomé y lo leí, se lo pasó a Ian para que lo viera.

Cara Gallagher, hija de Nora Gallagher y Shane Murray. El cabrón tenía una hija alternativa y

esperaba que yo me casara con ella en lugar de la quejumbrosa detrás de él.

Papá solo necesitaba que me casara con alguien de otra familia respetable. No llamaría a Shane Murray nada más que un idiota sin agallas, pero era de una familia del crimen irlandés. Y su primera hija parecía tener más carácter que él.

"No voy a casarme con *él*", se quejaba Saoirse, puchereando desde el lado de un banco vacío.

La miré con desdén, deseando que se callara de una vez. "No, no lo harás". Si tuviera una opción, iría por la pelirroja de ojos verdes vivos. Una mujer que intentaría desafiarme y oponerse a las órdenes, alguien con fuego.

Keira regresó a la iglesia, sin aliento y furiosa. Agitó el brazo, dejándolo caer a su lado. "¡No puedo encontrarla! ¡Simplemente se fue y...!" Mirando a su esposo con desdén, sacudió la cabeza en señal de advertencia. "Ve a buscarla y exígele que siga con esto. No voy a permitir que este monstruo se case con Saoirse".

Si no fuera el día de mi boda, la habría matado por esa ofensa. Estaba cansado de su actitud, y veía que su hija sería una réplica.

No. Yo quería a la mujer que me miraba desafiándome a considerarla mi esposa. Al menos sería entretenido someterla a mi voluntad.

"Mantenlo ahí", le dije a Ian, señalando al sacerdote, "no pudo haber corrido muy lejos".

Salí de la iglesia, ignorando las pesadas puertas principales y dirigiéndome hacia el pequeño patio lateral. Keira no haber buscado muy bien, o Cara se escondió, porque encontré fácilmente a mi futura esposa.

Con el trasero en el aire, sus delgados brazos se estiraban hacia arriba y sus fuertes dedos se aferraban a los ladrillos de la pared.

"¿A dónde vas?", gruñí mientras intentaba escapar.

Ella giró la cabeza, sin detener su ascenso, y me lanzó una mirada furiosa. "Déjame en paz".

De ninguna manera.

Me acerqué, admirando su cuerpo curvilíneo pero tonificado. No estaba gorda ni era una delgada sin sustancia. Era elegante y atlética.

"Bájate de ahí".

"No sigo órdenes de ti".

Apreté los dientes, molesto y emocionado por lo tonta que era al resistirse. "Piénsalo de nuevo, *esposa*".

"No soy tu esposa", gruñó, tratando de alcanzar una roca más alta. "Y no seré nada tuyo".

Se cayó, aterrizando en mis brazos. La sostuve suavemente, pero ella estaba desesperada por liberarse de mí. Su codo me clavó en el cuello, y con las muchas capas de su vestido ondeante, el

satén la hacía demasiado resbaladiza para mantenerla sujeta.

Se separó, retrocediendo hasta la pared de piedra. A pesar de que cojeaba, no cedía ante ninguna lesión que pudiera haberse provocado con la caída, me miraba desafiante, sin miedo en sus ojos ardientes. Al respirar profundamente para despejar su cabello rojo de su rostro, retrocedió hasta que la tuve acorralada contra la pared.

De cerca, era hermosa. Enfadada y agitada. Sus mejillas salpicadas de pecas se sonrojaban mientras sus labios entreabiertos dejaban escapar respiraciones superficiales. Su busto prácticamente se desbordaba del vestido, redondeado y pidiendo mi toque. Pero esa mirada, tan furiosa y decidida...

Maldita sea, era algo fuera de lo común.

"Vas a ser mi esposa", dije, "te voy a tomar aquí mismo contra esta pared y forzaré la unión a través de la consumación".

Ella puso los ojos en blanco.

"¿No crees que mi hermanastra es más atractiva?".

Ella ni siquiera se compara.

"Serás mi esposa".

"No".

Incliné la cabeza hacia un lado.

"Serás mi esposa el tiempo suficiente para que me des un heredero".

Ella frunció el ceño.

"¿Qué?".

"Todo lo que necesito es un maldito heredero. Nada más, no me importa quién sea mi esposa mientras tenga un heredero".

Lambió sus labios, provocándome a probar su boca allí mismo. A mordisquearla y hacerla gemir. Cualquier cosa... o todo. Estaba a dos segundos de penetrarla allí mismo en ese patio.

Su teléfono emitió un ping y ella lo miró, todavía tensa y confundida. Cuando parpadeó rápidamente, sacudió la cabeza y murmuró algo para sí misma, algo tan bajo que no pude entender.

"¿Qué?".

"Yo... ", volvió a mirarme, preocupada pero calculadora, "¿necesitas un heredero?".

"Eso es lo que dije, maldita sea".

Su garganta se tensó y flexionó mientras luchaba por tragar. Pálida y pareciendo más asustada, levantó la barbilla con desafío.

Maldita sea, era valiente. Tenía agallas enfrentándome así. Si podía luchar de esta manera, sin ser demasiado tímida ni asustada para darme todo lo que tenía, sería muy fácil penetrarla y someterla. Conquistarla, reclamarla y poseerla.

"Me casaré contigo bajo una condición".

Me reí una vez, me resultó adorable. ¿Pensaba que tenía alguna base para negociar conmigo? Me di cuenta de que Shane no podría haberle explicado honestamente *por qué* tenía que casarse conmigo, y estaba un poco intrigado por qué había decidido presentarse en una boda sin saber quién era su futuro esposo.

"¿Una condición?", pregunte.

Ella frunció el ceño ante mi tono burlón.

"¿Cómo te llamas?", demandó.

¿Así que no le dijeron nada? No importaba.

"Declan Sullivan", respondí.

Alzó una ceja, reaccionando como si nunca hubiera oído hablar de mí. No era difícil ver cómo Shane, y Keira, probablemente la habían dejado a ella y a Nora de lado. El hombre nunca había reconocido a una segunda hija. Su ignorancia sobre quién era yo tenía sentido.

"Me casaré contigo con una condición".

Cruce de brazos, curioso.

"Continúa", la incité sin ninguna intención de aceptar sus condiciones. Yo estaba a cargo aquí. Yo era el jefe. No ella.

"Si no quedo embarazada en.... seis meses, nos divorciamos".

¿Dejarme? ¿Se casaría conmigo si tenía una forma de salir?

La miré, tratando de entender cómo había llegado a esa conclusión. Realmente no sabía mucho sobre la vida en la mafia. Las parejas no se separaban ni se divorciaban. Eso era trivial, una pérdida de tiempo. Cuando te casabas, te casabas para toda la vida. Hasta la muerte.

La idea de que mi tercera esposa no se quedara conmigo para siempre era un chiste. Ella sería mía hasta su muerte, pero no era mi responsabilidad educarla sobre ese hecho en este momento.

"¿Seis meses?", pregunté, fingiendo considerar la propuesta.

"Sí, si no te doy un heredero, entonces puedo irme". Asintió una vez, como si repetir su plan tuviera más sentido la segunda vez que lo escuchaba en voz alta.

Claro que no.

Extendí mi mano para sellar el trato.

"Es un trato", mentí.

Ella frunció el ceño, cautelosa, mientras avanzaba. Sus dedos flotaban sobre los míos hasta que finalmente los posó sobre los míos. El primer contacto de su cálida mano me sorprendió. Se sentía firme, fuerte. No era una débil, era audaz y no demasiado tímida para darme un apretón de manos real.

"Trato", aceptó, acercándose.

Mantuve mi mano sobre la suya, tirando de ella fuera de las piedras del camino, y la arrastré de regreso a la iglesia.

No me había dado cuenta de lo divertido que acabaría siendo esto.

Mientras intentaba liberar su mano de la mía, sonreí, sabiendo que nunca volvería a huir de mí.

Eres mía, para siempre. Te guste o no.

CARA

Cara

Declan no me soltaba por nada. Cada vez que intentaba liberar mi mano, sus dedos se aferraban con más fuerza. Si no era una demostración de su fuerza, una forma de recordarme que él era más grande y fuerte, era un indicio de cuánto deseaba que se celebrara esta boda.

No necesitaba más pruebas de su poder. Me había atrapado, sin esfuerzo y sin emitir ni un solo ruido, cuando caí del muro que, en mi ingenuidad, había intentado escalar. Con tacones y un vestido tan voluminoso que me sentía envuelta en una burbuja de encaje, había sido una estupidez intentar escapar. Las puertas principales estaban cerradas, lo que ya era una señal alarmante.

El patio no tenía salidas, y el pánico de tener que pasar el resto de mi vida con Declan me hizo desear huir con desesperación. Me asustaba, aunque él tuviera la fuerza suficiente para evitar que me estrellara contra el suelo y me rompiera un hueso. Aun así, el dolor persistía. Me había torcido el tobillo y me dolía mientras él me arrastraba de vuelta a la iglesia vacía.

No dije nada. No pronuncié una sola palabra y me negué a emitir sonido alguno de incomodidad o dolor. Dejar que este hombre me viera vulnerable era demasiado para soportar. Con alguien tan oscuro e impaciente como él, tenía que mantenerme fuerte, no como un objeto para manipular.

Aunque, en realidad, me arrastraba como si fuera un objeto para colocar en el altar.

No intenté sonreír, lo miré con todo el desdén e irritación que pude reunir. A él no le importaba. Me devolvía la mirada con una expresión frustrada, como si perseguirme fuera una molestia que no le importaba en absoluto.

¿Por qué? ¿Por qué yo?

Mientras el tímido sacerdote aclaraba su garganta y comenzaba a hablar, Declan apretó aún más mi mano en señal de que esto estaba sucediendo.

¿Pero por qué?

Cansada de mantener la expresión hostil hacia Declan, dirigí mi atención a las únicas otras personas en la sala.

Shane y Keira estaban juntos en el primer banco. Habían cambiado de lugar, colocándose detrás de Declan, y no podía apartar la vista de ellos.

Mi padre nunca me había reconocido. Ni una sola vez desde que conoció a Keira. Recordé cuán molesto había estado por mi llegada tardía a su mansión, desobedeciendo su solicitud de que fuera a hablar con él sobre ese favor de la semana pasada.

Detrás de él, Saoirse sonreía con aire de superioridad, rara vez hablaba con ella, pero ahora todo encajaba sin necesidad de palabras.

Declan debía haberle hecho una oferta y, viendo lo imponente que era Declan, ella había rechazado su propuesta.

Por eso, mi padre esperaba que me casara con Declan para que Saoirse no tuviera que hacerlo. Entendí que yo era el reemplazo, el sacrificio, el recurso desechable.

Keira alzó el mentón, y me vi obligada a observar su expresión altiva mientras el sacerdote seguía hablando, sus ojos se entrecerraban, centrando su rabia en mí.

Eres una maldita perra. No reaccioné a su mirada directa. Mantuve mi rostro enmascarado y fijado en una mueca mientras volvía a pensar en el mensaje de mi teléfono. Había recibido un texto de ella cuando intenté escapar sin éxito en el patio de la iglesia.

Keira me envió una advertencia directa: *‘Cásate con ese hombre o habrá consecuencias’*. Adjunto venía una foto de un documento, lo había mirado tantas veces, preguntándome si mi madre sería aceptada para el trasplante de riñón y si encontrarían un donante a tiempo.

No quería saber cómo Keira había conseguido una copia de ese documento de la finca. Sabía cómo utilizarlo con máxima efectividad.

Cásate con él o tu madre será retirada de la lista de espera.

Ese mensaje me heló la sangre. No tuve más remedio que sucumbir a sus amenazas. No podía abandonar a mi madre. No podía comprometer su esperanza de tener una vida más saludable. Mi cooperación en todo esto dependía de ese detalle. Esa era la única forma en que podía aceptar esta boda, asintiendo y murmurando mis respuestas al sacerdote.

Solo por ella.

Ella era la única razón que hacía esto soportable.

Declan tiró de mi mano, notando que miraba a mi alrededor. Si temía que intentara escapar nuevamente, podía estar tranquilo. Su inquebrantable agarre no era un juego. Mis dedos comenzarían a entumecerse pronto, pero, aun así, me negaba a mostrarle que me estaba lastimando.

Haz lo peor que puedas, imbécil. Adelante, te desafío. Porque aquí quien saldrá ganadora seré yo.

Poco sabía él que no podía tener hijos. Mis posibilidades de fertilidad eran muy limitadas debido a complicaciones con una ruptura de quiste ovárico al inicio de la pubertad. El tejido cicatricial me había dejado dañada e improbable de concebir, así que la suerte estaba de mi lado.

Mi idea de negociar con él fue una decisión impulsiva. Sabía que me casaba con él para asegurar la salud y seguridad de mi madre, pero no podía simplemente dejarla ni a ella ni a mi hogar. Tenía que regresar a ella. Una vez que mi padre pagara sus cuentas, estaría casi libre para volver con ella.

No le daría un heredero a Declan.

Lo dejaría considerarme su esposa durante unos meses. Luego, yo sería quien se llevaría la victoria. Yo obtendría lo que quería, y no me preocuparía por sentir ni un poco de culpa al respecto.

Él solo me estaba usando. Solo quería que quedara embarazada. Me lo había dicho de manera tan directa que no le importaba quién fuera su esposa, siempre y cuando tuviera una que pudiera darle un hijo. Su franqueza me molestaba, demostrando lo poco que le importaba.

Por supuesto que no le importa. No está en esto por amor, dinero o nada más. Un hombre que entra en un matrimonio arreglado, y lo impone a su novia, ni siquiera consideraría las razones normales por las que una pareja se uniría.

Nunca había pensado en casarme. La independencia significaba demasiado para mí, y una vez superados estos seis meses, finalmente tendría un atisbo de ella. Sin las preocupaciones médicas y las deudas de mi madre pesando sobre mí...

"¡Ay!". Exclamé, perdiendo mi esfuerzo por no mostrarle a Declan ningún signo de incomodidad. Me había apretado la mano aún más fuerte, y fruncí el ceño hacia él.

El sacerdote aclaró la garganta, arrancando mi atención del idiota que sería mi esposo.

"¿Qué?", respondí con brusquedad.

Sonrojado y mirando tímidamente a Declan, el sacerdote hizo un gesto hacia una mano que se extendía hacia mí.

Otro hombre, que parecía contener la risa, sostenía un anillo para que yo lo tomara.

Estaba tan distraída que no prestaba atención a la ceremonia.

Hice contacto visual con el hombre de esmoquin y tomé el anillo.

"Te has conseguido una realmente dulce, Dec", bromeó.

"Cállate, Ian". Declan levantó la mano para que le pusiera el anillo. Lo hice, golpeándolo contra su nudillo y empujándolo lo suficientemente fuerte como para causarle alguna molestia cuando golpeará su palma.

"¿Estás seguro de que no saldrá corriendo?", Ian susurró en respuesta con demasiada diversión.

"Cállate", esta vez fui yo quien se dirigía a Ian, molesta. No necesitaba más malditos

recordatorios de mi estupidez para escapar la primera vez. No perdería de vista lo importante. Mi madre dependía de mi obediencia aquí y yo no arriesgaría su vida.

Declan tomo la sencilla banda y la colocó para deslizarla hacia arriba por mi dedo. Esperaba que lo forzara en mi dedo como lo había hecho yo con él. No sabía nada de este hombre, pero contaba con una malicia diabólica con la crueldad y maldad con la que me miraba.

En lugar de dolor, me provocó un lento arrastre del frío metal por mi dedo. Lo presionó hasta arriba lo más que pudo. Luego, manteniendo sus ojos azul cristal sobre mí, levantó mi mano hacia sus labios sonrientes para besar el lugar donde ahora residía la sortija.

El calor me recorrió, confundiéndome y cabreándome. El toque de su boca sobre mí debería haberme repelido, pero mi cuerpo no estaba en la misma página que mi mente. Fue la siniestra promesa en su mirada lo que encendió este ridículo pico de lujuria.

"Ella no irá a ninguna parte", prometió en respuesta a su padrino.

Tragué y entrecerré los ojos ante lo que sonaba como una amenaza contra la cual luchar.

Pero también parecía ser un juramento genuino, él se aseguraría de que yo permaneciera cautiva como su esposa.

"Seis meses", le recordé en un cálido susurro.

Sus labios se alzaron en una sonrisa cruel y me mordí el labio para no gritarle.

"Si te atreves a renegar...".

Habló por encima de mi acalorado susurro, respondiendo al sacerdote con un *sí, quiero*.

"Correré", advertí, acercándome para susurrar. "Correré tan jodidamente rápido si te echas atrás de nuestro acuerdo".

El sacerdote se aclaró la garganta nuevamente y, sin reconocerlo, mantuve esta mirada furiosa contra mi novio y, con los dientes apretados, respondí: "Sí, quiero".

Declan no perdió ni un segundo. Su mano finalmente dejó la mía. Levantando la mano para agarrar mi nuca, me acercó para darme un beso de castigo. Sus labios dominaron, obligándome a retroceder sin espacio para moverme mientras cerraba su mano sobre mí, asegurando mi cabeza justo donde quería.

Joder.

Me sentí abrumada, atónita y conmocionada. Reclamó mi boca, infundiendo calor y pasión enojada contra mis labios con una urgencia brutal que no podía negar. El deseo me engañó haciéndome querer gemir y responder de la misma manera. El miedo me mantuvo nerviosa y desconcertada.

Un potente estallido de lujuria se apoderó de mí, pero triunfó la obstinada insistencia en parecer inafectada e inmutable.

Me congelé, haciendo lo mejor que pude para ignorar lo jodidamente buenos que eran sus labios

contra los míos. Cálido, firme y muy voraz.

Él se separó, mirándome con apenas unos centímetros de separación entre nosotros. Esos orbes azules brillaban con deseo y poder, tal vez también con un toque de picardía, como si se estuviera riendo de mí.

Que te jodan. Que me condenen si se burla de mí, si pensara que podría meterse en mi piel de alguna manera.

Entrecerrando los ojos, esperé a que soltara el cuello. En el fondo, resistía la tentación de acercarme a él, de agarrar su chaqueta y tirarlo de nuevo para repetir ese beso apasionado, para pedir una dosis más de ese deseo que no tenía por qué sentir por él.

Aguantar y luego correr. Eso es todo lo que tengo que hacer.

"Ahora eres mía, Cara", gruñó.

No para siempre.

Ian soltó una risa. "¿Vamos a la recepción?".

Me sobresalté al darme cuenta de que no estábamos solos. Que no estábamos en esta burbuja de deseo y enojo, enfrentándonos en privado.

El sacerdote se había retirado rápidamente. Mi 'familia' se dirigía hacia la salida.

Ian esperaba a que Declan y yo saliéramos.

"¿Recepción?", pregunté, esquivando su agarre.

"Sí", respondió, alisando su chaqueta. "Una necesidad maligna que debemos soportar para que esto parezca lo más creíble posible".

Eres mi malvada necesidad. Levanté la mano, mostrando el anillo que él había colocado en mi dedo. "Esto es prueba suficiente".

Tomó mi mano y la sostuvo, guiándome por el pasillo. "Mi familia tendrá que conocerte".

Puse los ojos en blanco. "¿Pero no pudieron molestarse en venir a la ceremonia?".

"¿La ceremonia de la que intentaste escapar?".

Volví a poner los ojos en blanco, apartando la mirada y tratando de prepararme para una fiesta en la que conocería a su familia y a las personas cuyas opiniones le importan.

Mi familia no estaba aquí. Mi madre estaba en casa, probablemente confundida por mi repentina desaparición. Con un profundo sentimiento de nostalgia, seguí a mi esposo fuera de la iglesia y traté de convencerme de que podía manejar esto.

De que podía manejar cualquier cosa que él se atreviera a lanzar hacia mí.

Siempre y cuando no intente debilitarme besándome otra vez.

DECLAN

Declan

Cara permaneció a mi lado durante toda la recepción. Me pareció una pérdida de tiempo y energía organizar una fiesta para celebrar mi tercera boda.

La primera con Erin fue la más elegante, con quinientos invitados. Terminó con dos peleas distintas y tres hombres asesinados.

Mi matrimonio con Caitlin resultó en más drama, a pesar de que la lista de invitados era más pequeña y la velada fue corta y sencilla.

Esta vez, solo un par de cientos de fiesteros bebieron y se mezclaron en el gran salón de recepción que Ian había asegurado cuando Shane se quejó de que no estaba teniendo suerte para encontrar nada en su ‘presupuesto’.

Celebrar entre la multitud no era mi preferencia y aquí no hubo ninguna victoria. Desposé a una novia nuevamente. La verdadera prueba que me importaba era si ella viviría lo suficiente para tener mi hijo.

Lo cual es una razón más para irnos ahora.

Ian llamó mi atención en la mesa principal y arqueó las cejas como si hubiera escuchado mis pensamientos.

No tenía ningún interés en fingir ser un recién casado con Cara. Cuanto más rápido la tuviera a solas y la follara, mi verdadero propósito con ella se resolvería. Al menos por esta noche. Empaparía su cuerpo con mi semen hasta que echara raíces y ella quedara embarazada.

Eso era todo lo que necesitaba de ella.

Sin embargo, cuando me volví y la miré de nuevo, escuchándola suspirar una vez más, me sentí atrapado en esta persistente curiosidad de querer saber más sobre ella.

Ella era una extraña, una que de mala gana estaba conectada conmigo para siempre.

Y no sabía nada sobre la preciosa pelirroja.

Aparte del hecho de que no está nada contenta de estar aquí. Podría dar crédito a quien lo merecía. Cada vez que los invitados se acercaban a felicitarla, ella fingía una sonrisa educada y fingía estar enfrascada en una pequeña charla trivial, pero todo era una mentira. Ella estaba tan harta como yo de estar aquí sentada mientras la fiesta se prolongaba.

Eso demostró lo poco que le importaba su matrimonio conmigo, y me pregunté qué era lo que sí valoraba. Lo que a ella le importaba.

¿Qué le hizo cambiar de opinión?

Respetaba su valentía. Cara no puso mala cara ni pisoteó como una niña petulante acerca de casarse conmigo como lo había hecho su hermanastra. No, Cara huyó, tratando de hacerse cargo de su vida y hacer lo que quería. Se había arriesgado al intentar huir tan pronto como me vio. No me molestó que el simple hecho de verme la hubiera asustado.

No podría haberse asustado por mi reputación. Mientras estábamos en el altar, me pregunté si ella se había opuesto porque había oído hablar de las desgracias que sufrieron mis esposas anteriores. Mi historial no era estelar, pero ella ni siquiera sabía mi nombre.

Poco me importaba lo que la intimidaba de mí. Ella se quedó allí, atrevida y enojada, y dijo que sí.

Pero, ¿por qué?

Miré a Shane al otro lado del pasillo. Se sentó con Keira mientras la mujer despotricaba contra él.

Qué vida la mía. No me casé para ser acosado por mi esposa. No tenía intención de estar cerca de ella el tiempo suficiente para mantener una conversación. Solo quería acostarme con ella. Eso era todo lo que necesitaba.

Shane debió de tener algo en su poder para obligarla a cumplir con este matrimonio. Algo que usó como chantaje para que su hija mayor, despreciada y deshonorada, aceptara casarse conmigo. *Me preguntaba qué contenía ese mensaje.*

En cuanto el teléfono de Cara emitió un ping, su rostro se descompuso. Parecía aterrorizada. Lo que sea que decía ese mensaje la convenció para convertirse en la próxima Sra. Sullivan.

Ella bebió un sorbo de agua, encontrándose con mi mirada y me dieron ganas de borrar esa maldita sonrisa de sus labios con un beso.

Sí, ódiame todo lo que quieras. Yo tampoco me estoy divirtiendo.

"Dec".

Me volví hacia Ian. Él levantó el mentón en dirección al otro lado de la pista de baile. Cara y yo no nos habíamos molestado en bailar. Eso era para tontos, igual que los dos hombres que

caminaban entre los invitados.

Peter Boyle y el mismo imbécil que había acusado a uno de mis luchadores de hacer trampa.

"¿Cómo demonios entraron aquí?", exigí.

Ian se encogió de hombros y se levantó para ir hacia ellos.

"No, me encargaré yo", le dije, indicándole que se quedara vigilando a Cara. Ella se había mantenido a mi lado durante las dos horas que llevábamos aquí. No confiaba en que no intentara escapar, ya mostraba señales de ser una fugitiva en potencia.

Para cuando crucé la pista de baile, el asunto estaba resuelto. Otro hombre de mi confianza había llegado hasta ellos y les había hecho pensar dos veces antes de intentar espiar o causar problemas. Había muchos miembros de familias criminales aquí, algunos eran aliados, otros enemigos, y muchos estaban en una zona intermedia. Pero los Boyle eran, sin duda, el mayor enemigo de mi padre, y no iba a permitir que se quedaran.

Cuando me volví hacia la mesa, sorprendido por lo mucho que deseaba estar cerca de mi atractiva esposa de nuevo, me detuve en seco. Ella no estaba allí.

La mesa estaba vacía.

¡Maldición!

Me dirigí rápidamente hacia Ian, quien conversaba con un dignatario que valoraba nuestra protección. Él sonreía, participando en esa diplomacia y burocracia que no tenía la paciencia para soportar. En cuanto me vio acercarme furioso, frunció el ceño.

"¿Qué sucede?", se inclinó para mirar más allá de mí. "¿Es Boyle...?".

Apreté el frente de su chaqueta y lo acerqué a mí, interrumpiendo su conversación.

"¿Dónde está ella?".

Ian suspiró.

"En el patio exterior. Quería tomar un poco de aire fresco".

Ignorando su expresión de sorpresa ante mi preocupación, lo solté y me volví hacia las ventanas que iban del suelo a techo que mostraban la oscuridad de la noche.

"Dec", dijo, alisando la chaqueta que había arrugado. "Relájate, los guardias están afuera con ella".

"Es una fugitiva, lo veo en sus ojos", contesté, sin mencionar el intento de Cara de negociar su liberación en seis meses. No tenía intención de renunciar a ella. ¿Acaso no entendía la gravedad de la situación? Cara tenía que funcionar. Tenía que darme un heredero. Papá no viviría lo suficiente para que Ian encontrara otra esposa para mí.

"¿En serio vas a estar detrás de ella todo el tiempo?", preguntó, sacudiendo la cabeza con una sonrisa. "Relájate...", repitió, "los guardias evitarán que ella se escape".

No le creí. Corrí hacia el exterior, buscando entre las sombras. Al no verla de inmediato, mi corazón empezó a latir con fuerza. La adrenalina se apoderó de mí. Deseaba pelear. Estaba ansioso por desahogar la furia que me provocaba su fuga.

"¡Maldita sea!", murmuré para mis adentros mientras recorría los jardines traseros. El área con arbustos ofrecía numerosos senderos que llevaban a fuentes y setos artísticos. Era demasiado fácil que alguien se ocultara en este laberinto de vegetación, y ella estaba decidida.

"Maldita pequeña...".

Me detuve en seco, perdiendo la mitad de mi reproche al encontrarla.

Sentada en un banco de granito, movía la cabeza como si intentara aliviar las tensiones de su cuello rígido.

Mantuve los labios apretados, mordí mi labio y me acerqué a ella con paso decidido.

"¿Qué demonios crees que estás haciendo?".

Se dio la vuelta y se puso de pie mientras giraba sobre el banco. "¿Qué?". Entrecerrando los ojos, perdió esa leve expresión pacífica que quería ocultarme.

"¿Qué rayos estás haciendo?". La agarré del brazo y la saqué conmigo de este claro de suave hierba. Ella se tambaleó sobre sus talones, luchando por caminar tan rápido como yo sobre el césped.

"¡Estaba respirando aire fresco!". Ella luchó por liberarse y yo gruñí, me excité y me enojé aún más por su antagonismo.

"¿Qué pretendes". Me recliné y la levanté sobre mi hombro.

"¡Declan! ¡Bájame!".

"Ibas a huir". Apreté los dientes mientras ella se retorció para liberarse.

"No lo estaba. ¡Maldita sea! ¡Solo quería aire fresco!".

Ella se movía y luchaba, gritándome obscenidades mientras yo me apresuraba a llevarla directamente a uno de los autos que esperaban en el camino.

Dejarla abajo no fue posible. Cuanto más la mantenía en mis brazos, tocándola con mis manos, sabía que estaba *aquí*, conmigo. Sin ningún lugar adónde ir. El alivio de encontrarla y atraparla fue una bendición, pero simplemente considerar la posibilidad de que mi tercera esposa me hubiera dejado demasiado pronto me enfureció.

La empujé, peleando y gruñendo, hacia el asiento trasero. Luego exhalé con fuerza, con las fosas nasales dilatadas, mientras rodeaba el coche para sentarme en el asiento del conductor. El aparcacoches uniformado temblaba, con la boca abierta por el miedo y la conmoción, cuando le tendí la mano.

"Dame la maldita llave".

Lo hizo, y no perdí el tiempo saliendo a toda velocidad de allí y llevando a Cara directamente a mi casa. Haciendo caso omiso de sus amenazas y gritos, me concentré en llevarla a mi cama lo más rápido posible. Conducir hasta la finca en el campo llevaría demasiado tiempo. No pude soportar tanta espera. Tuve que llevarla... *ahora*. Tenía que mostrarle de la manera más simple pero complicada que ella era mía sin importar cuánto intentara correr.

"¡Solo quería *respirar!*", continuaba diciendo, luchando con las onduladas capas de su vestido. Estaba rodeada por el material en el asiento trasero, frustrada y derribando el material.

Oh, te sacaré de esa basura en solo un maldito minuto.

Estacioné y pisé los frenos con tanta fuerza que ella se sacudió hacia adelante. Levantó la mano para detener el impacto contra el respaldo de mi asiento, pero cuando salí y abrí la puerta trasera, ella ya había regresado al otro lado del auto.

No fui lo suficientemente rápido. Ella todavía estaba muy decidida. En cualquier otro momento, en cualquier otra circunstancia, habría admirado que ella no se rindiera.

Corrí alrededor del auto mientras ella estaba de pie. Extendiendo las manos para protegerse de mí, contuvo el aliento. "¡Para!".

"No me digas qué hacer".

"¡No tienes que arrastrarme!". Miró hacia la mansión y gruñó. "Puedo caminar".

Es una mujer atrevida. El deseo creció dentro de mí cuando pasé a su lado, tomando su mano y empujándola hacia adentro.

Nunca me importó tener mucho personal aquí, y me aseguré de que no hubiera nadie de guardia esta noche. Quería tener toda la libertad para meter mi polla en el coño de Cara tanto como quisiera sin ninguna interrupción. Si tengo suerte, ella llevaría sola a mi hijo gracias a los esfuerzos de esta noche y me ahorraría la obligación de intentarlo de nuevo.

Sin embargo, al golpearla contra la parte trasera de la puerta después de cerrarla, me di cuenta de que no sería una tarea ardua en absoluto.

Su mirada ardiente hizo que mi sangre ardiera más. La vista de sus tetas casi derramándose se burló de mí y la obstinada elevación de su barbilla me desafió.

"Inclínate", gruñí.

Ella gruñó sorprendida cuando la hice girar rápidamente. Sus manos salieron disparadas, golpeando contra el viejo panel de madera.

Tiré de su vestido y lo subí hasta que encontré sus bragas. Un tirón las rompió, pero ella protestó.

"Declan, no puedo...".

Agarré sus manos y las golpeé contra la puerta. "Mantén tus malditas manos ahí".

Me bajé la cremallera de los pantalones y liberé mi polla, rígida como el acero y goteando humedad. Ella era la tentación personificada, haciéndome añorar su sumisión. Y no esperé para

reclamarlo, para tomarla y poseerla.

Manteniendo su vestido levantado, agarré sus caderas y tiré de ella hacia atrás. Ella jadeó ante el primer contacto. Alineé mis genitales con los suyos, pero me detuve.

Mirando los labios de su vagina, sus piernas abiertas por mis patadas en sus pies para abrir su postura, observé la brillante mancha de su crema mientras sostenía mi cabeza de pene allí mismo.

Estaba mojada.

Ella estaba...

Ella lo quería. Ella me quería. Aunque había protestado, estaba excitada.

Así que me introduje más profundamente y vi cómo mi cabeza en forma de hongo desaparecía en su carne rosada.

Ella se arqueó hacia atrás y tomé sus dos manos con una de las mías. Empujando sus manos hacia la puerta, la seguí y le metí la polla.

Cada centímetro duro. Hasta el fondo de su apretado y resbaladizo coño. Ella me estranguló, apretándome con tanta fuerza que gruñí ante la intensidad de la presión.

O no había hecho esto en mucho tiempo o...

Una virgen.

¡Joder! No había contado con eso. Debería haberlo hecho. Debía ser al menos quince años menor que yo, pero no había previsto este regalo.

"Joder".

Ella gritó, sollozando instantáneamente ante la intrusión.

No me detuve. Se sentía jodidamente bien. Como el cielo. Un tesoro raro. Golpeé su coño, saliendo y retrocediendo tan rápido que su cabeza quedó agachada hasta que la golpeó contra la puerta.

Pronto, sus gritos se convirtieron en jadeos. Con cada tortuoso deslizamiento hacia adelante y hacia atrás mientras la estiraba, sentí la tensión de sus paredes internas aprisionándome. Resbaladizo con sus jugos, me quedé mirando cómo mi polla se hundía en ella una y otra vez. Hasta que mis bolas se apretaron. Mi columna vibró por la presión. Y me corrí.

Continué follándola tan fuerte como pude, inundando su útero con mi semen caliente. Sacudiéndome por la fuerza de perder mi carga en ella, golpeé mis caderas hacia las de ella.

Su coño revoloteó, todavía reaccionando con oleadas de su propio orgasmo mientras la inmovilizaba contra la puerta. Agotado por el ardor y la acumulación de ganas de follarla, me apoyé contra la entrada hasta que mis rodillas no temblaron tanto, hasta que pude enderezarme y salir de ella.

Ella hizo una mueca, giró la cabeza hacia un lado y se presionó contra la puerta. Sus ojos

permanecieron cerrados y vi cómo mi semen goteaba por sus muslos.

Me acerqué y abrí la cerradura de la puerta sobre la que ella descansaba. El sonido la sacudió y abrió los ojos.

Sin dar un paso atrás, me agaché para meter dos de mis dedos dentro de ella, empujando mi semen nuevamente hacia adentro.

"Ni se te ocurra correr", le advertí.

Luego me di vuelta y me dirigí a la cama sin volver a mirar a la mujer completamente jodida que ya no era virgen.

Mi esposa.

CARA

Cara

Cuando desperté en mi primer día como mujer casada, lo primero que noté fue el silencio total y absoluto. Me envolvió, presionándome contra la cama que había encontrado en una de las muchas habitaciones de invitados aquí.

Declan me dejó en la puerta y ésta fue la primera habitación que encontré que parecía preparada para un invitado.

¿Invitado? Yo no era ningún invitado. Durante los próximos seis meses, sería residente aquí.

Esto no se parecía en nada a estar en casa, en la única residencia que conocía en la granja de mamá.

Ningún sonido de animales me despertó. Ninguna urgencia me llenó de prisa por alimentar a las ovejas y los caballos. Ni un solo pitido ni chirrido de los pájaros y otros animales salvajes en campo abierto.

Fue... inquietante. Como si fuera la última persona viva en la Tierra.

Cuando abrí los ojos y evalué la sensibilidad entre mis piernas, me di cuenta de que eso significaba que este dolor extraño significaba que mi madre estaría un día más cerca de someterse a una cirugía que cambiaría su vida. A cambio de perder mi virginidad y casarme con Declan, ella estaba mucho más cerca de tener una vida casi normal.

Me violó. Pensarlo me parecía un crimen, pero tuve que sucumbir a aceptarlo como mi nueva realidad. Estaba casada y mi marido me había violado.

Parpadeé, concentrándome en el techo mientras la ternura persistía con un latido sordo.

Declan me había violado. Me acusó de intentar escapar justo después de nuestra maldita boda, y desahogó su ira golpeándome con tanta fuerza y agarrándome de las caderas con tanta fuerza que sin duda me dejarían moretones en la piel durante mucho tiempo... quizás días.

Me quedé allí, frotándome los ojos y esperando una razón para levantarme.

Esto debería haberse sentido como unas vacaciones. Una bendición. Un golpe de suerte. Despertar sin obligaciones como las que me dieron en la granja debería haber sido como un descanso que nunca imaginé que podría tener en la vida.

No fue así.

Recordar la fuerza con la que Declan me había dominado en la puerta me asustó. Su trato brusco me desconcertó, y hasta que pudiera descubrir cómo aclimatarme a él, no estaba segura de cómo comportarme, qué hacer y cómo permanecer cuerda durante los siguientes seis meses.

Nunca antes había tenido relaciones sexuales. En la granja, me faltaba tiempo para hacer amigos, socializar, tener citas o llegar al punto de poder acostarme con alguien. Desde el amanecer hasta el anochecer, trabajé duro e intenté realizar múltiples tareas para manejar *todo* por mi mamá.

Eso no significaba que no hubiera pensado en cómo podría perder mi virginidad. La brutal posesión que Declan había hecho anoche nunca paso por mi cabeza.

"¿Pero importa?". Susurré en voz alta, todavía esperando que algo me impulsara a levantarme.

No podría importar. Con el tiempo, probablemente habría intentado dedicar un poco más de tiempo a descubrir cómo darme placer en la privacidad de mi propia habitación. Solo para aliviar el estrés y buscar la liberación. De todos modos, eso era solo una necesidad humana.

Nunca planeé casarme ni tener una familia. No podía quedar embarazada y ya lo había aceptado hace mucho tiempo. Lo único que tuve fue a mi madre, y cuando ella enfermó, supe que no querría ser una carga para nadie más que para mí.

"Buena suerte con eso". Puse los ojos en blanco mientras me sentaba e hice una mueca por el dolor allí abajo. Sentarse era peor, y me moví para ponerme de pie y aliviar la presión en mi trasero donde él me había golpeado con sus caderas.

Durante los siguientes cinco meses y veintinueve días, estaría con Declan y ya me sentía como la mayor carga para ese imbécil gruñón. Estaba muy nervioso por mi huida, lo entiendo. Corrí cuando lo vi por primera vez. Esa primera impresión no ayudó a mi situación, pero anoche estaba sentada en un maldito banco, sin correr. Si iba a comportarse como si fuera un hombre de las cavernas y arrastrarme sobre su hombro a todas partes, o me rodear mi brazo con sus dedos, gritaría.

Lo entiendo. Pensó que yo era suya. ¿Pero eso tenía que significar estar pendiente y supervisar cada uno de mis movimientos? ¿Tratándome como a un prisionero?

Entrecerré los ojos ante el reflejo en el espejo, enojada ante la posibilidad de que él planeara hacer precisamente eso.

Ahora no está revoloteando. No sabía dónde estaba en esta enorme casa y realmente no me importaba. Anoche me duché en esta habitación de invitados, y una vez que encontré ropa de mujer en los cajones, sorprendida al encontrar prendas tanto para él como para mí, me escondí.

La distancia ayudó. Porque sin su mirada oscura y fundida sobre mí, era mucho, mucho más fácil olvidar lo bien que me sentí cuando me empujó a correrme.

"Olvidémonos de eso", bromeé en voz baja para mis adentros.

Algo tenía que estar mal en mí para que ese bruto me excitara al tomarme con tanta fuerza, y cuanto menos pensara en ello, más tranquila me sentiría sobre esta situación.

Sin embargo, dudaba que pudiera evitarlo en todo el día, así que con todo el coraje y la confianza que pude reunir sin cafeína como combustible, abrí la puerta y entré al pasillo.

Toda la casa estaba en silencio. Nadie se movió. No detecté ni un solo sonido de actividad en ninguna parte, pero eso no me impulsó a llamar a Declan, o a algún miembro del personal. Tenía que haber alguno dando vueltas por aquí, porque al igual que la casa de mi padre, solo que más grande, mi marido residía en una enorme mansión. Seguramente él no era quien quitaba el polvo y barría por aquí, y todo parecía immaculado.

Era muy parecido a ser el único huésped en un museo.

Tranquila. Tantas obras de arte y muebles finamente elaborados.

Y encerrado.

También se parece mucho a una prisión.

Respiré hondo y caminé por el pasillo, mirando a través de las puertas abiertas, con curiosidad por saber qué más se revelaría aquí a la luz del día.

Mi exploración se vio truncada.

Dos guardias rodearon el pasillo y corrieron tras de mí.

"¡Ey! ¡Detente!".

Me estremecí, me sobresalté e hice lo contrario. Ver a dos hombres enormes persiguiéndome me incitó al miedo, así que me di vuelta y corrí por la lujosa alfombra. Altos y en forma, me alcanzaron en poco tiempo. Sus manos agarraron mis brazos. Uno de ellos me rodeó la cintura con el brazo y, mientras me levantaba en el aire, pateé y golpeé.

"¿Qué demonios estás haciendo? Bájame. ¡Déjame ir!". Mis órdenes cayeron en oídos sordos y se unieron para contenerme como si fuera un animal salvaje a punto de huir.

Primero Declan y su prepotencia. Ahora estos guardias. ¿Con qué clase de vida me casé? Sabía que mi padre estaba afiliado a una familia criminal. Sospeché que por eso mi madre nunca se había acercado a él. Incluso si ella no estaba demasiado orgullosa para volver con él después de que yo naciera, era lo suficientemente inteligente como para evitar ser atada a un hombre de la mafia. Allí fui y me casé con uno. Declan era claramente un líder de la mafia. No esperaba una existencia pacífica como su esposa, pero ¿lo era siquiera? ¿O una prisionera?

El par de guardias no me liberaron, ni una sola vez. Juntos, intentaron obligarme a ir hacia la puerta donde Declan me había violado la noche anterior.

La ira venció al miedo que corría por mis venas. Estaba furiosa, agotada y harta de este maltrato tan rudo. Podría caminar. ¿Por qué no podían decirme qué hacer, dónde podía ir y dejarme

caminar como una persona normal?

"Necesitamos llevarla a la finca", le dijo uno al otro, gruñendo mientras esquivaba mis patadas.

"Ella no está cooperando, ¿verdad?", el otro respondió bruscamente.

"Entonces sédala". El primero me agarró el brazo y lo tiró hacia atrás, preparándose para clavarme una aguja.

"¡Paren!". Mi garganta estaba ronca de tanto gritar, pero me negué a permitir que me trataran como a un prisionero así. Protestaría y lucharía hasta mi último maldito aliento. Ellos ganarían. Eran más grandes y más fuertes, armados de músculos y drogas. Pero me negué a ponérselo fácil.

"¿Qué demonios está pasando?".

Los dos hombres se quedaron quietos ante el bramido de Declan. No me soltaron y me sujetaron fuerte mientras todavía luchaba por liberarme. Los fuertes pasos de mi esposo sonaron por el pasillo mientras corría hacia nosotros, y reduje mis esfuerzos por escapar. Jadeando y furiosa, lo miré fijamente.

"Ella estaba tratando de correr", dijo el segundo guardia.

"No lo estaba", respondí.

El guardia entrecerró los ojos y apretó la mandíbula como si lo hubiera cabreado al responderle.

"Me sorprendiste". Exhalé larga y fuerte, cansada y tensa. "Corriste detrás de mí y yo reaccioné con miedo".

"Ella huyó de nosotros, señor", dijo el primer hombre. "Estábamos intentando transportarla a la finca como usted solicitó, pero ella se esfuerza por escapar".

Declan frunció el ceño al notar la jeringa en la mano del hombre. Lo tiró al suelo y agarró la pechera de la camisa del hombre.

"¿Eres jodidamente estúpido? ¿Drogarla?".

El guardia asintió. "Un sedante. Solo para transportar...".

"Sin drogas". Le dio un fuerte puñetazo. "Ella es mi esposa, podría estar embarazada de mi puto hijo".

Me quedé callada, mordiéndome la mejilla. *En realidad, no, no lo estoy.* No tenía idea de que le fallaría en esa tarea.

Una vez que terminó de golpear al guardia y advertirle que no me drogara jamás, se volvió hacia mí. Su pecho se agitó. Sus ojos ardían de impaciencia y molestia.

"Será mejor que te comportes". Me señaló y el segundo guardia me soltó. Me froté el brazo y miré a mi marido.

"Será mejor que te comportes, o te enseñaré otra lección sobre lo que sucede si intentas huir de mí".

Por supuesto, él asumiría que yo estaba armando tanto escándalo porque quería correr. Dudaba que pudiera hacer algo, incluso decir algo para persuadirlo de que no escaparía hasta que nuestro trato estuviera cerrado.

Seis meses, idiota. Entonces correré.

En lugar de encontrar algo que decirle, algún acuerdo apaciguador para reducir su rabiosa obsesión por mantenerme bajo su control, me conformé con nada en absoluto.

Mirándolo con ceño, levanté la barbilla y confié en el silencio, odiándolo con cada fibra de mi ser.

No importa lo bien que se había sentido cuando me obligó a tener ese orgasmo anoche.

DECLAN

Declan

Cara no dijo una palabra, sin embargo, tampoco corrió. Por la forma en que la encontré en el pasillo, retenida por los guardias que actuaban como su seguridad personal, me pregunté a quién creer, si la habían sorprendido tratando de escapar de nuevo o si realmente se había asustado.

¿Pero drogarla? No, joder, no. No me arriesgaría a que nada complicara la salud de mi futuro hijo. Solo me la había follado una vez la noche anterior, pero incluso eso podría ser suficiente. Todo lo que hizo falta fue una vez.

Después de ducharme e irme a mi habitación, no pude dormir. Con la intención de volver a probar su dulce sabor, la encontré en la habitación de invitados y pensé en llevarla de nuevo.

Pero no lo hice. No es que estuviera por encima de follarla mientras estaba inconsciente, pero algo me detuvo.

A ella le gustó.

Aunque ella protestó y luchó conmigo, vi y sentí la evidencia de su excitación.

Eso me intrigó demasiado. Solo había conocido a putas y acompañantes incondicionales que podían disfrutar de hacerlo duro y salir así. La mitad del tiempo sospechaba que fingían solo para complacerme, pero Cara no lo había hecho. Ella estaba húmeda por mí. Ella había apretado alrededor de mi polla con tanta fuerza cuando llegó.

Quería tomarla con más fuerza la próxima vez, pero cuando pude ver cuánto quería. Hasta dónde podía llegar en su umbral del dolor para buscar el placer.

Durante todo el viaje hasta la finca familiar, ella miró obstinadamente por la ventana, negándose a mirarme en absoluto.

No me importaba. No me había casado con ella por su compañía precisamente. La idea de mantener una conversación me intrigaba, pero estaba seguro de que me estaba dando el

tratamiento de silencio para molestarme, o tal vez no. Simplemente no me importaba. Hablar o no, estar feliz o no, no era relevante. Lo único que importaba era su capacidad para darme un hijo o una hija.

Cuando llegamos, dispuse que otro par de guardias para que se hiciera cargo de su seguridad. No solo era para mantenerla a salvo, dado que, como mi esposa, ella estaría en riesgo por asociación con mis enemigos. También necesitaba un equipo de protección porque podría intentar escapar.

Nadie comprendía lo crucial que era esto. Mis esperanzas de darle a mi padre un heredero antes de su muerte dependían de ella.

Una vez que la llevaron a su habitación, un área decorada con elegancia y claramente femenina que le ofrecería todo lo que pudiera desear o necesitar, me dirigí a ver a mi padre.

Después de su muerte, esta sería mi casa. Sería mi residencia para compartir con Cara y nuestros hijos. No abandonaría mi residencia preferida, la mansión en la que había llevado a Cara la noche anterior. Esa se convertiría en una casa de vacaciones, pero tenía sentido que ella se adaptara a vivir aquí.

Para siempre.

Papá estaba despierto y algo agitado cuando entré en su habitación. Ian estaba sentado en la silla junto a su cama. Al verme, asintió con la cabeza y luego suspiró.

"¿Te casaste con ella?", preguntó papá apenas cruce la puerta. "¿Te casaste con...?". Miró a Ian como si buscara confirmar el nombre una vez más.

"No, no con Saoirse", respondió Ian.

"Con Cara Gallagher", dije yo.

Papá sacudió la cabeza, frunciendo el ceño mientras intentaba incorporarse más. "Pensé que te había dicho que te casaras con la otra, Saoirse".

"Ella no estaba interesada".

"No importa lo que ella quería", rugió papá.

"Tranquilo, tranquilo", advirtió Ian con cautela mientras papá caía en una tos violenta.

"Yo tampoco estaba interesado", añadí. Un solo vistazo a Saoirse no me había intrigado. No es que eso importara, pero la primera mirada a la obstinada expresión de Cara me hizo saber que ella era la que llevaría a casa. "Aunque me sorprendió descubrir que Murray tenía una hija desconocida, ella cumplía con los requisitos".

Y el maldito tenía algún tipo de influencia para forzarla a aceptar la boda.

"Le mostré la copia del certificado de nacimiento". Ian señaló el documento en la mesa de al lado.

"Y temo que solo has encontrado motivo para una guerra", murmuró papá.

"¿Una guerra?". Fruncí el ceño, tratando de entender a qué se refería.

"Nora Gallagher". Papá tomó el certificado y frunció el ceño. "Supuestamente no es nadie a simple vista".

Ian asintió, "por lo que he visto, no es alguien especial".

Lo creía. Shane Murray nos había sorprendido a ambos ayer al revelar a esta hija secreta justo a tiempo. No tenía dudas de que Ian había investigado de inmediato sobre Cara y su legitimidad como hija de Shane. Él se encargaba de esos asuntos. Probablemente había pasado la noche investigando la historia familiar de Cara.

"Quizás no...", gruñó papá, frunciendo el ceño hacia mí. "Nora podría ser una hija ilegítima de un miembro de la familia Boyle".

No puedo creerlo. ¿Un Boyle? ¿Cara es una pariente lejana de nuestro mayor enemigo?

"Estoy investigando...", dijo Ian, "parece que es solo un rumor en el que papá está basando sus suposiciones".

"Sin embargo...", replicó papá, "si ella tiene alguna relación con los Boyles y se enteran de que te has casado con alguien de su familia, lo verán como una grave transgresión".

Los Sullivans y los Boyles siempre han estado en conflicto, a veces, literalmente han surgido peleas. Siempre hemos evitado una guerra fatal, pero nunca ha habido paz entre nosotros.

Si descubren que me he casado con alguien, aunque sea una pariente lejana, esto podría desencadenar una batalla brutal.

"¿Crees que por eso Peter apareció con su hombre anoche?", pregunté a Ian. Me había molestado verlos entre mis invitados en la recepción, pero no había considerado la razón de su presencia.

"No lo sé". Se encogió de hombros, aunque no parecía demasiado preocupado. "Me dio la impresión de que estaban husmeando y simplemente estaban por allí".

Eso era lo que yo pensaba también. Hasta que surgió la noticia de que Nora podría ser una hija ilegítima bajo su protección. Los hijos varones dominaban. El patriarcado era fuerte en nuestras familias, pero cada hijo contaba. Nadie podía traicionar lealtades, ni siquiera al casarse con una persona asociada a un enemigo.

"Esto es una locura". Enfurecí, y mi mirada ida desde los ojos preocupados y cansados de papá hacia los ojos agudos y alerta de Ian. La furia me recorría, acelerando mi corazón y haciéndome sentir la necesidad de luchar.

Me sentía engañado, como si Murray me hubiera tomado el pelo. Esto no iba a quedar así.

"Maldito Murray". Sacudí la cabeza y señalé a Ian para que se levantara y viniera conmigo.

"Voy a investigar esto", le prometí a mi padre. Era demasiado tarde para echarme atrás. Ya me había casado con Cara y había consumado el matrimonio. Ella *era* mía, pero ahora parecía que tenía que hacer un poco de control de daños.

Ian no dijo nada durante el trayecto hacia la casa de los Murray, y agradecí que me diera tiempo para pensar. Para prepararme mentalmente. Para considerar qué decirle a ese miserable que me entregó a Cara la noche anterior.

Resoplé, sacudiendo la cabeza. "¿Realmente fue hace solo un día y medio?". Miré hacia él mientras conducía. "Cuando vinimos aquí".

Él puso los ojos en blanco. "Sí".

"Por su bien más le vale que sea la última vez que vea su maldita cara".

Como en el primer encuentro en el que exigí que se celebrara la boda, golpeé la puerta con firmeza.

Ian suspiró, bajando el dedo del timbre y rindiéndose a mi método de anunciar nuestra llegada. "Ahora tiene sentido".

Le lancé una mirada de reojo mientras esperábamos a que el viejo mayordomo viniera a abrir la puerta. "¿A qué te refieres?".

"A lo nerviosos que estaban y lo que oímos después de que nos fuimos".

Estaba en lo cierto, ahora tiene sentido. Shane se veía parecido dispuesto a cooperar, demasiado asustado, pero Keira había insistido en que su hija no sería mi esposa. Debieron haber planeado forzar a Cara para que cumpliera ese papel.

Fue esa mujer insulsa quien respondió, no el mayordomo.

Keira nos miró entrecerrando los ojos, mirando de mí a Ian, y de un lado a otro. "¿Sí?".

Que te jodan a ti y ese tono. Pasé junto a ella, invitándome a entrar. Ella se erizó, resoplando, como si ese sonido fuera a hacerme cambiar de opinión sobre mi actitud.

"¿Dónde está Murray?".

Ella se encogió de hombros y olfateó, manteniendo la nariz en el aire. "Afuera".

"¿Qué sabes sobre Nora Gallagher?", dijo Ian, pareciendo darse cuenta de lo cerca que estaba de estrangular a esta mujer engreída.

"¿Nora?", Keira sonrió, "ella no es más que una perra inútil".

"¿Es ella pariente de los Boyle?", exigí.

Ella puso los ojos en blanco. "¿Esperas que *sepa* sobre su familia? No me interesa en absoluto. Escuché que su madre la abandonó y su padre nunca la quiso. *Nadie* la quería para nada bueno".

"¿Como tu marido?", la incité.

Su labio se curvó. "Shane me conoció mucho después de que envió a esa cualquiera a hacer las maletas. Nunca fue una elección entre elegirme a ella o a mí".

"¿Murray sabe algo sobre el pasado de Nora?". Preguntó Ian, demostrando que tenía mucha

paciencia. Estuve a dos segundos de torturar a esta mujer para que dijera todo de una maldita vez.

"No, a él nunca le importó porque ella claramente no era nadie ni nada...", ella sonrió, cruel y lentamente, "igual que Cara".

Di un paso adelante, me puse frente a ella y esperé hasta que el miedo invadió su rígida cara plástica. "Cara es ahora mi esposa", le recordé.

No enfaticé eso como defensa de quién era Cara como individuo. No *conocía* a mi esposa, pero ella es mía. Estaba vinculada al nombre de Sullivan...a mí. Y que me jodieran si intentaba insultar cualquier cosa que posea.

Ella asintió y dio un paso atrás tembloroso.

"Señora". El mayordomo entró corriendo en la habitación, jadeando y tan fuera de forma como estaba el otro día. La alarma se reflejaba en cada línea de su arrugado rostro mientras miraba a su ama, la señora de la casa. "El Señor Murray ha sido capturado. Su...", me miró, "sus compañeros de trabajo no quedaron contentos con su reunión y decidieron mantenerlo como rehén hasta que pague".

Keira jadeó, tapándose la boca.

Volví a mirar a Ian, que tenía la misma expresión que apuesto que vio en mi cara. Una que insinuaba '*qué tonto*'.

"Debes ayudarnos", suplicó Keira con firmeza, con la autoridad que reflejaba lo idiota que era al pensar que la tenía.

Me volví y dije por encima del hombro. "No".

"¡Ahora son familia!".

Me detuve y me giré para mirarla. "No somos familia".

Con un resoplido final, divertido de que ella intentara suplicarme ayuda, me fui con mi hermano y realmente planeé no tener que regresar nunca más.

No obtuvimos muchas respuestas, pero sabía que llegaríamos al fondo de esto y manejaríamos cualquier problema que pudiera surgir.

Todo lo que tenía que hacer, todo lo que *debía*, era embarazar a mi esposa y conseguir un heredero.

CARA

Cara

Los dos guardias, sin compañía de Declan, me acompañaron a mi habitación. No compartía la habitación con mi esposo, pero eso no me sorprendió. Si su idea de consumir nuestro matrimonio era llevarme contra la puerta principal, claramente no tendría ningún interés sentimental en dormir conmigo en una cama.

Lo que me dejó atónita fue cuando los guardias me mostraron toda la mitad del descomunal piso. Estar en este enorme castillo era una cosa, pero, comprender que tenía un ala completa, con un dormitorio, un estudio, una sala de estar y el baño más grande que podía imaginar, fue totalmente otra.

La casa de mi madre podría caber en el ‘ala de la señora’, como la llamó el guardia más alto. Él y otro hombre mayor habían reemplazado a los dos que me habían perseguido en el otro lugar, pero seguía siendo igualmente cautelosa con ellos. Permanecería alerta y precavida aquí, en esta nueva casa en la que se suponía que debía vivir.

"El señor Sullivan quiere su teléfono".

Me volví de repente, apartando la vista de las amplias ventanas con cortinas hacia la parte trasera de la habitación. Fruncí el ceño mientras trataba de procesar lo que acababa de oír. "¿Qué? ¿Mi teléfono?".

El guardia extendió la mano, su mirada no tan exigente ni cruel como la de su jefe, pero igualmente firme. "Su teléfono".

El otro guardia se mantuvo al lado, esperando expectante.

"¿Por qué?".

El segundo hombre soltó una risa corta. "Para que no puedas llamar para pedir ayuda y escapar".

Me mordí el labio inferior y bajé los hombros, derrotada por su franqueza. "Oh, entonces soy una prisionera aquí".

"Su teléfono", extendió aún más la mano hacia mí.

"¿O qué?", pregunté con ironía, sacando mi teléfono del bolsillo para desbloquearlo y realizar un restablecimiento de fábrica. No podía arriesgarme a que estos hombres o Declan descubrieran algo sobre mi madre o el trato que había hecho con mi padre y mi madrastra, el acuerdo que involucraba casarme con Declan. Lo último que necesitaba era que la mafiosa familia Sullivan fuera tras mi madre y empeorar todo.

Le arrojé el dispositivo con fuerza, sintiendo que entregarlo era como cortar un vínculo al que deseaba aferrarme. Era mi único medio para contactar a mi madre y el único método para verificar con Oscar que estaba cumpliendo con mis instrucciones en mi ausencia. Ya le había enviado tantos mensajes, y parecía que había obedecido mis órdenes, pero no estaba dispuesta a perder todo contacto.

"Estoy seguro de que el señor Sullivan te lo devolverá cuando lo considere oportuno". Con esas palabras, sosteniendo mi teléfono, se dieron la vuelta y me dejaron... sin nada. No tenía nada que hacer. Ningún lugar al que ir.

Me quedé allí mirando las altas puertas dobles mientras se cerraban. Atascada en una fugaz mezcla de desconcierto y furia contenida, traté de sobrellevar el estrés de la situación.

Ahora, estaba verdaderamente despojada de todo. No podía concentrarme en seguir con los asuntos de la granja o en la salud de mi madre. No podía revisar el clima para saber si los animales estarían bien durante las tormentas de verano que se aproximaban.

No tenía forma de contactar con el mundo exterior, y encerrada en esta vasta pero oscura ala de un antiguo castillo, me sentía como una prisionera.

En la granja, me había preguntado si algún día encontraría una alternativa para mi vida. Rodeada por los lujos y una suite privada solo para mí, ciertamente había tropezado con una, pero estaba tan atrapada como antes.

Ese primer día se convirtió en otro... seguido de otro...y otro.

No veía a nadie más que a los dos guardias asignados. Declan nunca se acercó para ver si estaba viva o para cumplir con su objetivo de obtener un heredero. Nada. Estaba aislada pero no olvidada. Los guardias me mostraron parte de la residencia. Varias áreas del castillo estaban cerradas. Todo el piso superior estaba prohibido. Aunque me dieron un recorrido por las zonas a las que tenía acceso, como el comedor, los salones, la biblioteca y el estudio, indicaron que estaba atrapada dentro.

A través de las ventanas, vislumbraba el exterior. El extenso césped verde. Jardines ornamentales justo fuera de las paredes y ventanas, decorados artísticamente como una versión de la naturaleza para damas y caballeros. Más allá, divisaba otros edificios, y suponía que al menos uno era un establo.

Un agudo sentimiento de nostalgia me golpeó al mirar la silueta de una estructura tan similar. Allí era donde realmente pertenecía. Afuera, manteniendo mis manos ocupadas, escuchando a los animales y ayudándolos a prosperar. No sería lo mismo que estar en casa, con el rebaño y los

caballos que Oscar y yo cuidábamos, pero la mera posibilidad de estar cerca de animales aliviaría un poco el dolor en mi corazón.

No veía sentido en permanecer encerrada. Con jeans y suéteres, y sin hacer nada. Este estilo de vida inactivo y delicado no era para mí... no era yo.

El personal preparó la polvorienta ala de la señora con ropa que no me quedaba bien, demasiado rígida y no tan desgastada como mi ropa más sencilla de casa. Tenía todo lo necesario y privado que pudiera necesitar, incluidos productos femeninos. Mi periodo había comenzado, como esperaba, a pesar de no haber recibido la orden de registrar mi temperatura y usar las tiras de prueba de hormonas que alguien había dejado en mi ala. Un médico pasó por aquí y me explicó que Declan esperaba que registrara cuándo sería más fértil.

No lo seré. Nunca.

Nunca dije algo. Una pequeña parte de mí temía que el médico insistiera en un examen, pero él parecía apresurado, como si estuviera allí para atender a alguien más en el castillo. Me dijo que registrara los detalles de mi menstruación y luego se fue.

¿Quién más está aquí?

Solo veía a los guardias, algunos cocineros y empleados domésticos por aquí y por allá, pero durante toda mi primera semana viviendo aquí como la Sra. Sullivan, me trataron como si fuera invisible mientras trabajaban y se movían con soltura por la casa.

Declan se había ido. Su hermano Ian también había desaparecido.

Solitaria y miserable, caí cada vez más en el odio hacia mis circunstancias. No podía salir. Ni siquiera podía ir al exterior, a pesar de los cielos grises y la lluvia constante.

A menudo me encontraba en las ventanas, mirando hacia afuera y dejando que cada onza de desesperanza se hundiera en mi alma. Anhelaba el aire libre y fresco. Extrañaba la sensación de la llovizna en mi rostro, el espeso pelaje de una oveja bajo mi mano, y el reconfortante relincho de mi caballo favorito mientras cabalgábamos por el campo.

Olvídalo, suspiré, apoyando la frente en la ventana. Recuerda que todo esto es por ella.

Tragué con dificultad, deseando poder verla. Escuchar su voz. Hacerla reír.

Separada de ella, perdí de vista las dificultades inmediatas que había enfrentado durante años. No sabía por qué, pero estar tan completamente sola me llevaba a pensar más en el pasado, en aquellos tiempos más fáciles y despreocupados de mi juventud. Antes de que su cuerpo fuera devastado por enfermedades y dolencias. Cómo me llevaba a montar a caballo, me enseñaba a pescar y a esquila a las ovejas. Las cenas y los picnics. Reírnos con bromas tontas y recoger flores silvestres.

Demasiada ocupada con el trabajo y cuidándola, había dejado que esos recuerdos más dulces se desvanecieran de mi mente, pero ahora, con esta inactividad, me aferraba a ellos.

Estoy haciendo esto para que podamos tener tiempos mejores nuevamente. Juntas, curadas y

felices. El sueño de esa posibilidad avivaba mi espíritu para soportar este aislamiento, aunque no era fácil.

Después de una semana, me preocupaba la oscuridad de la situación en la que me encontraba. Una prisionera. Una yegua de cría que no tendría éxito.

Cuando Declan finalmente regresó, me tensé y deseé poder suplicar por una escapatoria. Correr, porque la idea de que se fuera solo para regresar a hacerme daño me llenaba de un terror escalofriante.

Al escuchar su voz al entrar, diciendo a Ian que hablaría con él después de la cena, me quedé inmóvil.

Escondida en la biblioteca, distraída mientras miraba un libro de fotografía sobre la geografía de Irlanda, esperé a que me encontrara.

"¡Cara!", gritó, acompañado de pesadas pisadas mientras buscaba por la planta baja.

No voy a obedecer tus órdenes.

"¡Cara!", rugió afuera de la biblioteca. "Riley, ¿dónde está?".

La joven cocinera que había visto, una vez cuando me atreví a ir a la cocina por un refrigerio, y resopló.

"No lo sé. No soy su niñera".

Levante las cejas ante su tono. *¿La deja responderle así?*

"¿Dónde crees que está?".

"Por aquí. Por el amor de Dios, Dec. No se ha escapado".

"¿Está...?".

Riley suspiró. "No, no lo está".

Fruncí el ceño y cerré el libro. *¿Qué iba a preguntarle?* Sabía que no le importaba mi bienestar.

"¡Cara!", intentó entrar en la biblioteca, empujando la puerta con tanta fuerza que golpeó la pared. Su mirada oscura se posó en mí y levanté el mentón.

"¿Estás encinta?".

Reí para mis adentros y me levanté para devolver el libro a la estantería.

Sin un saludo. Sin una palabra amable. Solo una exigencia para saber si ya había cumplido con mi propósito.

"No", respondí con frialdad.

"¿Todavía sigues...?".

Crucé los brazos. "Sí, mi período está por terminar".

Aunque debería resultar extraño hablar sobre mi cuerpo con él, me contuve de hacer una mueca ante lo que le estaba diciendo.

Querrá intentarlo una y otra vez, solo para recibir la misma respuesta. No le daré un heredero, pero según el acuerdo que sellamos en el patio de la iglesia, seguirá intentándolo durante los próximos cinco meses y medio.

Debería haber dicho tres meses.

Su rostro se tornó severo, rígido con decepción e irritación. "Entonces, después de la cena, lo intentaremos de nuevo".

Maldita sea. Debería haber estado preparada. Me había dicho claramente lo que necesitaba de mí, siendo directo y honesto acerca de hacerme la madre de un heredero.

Debió interpretar mi sonrisa como una provocación, porque se acercó con pasos firmes, entrecerrando los ojos. "Seguiremos intentando hasta que funcione".

DECLAN

Declan

No está embarazada.

Me senté y respiré hondo para calmar la irritación que me causó la respuesta de Cara. Estaba más molesto que decepcionado. Dado que solo había tenido sexo con ella una vez, sabía que no debía hacerme demasiadas ilusiones. Quería suponer que podría tener un golpe de suerte con ella y que tendríamos un hijo al primer intento, pero incluso yo sabía cuán improbable era eso.

Debemos seguir intentando.

Después de los días largos y complicados que había tenido, me fastidiaba no poder recibir una buena noticia. No tenía la intención de quedarme en la ciudad así, pero el trabajo me llamaba. El deber me esperaba. No podía pasar todo mi tiempo aquí con mi miembro dentro de ella. Mi padre esperaba que le diera un heredero, pero los negocios que respaldaban el nombre Sullivan también requerían de mi atención.

Miré a Cara, que estaba sentada frente a mí, rígida y con los labios apretados. Ojos brillando de rabia contenida. No lo sabía todo sobre mi esposa, pero estaba familiarizado con su carácter desafiante y terco. Era una luchadora, especialmente contra mí, y no dudaba que no le agradaba que hubiera regresado. Era obvio que quería tener el menor contacto posible conmigo.

Qué lástima. En una hora estaría penetrándola nuevamente, aunque incluso eso sonaba como una tarea. Estaba agotado mental y físicamente por todo el trabajo que tenía por delante. No tenía ánimo para lidiar con su actitud áspera y defensiva. Ya le había dicho lo que necesitaba. Le expliqué que ella solo era mi esposa para quedar embarazada.

La mayoría de las veces, la lucha me excitaba. Las mujeres dóciles no me atraían en absoluto. Quería un desafío que superar, un espíritu fuerte que conquistar, pero no ahora... no hoy.

La idea de llevarla al dormitorio me parecía una tarea más, otro trabajo que hacer cuando ya tenía tanto en mi cabeza. Todo lo que quería después de estar despierto todo el día y la noche era dormir y no ser molestado por nadie ni por nada.

"Hola, Cara", dijo Ian al entrar en el comedor, asintiendo hacia ella antes de tomar asiento.

Ella levantó la cara, con la cuchara suspendida en el aire mientras lo miraba. "¿Hola?".

Ian se rio entre dientes, mirando entre los dos. "¿Qué? ¿No puedo saludar a mi cuñada?".

"Oh...", Cara se llevó una cucharada a la boca, "perdón... pero no lo lamento".

La miré con furia.

"No he hablado con nadie en días, olvidé cómo funciona la comunicación".

Ian se mordió el labio, levantando las cejas mientras me miraba. "¿Y hay buenas noticias...?".

"No está embarazada", solté.

"Estoy justo aquí". Ella fingió una sonrisa tímida. "Oh, perdón. ¿Se supone que debo ser una prisionera *muda* y permitir que hables por mí en todo momento? Mi error".

"Basta con la actitud insolente".

Ella sonrió, sin hacer contacto visual, mientras seguía comiendo.

"Vaya, siento haber llegado tarde", dijo Ian, claramente buscando una forma de evitar esta tensión entre mi esposa y yo. Nació con ese encanto innato, llamado así por algunos, que yo veía como una pérdida de tiempo. "Solo quería revisar cómo estaba papá primero".

"¿Tu papá?", Cara levantó la mirada hacia él, "¿está aquí?".

Ian asintió, "¿no lo sabías?".

"¿Es por eso que el piso de arriba está cerrado con llave?", preguntó ella.

"No es asunto tuyo...", gruñí, "no necesita ser molestado, lo único que puedes hacer por esta familia es quedarte embarazada".

"Estoy al tanto", replicó ella.

"¿No sabías que papá vivía aquí?", Ian preguntó, mirando luego hacia mí.

Me encogí de hombros. No sabía qué le habían mostrado Frank y Tom. Tal vez los guardias no intentaron darle un recorrido completo del lugar. Quizás papá les dijo que se largaran y que no querían visitas. No me importaba.

"Al parecer, conocer a mi nueva familia no es necesario", bromeó ella.

"No lo es...", señalé a Ian, "él es mi hermano, y eso es todo lo que necesitas saber. Lo que es necesario es que formes una familia".

"Vaya". Me miró con expresión vacía, inclinando la cabeza hacia un lado. "Con ese dulce carisma y atractivo que tienes, me sorprende que no hayas dejado embarazada a la mitad de las mujeres de toda Irlanda".

Presioné los labios juntos. La frustración crecía dentro de mí, pero no podía apartar la mirada.

Me cautivaba. Me provocaba, poniendo a prueba su suerte al hacerlo. Maldita sea si no enfatizaba lo increíblemente hermosa que era, con su lengua afilada y todo. Se veía viva y ardiente, alterada para responder de esta manera.

Como si le diera un placer. Sus palabras estaban destinadas a irritarme, pero ella no tenía idea de lo hiriente que era su comentario. No me importaba encantar a una mujer, pero había intentado dos veces mantener a una esposa.

"Y de todas tú eres la ganadora", gruñí.

"Vaya suerte...", ella soltó una risa sarcástica, "¿es eso lo que debo agradecer por este encarcelamiento?"

Ian carraspeó, ruidosamente. "Hablando de familias...", me lanzó una mirada para que me callara, "¿qué sabes de la tuya?"

Una vez más, ella se congeló, sosteniendo la cuchara a mitad de camino hacia su boca. "¿A qué te refieres?"

"¿Qué sabes de tu familia?", preguntó Ian.

Entrecerré los ojos, preguntándome por qué se ponía tan tensa ante su pregunta.

"¿Mi padre?". Ella levantó un hombro y lo dejó caer. "Lo has visto, ya lo has conocido".

"No eres cercana a él", deduje.

"Nunca...", confirmó ella, "nos echó a mi madre y a mí cuando se enteró de que estaba embarazada de mí, rara vez lo veía".

"¿Por qué?", pregunté.

"¿Porque es un imbécil llorón? ¿Egoísta y manipulador?"

Interesante. "¿Eso es lo que te dijo tu madre?"

"No necesitaba decírmelo, lo vi por mí misma cuando era niña y también de adulta".

"¿Tu madre, Nora, simplemente se fue contigo?", Ian verificó.

Cara asintió, y el movimiento aflojó otro mechón de su cabello castaño rojizo. Mientras lo recogía, la sencilla alianza de bodas brilló bajo la luz del candelabro. "Sí, creo que se dio cuenta de que él estaba afiliado con la..."

"La mafia y quería huir de él. De todos modos, él la echó porque quería salir con Keira, y se casaron".

"¿Estuviste alejada de él toda tu vida?", pregunté.

Ella sonrió con desdén. "¿Te importa?"

La miré con furia. "No".

"Nunca lo vimos, salvo una vez cuando era adolescente y me lastimé y necesitaba atención médica que no estaba disponible en nuestro pueblo. Mi madre fue a la ciudad para exigirle que pagara por mi tratamiento. Fue la única vez que le pidió algo".

Ian y yo intercambiamos una mirada. Así que era pobre. Cualquiera que fuera la vida que llevaba con Nora, era una de pobreza.

"¿Y Shane respondió en ese momento?", preguntó Ian.

Cara asintió. "Mi madre lo amenazó con contarle a Keira que aún hablaba con ella, para hacerle creer que la estaba engañando. Keira siempre parecía tan obsesionada con la fidelidad, como si temiera que mi padre se desviara".

"Pero, ¿qué sabes de tu madre?", preguntó Ian.

No había encontrado muchas respuestas sobre los padres de Nora o su historia familiar. Hasta que pudiéramos probar que el rumor sobre su relación con los Boyle era falso, seguiría siendo otro problema con el que tendría que lidiar.

Una vez más, ella parecía tensa, frunciendo el ceño. "¿Por qué quieres saber?".

"Quiero decir, ¿alguna vez conociste a tus abuelos?", preguntó.

Ella negó con la cabeza. "Mi madre quedó huérfana, la dejaron en los escalones de una iglesia y la criaron en orfanatos".

Joder. Eso haría mucho más difícil averiguar si estaba relacionada con los Boyle. Dejar la investigación genealógica a Ian era lo preferible, pero si llegaba el momento de enfrentar a alguien y golpearlo para obtener respuestas, esa tarea me tocaría a mí.

"¿Por qué preguntas?", respondió Cara, tensa.

"Porque fue una sorpresa de último minuto que Murray esperara que me casara contigo y no con tu hermanastra".

Ella rio una vez, amargamente. "Sí, también fue una novedad para mí".

¿Por qué lo hiciste? Después de que Frank me dio su teléfono, retrocedí para ver qué mensaje podría haber recibido ese día, cuando intentó trepar el muro del jardín. Desafortunadamente, lo había borrado. De hecho, había limpiado todo el maldito dispositivo, y me pregunté qué podría estar escondiendo para ser tan ansiosa en borrar su correspondencia y registros de mensajes.

Suspiré, molesto de que me estuviera cargando con más preguntas, más dolores de cabeza.

No importaba por qué se casó conmigo. Sus motivaciones no cambiarían nada. Lo único que me importaba era que ella era mi esposa para dejarla embarazada.

Ian y yo hablamos más sobre negocios, pero ambos tuvimos cuidado de mantenerlo simple y sin detalles. Cara no podía ser una espía para nadie. Estaba confinada aquí y no saldría. Tampoco tenía medios para hablar con nadie, pero esta era la naturaleza de nuestras vidas. Nunca compartir nada que pudiera ser usado como arma más tarde. Pasamos el resto de la cena

conversando sobre los terrenos de la finca, y noté lo poco que parecía importarle a Cara.

Si estaba escuchando, no encontró nada digno de una reacción. Si estaba esperando un momento para hablar y quejarse, no le daría mi atención.

Sombría y taciturna, se sentaba allí picoteando su comida.

Ian se levantó, contestando una llamada y asintiendo hacia mí mientras salía de la habitación. Dudaba que volviera, y no planeaba quedarme mucho tiempo de todos modos. Ahora que me había detenido a sentarme por más de unos minutos, después de estar ocupado toda la semana, empezaba a sentirme más somnoliento. Las bebidas que había tomado durante la comida también me hacían desear dormir aún más.

Pero primero...

Arrojé mi servilleta sobre la mesa y suspiré mientras arrastraba la mirada hacia mi esposa.

Ella se puso tensa, dándose cuenta de que mi atención estaba en ella. Sin hacer contacto visual, se quedó rígida, esperando que hablara o me moviera.

No hice absolutamente nada. Mirándola, deseando que pudiera relajarse con toda esa actitud independiente y recalcitrante, suspiré de nuevo.

Entonces levantó la barbilla, fijando su mirada dura en mí.

No, no iba a hacer esto fácil. Aunque sabía lo que se esperaba de ella, tenía que ser terca y pensar que tenía alguna voz en esto.

"Vamos".

Ella frunció el labio con disgusto y puso los ojos en blanco. "No he terminado de comer".

"Qué pena, tal vez no deberías ser tan quisquillosa", empujé mi silla hacia atrás.

"No soy *quisquillosa*, esa señora acaba de traer esto".

¿Esa señora? Casi me reí, divertido. ¿Era tan inculta que no sabía llamar a Pauline una *sirvienta*? Dudaba que Cara hubiera sido criada con riqueza, pero no me daba cuenta de que estaba tan fuera de sintonía con el estilo de vida al que yo estaba acostumbrado.

"Come después", ordené, mirándola con desdén.

Con un suspiro pesado, sacudió la cabeza y dejó caer su servilleta sobre la mesa.

Admiraba su tenacidad. No me estaba desafiando por mero capricho. Su antagonismo no era un espectáculo para llamar la atención o para parecer fuerte. Esta mujer, esta pelirroja curvilínea pero esbelta, era una luchadora sin importar qué.

"¿Otra vez la puerta principal?", gruñó, molesta.

Eso fue suficiente. Le agarré la muñeca, tirando de ella hacia las escaleras que llevaban a mi habitación. "Ya basta con eso, estoy harto de tu actitud".

"¿Mi actitud?", se burló, "¿cómo puedes estar harto de mí si ni siquiera estás aquí para notar que aún vivo?".

¿Vivo? ¿Mientras mis dos primeras esposas están muertas? Ella no podía saber lo que sus palabras significaban para mí, pero me ofendieron de todas formas.

"Cállate, no necesito oír otra maldita palabra".

No dejó de intentar liberarse de mi agarre, y apreté mis dedos más fuertes en su muñeca mientras la dirigía escaleras arriba.

"¡Puedo caminar, maldita sea!".

Al llegar a las puertas de mi ala, golpeé la madera con mi mano libre y las abrí. Arrastrándola dentro, disfruté de su impotencia para sobreponerme. Ella era mía para follar y hacer lo que quisiera.

Gruñó, frunciendo el ceño mientras la empujaba adentro y la soltaba.

Tropezando hacia atrás, me miró con odio y se frotó la muñeca. "Te odio, odio haber considerado siquiera este acuerdo".

"¿Qué?". Cerré las puertas, desabotonándome la camisa mientras avanzaba hacia ella, forzándola a acercarse a mi cama.

"Odio lo que tuve que sacrificar por este maldito acuerdo", murmuró, pronunciando las palabras con amargura mientras observaba mis manos en la camisa.

"¿De qué diablos estás hablando?", le empujé el hombro, haciendo que cayera sobre la cama.

"Nada", retrocedió en la cama, y yo alcancé el cinturón de sus jeans.

Perseguir a una mujer era la mitad de la diversión, a veces. Ahora mismo, quería que se arrastrara hacia mí, que se inclinara para mí.

"¿Qué acuerdo?", exigí, deslizando mis dedos bajo el cinturón.

Ella cerró los labios, enfurecida mientras permanecía inmóvil. No me importaba si ella quería ser una participante activa en hacer un bebé conmigo. Sucedería de una forma u otra.

Pero no permitiría que hablara en acertijos y tratara de mantenerme en la oscuridad.

¿Un acuerdo? ¿El que hizo conmigo en el patio, en el que si no estaba embarazada en medio año, podría irse?

La miré de arriba abajo, recordando al ver su cuerpo sexy que nunca renunciaría a esta posesión.

¿O está hablando de otra cosa?

"¿Qué acuerdo?".

"Nada", espetó.

Mentirosa. Estaba harto de su insolencia, cansado de luchar con ella cuando tenía tantas cosas que hacer.

No reaccioné con enojo, sino que sonreí. La haría confesar las respuestas a la fuerza. No me mantendría en la oscuridad sobre nada. No cuando yo era el que tenía el control aquí. Igual que siempre lo tendría.

Cara Gallagher, ahora Sullivan, no me vencería en este juego.

Ella intentó retroceder aún más, pero la alcancé rápidamente, agarrando su muñeca y tirándola hacia mí. Sus ojos brillaban con desafío, pero yo estaba decidido.

"¿Qué trato?", insistí, mi voz baja y amenazante mientras me inclinaba sobre ella.

"Ya te dije, nada", respondió, con la mandíbula apretada.

"Mentirosa", murmuré, acercándome más, nuestros rostros apenas separados. "No puedes ocultarme nada, Cara. No funcionará".

Con un movimiento brusco, la obligué a inclinarse hacia atrás, sujetando sus muñecas sobre su cabeza mientras mi otra mano deslizaba sus jeans. Ella luchó, pero su resistencia solo avivaba mi determinación.

"Hablarás...", le aseguré, con una sonrisa torcida en mi rostro, "y cuando lo hagas, recordarás quién manda aquí".

Ella gruñó, su furia evidente, pero no podía hacer nada para detenerme. Con cada momento que pasaba, me acercaba más a obtener lo que quería, y no solo en el sentido físico. Su voluntad se rompería, y yo tendría todas las respuestas.

Cara no tenía escapatoria. Estaba atrapada, y yo tenía todo el tiempo del mundo para demostrarlo.

CARA

Cara

Me tumbé en la cama, atrapada y acorralada mientras miraba hacia arriba a Declan, que se mantenía erguido, frunciendo el ceño sobre mí. Sus manos ya no me sujetaban con esa brutal fuerza familiar, pero aún estaba tan atrapada bajo la intensa furia de su mirada.

No se movía, permaneciendo de pie y mirándome hasta que me sentí como un animal atrapado. Una pequeña y desesperada presa. Él era el depredador supremo, mirándome con la intención de hacerme daño. Esto no iba a ser un dulce acto de amor ni una intimidad suave. Planeaba violarme, y probablemente me tomaría tan fuerte, si no más, que en la puerta de su otra casa.

¿Qué me sucede? La pregunta resonaba en mi mente.

Demasiadas cosas debían estar severamente rotas en mí. Tal vez todos esos días de aislamiento y soledad aquí me habían roto, provocando que mi mente fallara.

Mientras respiraba con dificultad y esperaba en suspenso que me tocara, sentía una nauseabunda sensación de conciencia. La tensión se acumulaba en mi estómago. Mis músculos se preparaban para su proximidad. Algo oscuro y retorcido en mi corazón disfrutaba de todo: el peligro, el drama.

Deseaba que me tomara.

Después de todo ese tiempo sin ver ni hablar con nadie, forzada a estar tan sola, sin rumbo e inactiva que caí en la nostalgia de mis recuerdos más entrañables y tristes, anhelaba su toque dominante.

De alguna manera, había llegado a necesitarlo para mantenerme firme.

La última vez que desató su ira sobre mí, se sintió tan increíblemente bien. No tenía sentido, pero sabía lo iba a suceder. Cada vez que me tocaba, cobraba vida. No me dejaba hundirme en pensamientos y preocupaciones. Me obligaba a sentir.

No se movía. Me miraba con una intensidad tan pesada, como si intentara ver dentro de mi

miserable alma. Eso significaba que algo más, algo peor, estaba mal conmigo.

Porque había cometido un error. Había mencionado ese trato, y no necesitaba que supiera que mi padre me estaba pagando para ser la esposa de Declan. Mi esposo no necesitaba el arma de saber sobre la condición de mi madre. No me sorprendería que intentara usarlo en mi contra de alguna manera, y no había forma en el infierno de que arriesgara aún más su felicidad y salud en el retorcido juego que este hombre quería jugar.

Ya estaba nerviosa por la cena, cuando Ian me preguntó sobre mi familia. Intenté disimular mi pánico ante la mención de mi madre, cauta sobre por qué querían saber algo en absoluto. Estaban curiosos sobre mi pasado, pero no sabía lo suficiente para evaluar la amenaza de su interés. Proteger a mi madre era mi prioridad. Mantener a Declan en la ignorancia sobre ella era mucho más importante que cualquier orgasmo que pudiera forzarme.

"¿Qué trato?", exigió.

Casi me estremezco ante su gruñido. ¿Por qué tenía que excitarme hasta el punto de estar empapada con ese tono rasposo de su voz autoritaria?

Sacudí la cabeza, luchando contra el impulso de elevar mis caderas hacia su mano. Era condenador que sus dedos permanecieran inmóviles sobre mi piel. El contacto áspero de sus nudillos tan abajo en mi estómago me recordaba cómo había acariciado su dedo sobre mi ranura, dentro de mí, cuando él empujó su semen de vuelta en mi vagina esa noche.

Lo deseaba.

"Dime de qué estabas hablando", demandó.

Nunca. Contuve la respiración, deseando poder suplicarle que ya me tomara. La tensión entre nosotros hervía, y mientras me miraba de nuevo, sentía una presión abrumadora, como si mi piel estuviera demasiado ajustada y mis pulmones no pudieran retener el aire lo suficientemente rápido.

"Tómate tu tiempo...", le respondí, "primero me ordenas que me calle, ahora quieres que hable".

Él sonrió, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer que me estuviera resistiendo. "Dímelo".

Sus dedos se movieron lentamente, desabrochando el botón y la cremallera con agonizante lentitud.

Más... un poco más... más por favor. Me inquieté. Mi cuerpo tomó el control, sintiendo cómo mi espalda se arqueaba en preparación para deshacerme de mis jeans.

"Dímelo".

Gruñí, mirándolo con furia.

"¿Crees que este silencio te será útil?". Arrancó mis jeans hacia abajo, tirando también de mis bragas. El golpe de aire fresco en mi vagina me sorprendió, y solté un gemido audible.

"¿De verdad crees que tienes algún poder aquí?", desprendió la ropa completamente.

Sé que no tengo ninguno.

"¿Piensas resistirte y ganar?". Se arrodilló en la cama, su enorme cuerpo bloqueando mi vista del cuarto mientras se arrastraba entre mis piernas.

"¿Y tú?". Gruñó, los músculos de su mandíbula tensos mientras se inclinaba para forzar mi camisa y sujetador fuera con un brusco tirón. La tela no cooperaba. La camiseta elástica y la lencería deportiva se aferraban a mí, atrapándome sobre la cabeza. No se molestó en quitarlas, en su lugar, las dejó como estaban. Atada en mi camisa y con el apretón aún más ajustado del sujetador, yacía plana e indefensa. Mis brazos se elevaron, mi rostro estaba cubierto. Giré la cabeza hacia un lado para evitar asfixiarme. Podía respirar con la boca y la nariz al lado, pero estaba atrapada en mi propia ropa.

Con los ojos vendados y atada.

"¿Te sientes tan poderosa y segura ahora, *esposa*?"

No lo estaba. Él tenía todo el control aquí. Aunque quería luchar contra ello, aunque la necesidad obstinada de reclamar mi independencia ardía dentro de mí, comprendí cuán liberador era soltarlo todo.

Dejarse llevar.

No pensar en nada.

Sin planes ni estrategias.

Solo rendirse, sabiendo que él me ofrecería un éxtasis profundo.

Se inclinó sobre mí, cerrando su boca en mi pecho y succionando mi pezón con intensidad. Al mismo tiempo, sus dedos descendieron por mi cuerpo y se deslizaron en mi húmeda vagina.

Grité, encogiéndome ante el golpe dual de dolor. Una vez que lo respiré, la ola de placer que barría desde adentro me calentó.

"¿Quién tiene el control ahora?", exigió, bombeando sus dedos ásperos en mi estrecha entrada. Cada empuje me hacía llorar pidiendo más. Cada mordisco y succión forzada de mi pezón me obligaba a soltar otro gemido.

Me retorcí y temblé, llevada a la acumulación de un clímax intenso. Él jugaba conmigo. Me había dejado marcas. Me había violado y me había llevado hasta el límite de venir.

Se detuvo, levantándose de mi pecho mientras su respiración se agitaba sobre mi piel húmeda. Sus dedos permanecían extendidos sobre mí, manteniendo mis pliegues abiertos sin introducir sus gruesos dígitos dentro de mí.

Grité, jadeando y contorsionándome para que me terminara. Sabía que era cruel, pero esto era agonía.

"¿Todavía crees que tienes poder, Cara?", se burló mientras volvía a moverse.

No verlo me molestaba, pero al escuchar el roce de la ropa, mi corazón aceleró. Estaba segura de

que estaba derramando más jugos, imaginándolo mirándome, completamente empapada y abierta para su toma.

"¿Prefieres quedarte callada y no responderme?".

La cama se hundió cuando él volvió a subirse a ella. La fricción de sus muslos duros y peludos empujó contra mis piernas, instándome a abrirme aún más.

Me embistió con su enorme polla.

Me tensé, encorvándome hacia adelante y arqueándome ante el brutal embate. No esperó. No se molestó en prepararse y darme una advertencia. Se estrelló contra mí, hasta el fondo, frotando sus caderas contra las mías para añadir un extra de roce.

Gritando más fuerte, luché por respirar y rendirme. Mi cuerpo iba un paso adelante de mí. Estaba resbaladiza, empapada con mi excitación. Se deslizó dentro de mí, estirándome rápidamente, pero no estaba desprevénida. Me abrió y lo absorbí profundamente.

Pero mi mente...

Luchaba contra ello. Resistía este juego de poder, sabiendo que nunca tendría control en su presencia. Resistía la tentación de soltar lo que él quería saber.

Bateada entre los golpes implacables y duros de su cuerpo contra el mío, intenté pensar y mantenerme coherente. No era el momento ideal para soltar algo por accidente. No podía arriesgarme a perder el control al punto de revelar los detalles sobre el trato que me había llevado a casarme con él.

Y al final lo perdí todo de vista: pensamiento, planificación, y preocupación. Nada de eso fue posible.

Forzada bajo la ola de dolorosas embestidas y golpes despiadados contra mi clítoris, solo podía sentir. Ahogándome en la necesidad de fragmentarme y desmenuzarme, perdí la noción de lo que tenía que mantener en secreto.

Agarró mis tetas, apretando tan fuerte que me pregunté si alguna vez perdería los moretones y las marcas allí, y usó la sujeción como palanca para embestirme más rápido.

Lo perdí todo. Mi sanidad. Esta es la necesidad de mantenerse independiente y no ceder ante él.

Él me liberó de todo.

Mientras me corría, ordeñando su polla con lágrimas corriendo por mis mejillas, cortó los lazos que me mantenían sufriendo en mi mente.

Me rendí y monté la marea del placer, tan ardiente y ganado con tanto esfuerzo después de la dolorosa y tortuosa espera.

No estaba sola. Me siguió, derramando su semen caliente dentro de mí mientras su polla se movía y se elevaba aún más, como si temiera que cualquier espacio minúsculo entre nuestros cuerpos permitiera escapar una gota de su semen.

"No lo tienes", gruñó, respirando con dificultad mientras liberaba mis pechos. "Nunca tendrás poder, no como mi esposa".

Sollocé, tan abrumada por el éxtasis de correrme tan fuerte. No me importaba lo que dijera. Todavía no podía pensar.

"Y serás prudente si te olvidas de ocultarme un solo maldito secreto".

Se retiró y, de nuevo, metió el semen goteante en mi coño.

Un gemido largo y bajo salió de mis labios cuando sus dedos se deslizaron a lo largo de mi carne sensible.

"Para lo único que estás aquí es para darme lo que quiero", me recordó mientras se levantaba, su peso sobre el colchón me hizo moverme.

"Nada más".

DECLAN

Declan

Cara no se quedó en mi habitación. Después de levantarse rápidamente y arreglarse la ropa para poder ver, evitó mirarme. Sin fuerzas para presionarla más en ese momento, me dirigí al baño para limpiarme.

La escuché salir y cerrar la puerta mientras yo permanecía bajo la ducha, y me debatí entre ir tras ella o no. Mi plan era retener sus orgasmos hasta que me revelara de qué trataba ese maldito trato del que hablaba, pero ambos perdimos en eso. Me dejé llevar por el placer de hacerla venir con el toque firme de mis manos, y ella había perdido toda capacidad de hablar.

Maldita sea, perseguirla en la cama era una cosa, pero permitirle pensar que tenía poder sobre mí para que yo corriera tras ella era algo que no podía tolerar.

Pero no se librará tan fácilmente. Planeo buscarla nuevamente y exigirle que me explique sobre qué estaba murmurando.

¿Trato? ¿Qué trato?

No tenía motivos para confiar en ella. Aunque la conociera, aunque no fuéramos extraños y estuviéramos al tanto de todos los detalles que nos formaban, mi pasado era demasiado áspero para darle el beneficio de la duda.

Erin me mintió y me engañó. Su aventura fue bastante mala, pero llevar el hijo de su amante fue peor. Todas sus mentiras y complicidades la llevaron a la muerte al final. Eso fue un obstáculo para darle a mi padre un heredero.

Luego estuvo Caitlin, ella no fue mejor, había sido mi esposa durante solo tres meses antes de suicidarse. Durante ese tiempo, me mintió descaradamente y fingió ser la mujer capaz de llevar una vida a mi lado. Al principio, se apartó de mí y de mi contacto, llorando y alegando que yo era demasiado brusco con ella. Sin embargo, me manipuló y me convenció de que podía soportar mi brutalidad. Yo no sabía cómo ser suave o delicado. Era un hombre duro, y actuaba en consecuencia. Mi alma oscura funcionaba de esa manera.

Caitlin me aseguró que estaba capacitada para ser esposa de un miembro de la mafia, pero no lo estaba. Se quitó la vida, demasiado temerosa para ser honesta sobre su salud mental. Pregunté por su estado. Nuestro médico privado la revisaba mientras controlaba su fertilidad. Cuando se le preguntó, ella mintió rotundamente y no mostró signos de ningún problema mental. Si hubiera sido honesta, habría pagado por la mejor ayuda para que recibiera el cuidado que necesitaba, pero no.

La deshonestidad era una constante en las mujeres que elegí como esposas. Si Cara intentaba ser mi tercer fracaso, si tenía algún plan para traicionarme, debía enterarme ahora, no después.

Preguntar sobre el trato que mencionó tendría que esperar.

Ian me encontró justo después de que me vestí. Las noticias que tenía para compartir no eran buenas.

Ante mi ceño fruncido, sacudió la cabeza. "Lo sé, lo sé, es un pésimo momento".

"Acabo de volver de la ciudad", le respondí.

"Y sé que necesitas estar aquí, cerca de Cara".

No cerca de ella, dentro de ella.

"Pero los hombres piden por ti".

Sacudí la cabeza, suspirando. Nuestros enemigos siempre preferían tratar directamente conmigo, y los hombres de los Sullivan sabían mejor que intentar reemplazarme. Por un lado, prefería esto, porque nunca me importó ser el que eliminara a nuestros rivales y enseñara una lección a los idiotas del mundo criminal.

Me alimentaba de la violencia... y era bueno en entregarla.

Pero, por otro lado, después de la larga semana que había tenido, deseaba un respiro, y así, se esfumaron mis planes de dormir un poco.

No me molesté en despedirme de Cara. Las conversaciones entre nosotros nunca fluían bien, y no creía que necesitara saber a dónde iba. Todo lo que necesitaba saber era que ella me esperaría aquí mientras yo me encargaba de este nuevo asunto en la ciudad.

En los días siguientes, me di cuenta de que mi esposa no era solo una presencia a la que podía regresar a casa. Ella también estaba en mi mente. Cada día y noche que pasaba en la ciudad, mi frustración aumentaba.

Aún deseaba saber más sobre ese trato del que hablaba. Ella lo hizo sonar como si se hubiera casado conmigo solo por un acuerdo. ¿Nuestro acuerdo? Recordé cómo le estreché la mano después de su afirmación de que la dejaría ir en seis meses. No lo haría. Nunca la entregaría. Ella viviría y cargaría con mi hijo.

¿Acaso se refería a que no podía soportar más meses conmigo?

Me imaginaba que podría aburrirse y cansarse del aislamiento en la finca, pero no podía confiar

en que no intentaría escapar.

De todas formas, ella me mostró cuánto deseaba mi compañía y mi toque. Tan sensual y abierta, vulnerable y mía para tomar.

No podía dejar de recordar lo bien que se había sentido. Lo dulce que su apretada vagina se había sentido al envolver mi polla. Lo hermosa que sonaban sus lágrimas en mis oídos.

Nunca me cansaría del placer de derramar mi semen en su interior, sabiendo que ella era mía, que nunca había sido de nadie más. Cara me pertenecía, y no podía sacarla de mi mente.

No mientras me reunía con los Boyle, que seguían comportándose como unos idiotas en mi gimnasio. No mientras torturaba a un topo que pensó que podía apoderarse de un poco más del dinero que habíamos robado.

No mientras intentaba dormir en mi lugar en la ciudad, solo y excitado por su recuerdo. Inquieto y lleno del deseo de hundirme en ella una y otra vez.

¿Y ella pensaba que iba a renunciar a eso? ¿A rendirla a algún sentido de independencia alejada de mí?

De ninguna manera. Ella cobraba vida bajo mi toque, se estremecía y temblaba para mí mientras se desmoronaba con su orgasmo. Aunque me había llevado al borde, impulsándome con una urgencia de venir con ella, sospechaba que necesitaba mi mano dura, que contaba con mi dominio para alcanzar el éxtasis.

Como una puta experimentada, no como la ingenua que había perdido su virginidad recientemente, aceptaba todo lo que le daba. No protestaba cuando administraba el dolor. Ni una sola vez se había acobardado ante mi toque. En cambio, parecía suplicar por más.

"No puedo esperar más", gruñí para mí mismo mientras me subía al auto.

Los demás podían encargarse de limpiar el desastre que generado. Ahora tenía otros planes en mente, y esos planes incluían presionar a mi esposa. Le daría más, la follaría más fuerte y probaría sus límites.

Una y otra vez. Me negaba a darle un respiro a su pequeño cuerpo hasta que estuviera embarazada.

Aun así, mientras conducía de regreso a casa, me preguntaba *por qué*. ¿Por qué habría aceptado casarse conmigo?

Ya no importaba, pero me sentía engañado por no conocer su razonamiento. No tenía la paciencia ni el tiempo libre para conocerla a fondo. Me faltaba el encanto diplomático que tenía Ian. Mi hermano tenía facilidad para hablar con los demás, pero yo prefería dejar que mis puños hablaran por mí.

"Ella me odia".

Sí, la había escuchado bien cuando murmuró eso.

"¿Entonces, por qué?".

Shane Murray debía tener algo sobre ella para que aceptara casarse conmigo en lugar de con Saoirse. Mientras pensaba en esto durante el trayecto a la finca, no podía descifrar qué podría ser.

El hombre estaba arruinado. Tenía dinero, o más bien, vivía un estilo de vida que sugería que estaba forrado, pero no tenía poder. No tenía ninguna posibilidad de pagarnos, y ahora que pensaba en su deuda, decidí cambiar nuestro acuerdo.

Ese cabrón debía pagar. Se había esquivado de pagarnos durante años, y aunque había tomado a su hija en matrimonio, sentía que él había cambiado el acuerdo también. Le dije que sus deudas serían saldadas, pero eso fue porque pensé que iba a tomar a Saoirse.

Si Nora, y por ende Cara, estaban relacionadas con los Boyle, entonces Murray esencialmente me había jodido.

"No mientras yo esté vivo", gruñí.

Alcancé mi teléfono y llamé a Ian, poniendo la llamada en altavoz mientras conducía.

"Ponle presión".

Ian no me cuestionó, pero parecía reacio a actuar de inmediato como solía hacerlo.

"Está mintiendo o escondiendo algo, lo sé", le dije.

"Pero, ¿qué importa? Ya tienes a Cara".

Sacudí la cabeza, la tenía, pero... ¿a qué costo? No podía escapar de la sospecha persistente de que había mucho más en juego aquí, y que quizás no disfrutaría de los detalles sobre quién estaba conspirando contra mí y mi familia.

"Está bien...", suspiró, "le enviaré el mensaje sobre la deuda pendiente. Tal vez, ofrecerle un descuento o algo así...".

"Lo que sea", no me importaba.

"¿Vas a casa ahora?", preguntó.

"Sí", *era hora de hacer un bebé. De una vez por todas.*

"Estuve hablando con Riley antes", dijo.

"¿Y?".

"Ella escuchó a Cara pidiendo a Frank que le devolviera su teléfono".

Puse los ojos en blanco. "Qué le den".

"Dudo que le haga daño dejarle tenerlo", argumentó.

"¿Te estás volviendo blando, hermano?".

Resopló, "comparado contigo, siempre he sido blando".

"¿Y qué importa? Si no tengo que preocuparme por que llame a alguien para que la recoja, eso es una preocupación menos".

Se rio, "¿llamar a alguien para que la recoja? Como si algún visitante no anunciado pudiera acercarse al castillo".

Tenía un punto, pero no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

En el fondo, sospechaba que no intentaría huir. No quería que pensara que había cambiado de opinión sobre su riesgo de fuga, pero ahora que tenía la impresión de que se había casado conmigo con la intención de quedarse al menos seis meses, dudaba que rompiera su palabra.

Ella quería casarse conmigo por alguna razón. Vio una motivación en algo, y lo que fuera, apostaría a que la mantendría casada conmigo. Tal vez no estaba tan ansiosa por huir.

No me mataría devolverle ese teléfono, pero así es como mantenía el equilibrio. Tenía el poder, sabiendo que no podía ser desafiado.

"Lo consideraré... más tarde".

Por ahora, teníamos que concentrarnos en follar. Pensaba hacerlo sin parar, hasta que su vientre se hinchara con mi hijo. Saber que podía soportar mi oscuridad y aceptar mi necesidad de ser duro solo era un extra.

CARA

Cara

Estaba sola... *de nuevo*.

No sabía si mi esposo comprendía que generalmente se necesitaba más de un intento para embarazar a una mujer, a una mujer normal. No tenía posibilidades reales de concebir, pero, aun así, ¿acaso se espera que un hombre obtenga un heredero si solo lo intenta una vez a la semana?

Desde aquella vez en que mi madre exigió que mi padre pagara por cuidados médicos especializados en la ciudad, sabía que mis posibilidades de tener un hijo eran mínimas o nulas. Saber que no tenía verdaderas probabilidades de fertilidad moldeó mi visión sobre el futuro. Nunca conté con tener hijos, y una vez que tuve ese pensamiento en mi cabeza, cuando todavía era una adolescente, nunca me permití dejarme llevar por fantasías de una familia grande y feliz.

Mientras permanecía en esta enorme casa, este magnífico castillo sin compañía, me preguntaba qué imaginaba Declan al agregar un hijo a este lugar. ¿Contrataría una niñera? ¿Se mantendría distante de su propia sangre y contrataría personal especializado para criarlo? Porque el hombre nunca estaba aquí, nunca. No hacía esfuerzos por quedarse más de un día.

Al principio, pensé que era por mí, evidente en la forma en que me trató en nuestra boda. Me preguntaba si quería evitar mi presencia, como si el recordarle que estaba vinculado a mí de alguna manera fuera tan horrible.

Quizás simplemente estaba muy ocupado. Este castillo, tan antiguo como grande, estaba lleno de objetos de apariencia muy costosa. Los relojes en las mesas auxiliares. Los candelabros y los elegantes cubiertos dispuestos para las comidas. Más de una vez, pasé horas en los pasillos y en los numerosos salones, observando las obras de arte que probablemente pertenecerían a museos. Todo ello debía haber costado una fortuna, y entendía que el nombre Sullivan representaba una gran riqueza, y para alcanzar ese estatus.

¿No se suponía que debían trabajar duro?

Lo encontrarías irónico. Trabajaba hasta la extenuación en la granja, y aun así no teníamos mucho que mostrar por ello.

Quizás Declan era ese tipo de hombre. Un adicto al trabajo, y si lo era, no era asunto mío, ya que no era más que una máquina de crías para él, o eso pensaba él.

Una tarde, encontré a la delgada morena en la cocina. La escuché llamar Riley, una cocinera junior. ¿Camarera? No conocía todos los títulos. Sabía que la mujer corpulenta y el hombre mayor y gruñón eran los cocineros principales, y no parecían gustarles que yo estuviera en su dominio deambulando. Eran estrictamente posesivos de sus responsabilidades como principales preparadores de comida aquí, o simplemente no confiaban en mí. Quizás sentían que debían mantenerme al otro lado de la línea en esta casa. Personal frente a familia... o huéspedes prisioneros. No parecía haber un término medio, pero al ver cómo Riley me miraba, esperaba que no fuera tan altiva como para despacharme.

Por el amor de Dios, tener a alguien con quien hablar evitaría que me volviera loca.

"¿Puedo ayudarte en algo?", preguntó, dejando un plato que acababa de secar.

"Solo estoy aburrida", respondí, encogiéndome de hombros, esperando que ese gesto me hiciera parecer más accesible y no amenazante, para que no me echara.

Sus cejas se levantaron, sorprendida, como si alguien se sintiera aburrido en esta enorme casa, con todas las necesidades cubiertas, fuera una tontería.

"Sí...", asentí, "estoy jodidamente aburrida".

Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

"Solía ser una persona ocupada antes de venir aquí", dije, sin saber qué hacer con mi vida ahora, aparte de extrañar a mi madre y la granja. O preguntarme por qué se sentía tan bien cuando Declan me cogía sin piedad.

"¿Ocupada haciendo qué?", preguntó, con un atisbo de intriga en sus ojos.

Agradecida por su interés genuino, me sentí un poco aliviada. Cuando Ian y Declan me preguntaron sobre mi familia aquella noche en la cena, me sentí como si fuera una sospechosa. Como si estuviera en un interrogatorio por información que sin duda usarían en mi contra. Ahora, al enfrentarme a esta empleada, me encontraba pensando que ella simplemente estaba interesada en conocerme.

"Trabajaba en una granja", respondí.

Ella parecía aún más sorprendida, sonriendo más ampliamente.

"¿En serio? ¿Una granja?".

"Sí, en una granja de ovejas", aclaré.

"Oh...", su sonrisa se ensanchó y su rostro se iluminó, "puedo imaginarme a los pequeños corderitos".

Sí, pues aquí tienes uno ahora mismo. Me sentía como uno mientras Declan era el lobo.

"Estoy acostumbrada a trabajar con las manos y estar al aire libre", dije, sin mucho ánimo para

sonreír. Sabía que una sonrisa podría ayudar a parecer que solo estaba charlando, no quejándome, pero sentía una gran necesidad de hablar con alguien. Miré hacia el cielo gris fuera de la ventana.

Ella miró alrededor de la cocina, como si se asegurara de que no hubiera nadie más cerca. Eso confirmó mi suposición de que al personal se le había indicado ignorarme.

"Entonces, apuesto a que te estás volviendo loca aquí dentro, ¿eh?".

Asentí. No sabía si estaba medio loca por preocuparme por mi madre y preguntarme si estaba bien o por la pérdida de tener un propósito verdadero, como trabajar en la granja. No encajaba aquí. Me sentía como una extranjera, y los próximos cinco meses y dos semanas se sentían como una eternidad.

"Tengo que decir que eres una esposa mucho más fácil de tratar", dijo ella, con una sonrisa tonta, como si estuviera encantada de hablar conmigo tan libremente.

"¿Soy una esposa *fácil* de tratar?", me reí. Dudaba que Declan estuviera de acuerdo. "No soy *tu* esposa".

Ella se rio, sin ofenderse por mi sarcasmo.

"Lo sé, me refería a la esposa de la casa...", luego suspiró, "dudo que yo alguna vez me case".

Levanté las cejas y me reí más fuerte.

"¡Ja! Eso pensé yo también".

Ella se puso seria.

"Bueno, esa es la naturaleza de los matrimonios en estas Familias. Nadie piensa que se va a casar, pero luego resulta que están arreglados para hacerlo".

"¿Declan se ha casado antes?".

La idea me molestó tan pronto como entró en mi mente. No era celosa. El hombre era al menos quince años mayor que yo y claramente experimentado en comparación con el estado virginal en el que llegué. Por supuesto que había estado con otras mujeres. A menudo, mientras estaba ausente, apostaba a que estaba acostándose con otras. Intentaba no obsesionarme con ello, a veces tenía que forzarme a apartar esa inquietante suposición de mi mente.

Ella levantó dos dedos.

Dos veces.

Saber que Declan había estado casado dos veces antes me inquietaba. ¿Estaba tratando de compararme con ellas? ¿Cómo me comparaba con sus otras esposas? ¿Por qué no duraron?

Demasiadas preguntas zumbaban en mi mente, y no quería abrumar a Riley con tantas.

No pensaba quedarme con Declan tampoco. Él me hizo un trato de que solo teníamos que estar juntos seis meses.

"¿Dos veces?", pregunté.

Ella asintió, cruzando los brazos y apoyando su cadera en el borde de la encimera.

"Sí, he trabajado aquí desde que era una niña. Primero estuvo Erin, ella le engañó".

"¿Con un guardia?", pregunté, sorprendida.

Ella frunció el ceño.

"No, ella estuvo con un tipo italiano. No recuerdo su nombre. Me pierdo con todas esas Familias de la Mafia".

Parpadeé.

"¿Erin? ¿Erin pudo salir de la casa? ¿Para encontrarse con este tipo?".

"Sí".

Dejé caer los hombros.

"Maldita sea, ojalá pudiera salir al exterior".

Ella se rio.

"No entiendo por qué Declan está tan nervioso con que salgas al exterior. No es como si los guardias no estuvieran siempre patrullando toda la propiedad".

Me preguntaba qué pensarías si te dijera que también me quitó el teléfono. Riley tenía sus lealtades. Trabajaba aquí, pero apreciaba que estuviera dispuesta a hablar conmigo con mente abierta.

"Entonces, primero Erin le engañó", repetí.

"Sí, ella le engañó, quedó embarazada de su amante, y luego el amante la mató porque ella no quería dejar a Declan, pero estaba esperando su bebé", dijo, agitando la mano en el aire. "Fue todo un drama".

"Vaya", dije sorprendida.

"Sí, luego estuvo Caitlin. Ella era terrible, no la toleraba...", dijo, poniendo los ojos en blanco, "no me malinterpretes. No me importa hablar contigo, pero no se supone que debo mezclarme contigo o con la familia".

"¿Mezclarte conmigo?", reí una vez. "Como si fuera una princesa real o algo especial".

"Estás casada con uno de los hermanos Sullivan. Muchas mujeres envidiarían la seguridad que ofrece la familia".

Suspiré, planeando estar en desacuerdo.

"Caitlin era quejumbrosa... y necesitada. Una mentirosa, inventaba cosas para que yo hablara con ella, y luego trataba de meterme en problemas. Era simplemente engañosa, para mí, el

personal e incluso la familia, y me molestaba. Prefiero que sean directos".

"Sí, honestos y francos".

Ella asintió.

"Sí, de todos modos, ella también se fue".

"¿Qué le pasó?", si le mentía a Declan, podía imaginarme cómo terminó eso.

"Se suicidó", dijo Riley.

Mi mandíbula se cayó. Miré a la asistente de cocina durante un minuto, tratando de asimilar la noticia. No era la primera esposa de Declan, ni la segunda. Era la *tercera*, y las dos primeras no terminaron bien.

A este ritmo, debería estar contando los días para mi propia caída.

Riley no había terminado de contar chismes. "Creo que por eso Donal, el padre de Dec e Ian, tenía tanto miedo de que Dec no encontrara una mujer que permaneciera el tiempo suficiente para darle un heredero".

La miré con incredulidad, como diciendo, ¿lo crees?

"Y Dec no es... un hombre fácil de llevar. Muchas mujeres tienen miedo de él. Está tan acostumbrado a pelear, a ser áspero y simplemente un idiota", sonrió, a gusto hablando mal de él. "Así que no es como si pudiera salir y conseguir una esposa fácilmente".

Era bien consciente. Tuve que recibir un ultimátum para considerar casarme con él, pero eso era lo que él se merecía... con karma y todo. Riley tenía razón al llamarlo un idiota, y ¿qué mujer querría a alguien así?

"Y creo que por eso Declan está tan ansioso por mantenerte aquí".

Levante las cejas y la miré con desdén. "¿Hasta el punto de hacerme prisionera en este castillo?".

"Creo que es un poco extremo. Quiero decir, como tú dijiste, si caminaras por el jardín o algo así, no es como si pudieras escapar, todo está vigilado y custodiado...", frunció el ceño e hizo una mueca, "¿has considerado pedirle permiso para caminar por los terrenos?".

Solté una risa seca. "No, y no tengo intención de pedirle nada en absoluto. No quiero que me tenga en sus manos. Soy muy consciente de cuán poco poder tengo, y no pienso darle más excusas para tener más ventaja sobre mí de ninguna otra forma".

"¡Riley!", gritó el jefe de cocina al entrar. Golpeó sus manos juntas en un aplauso seco, como si intentara llamar a un perro de vuelta de un peligro.

Riley me lanzó una mirada de resignación y, antes de girarse, susurró. "Ha sido un placer hablar contigo, encontraremos otro momento para charlar". Me guiñó un ojo, y esa expresión tonta me calentó el corazón, que se estaba encogiendo.

Salí de la cocina, no queriendo meter en problemas a la joven cocinera por hablar conmigo. De

vuelta en mi habitación, caí en un pozo de ira y frustración.

Experimenté de primera mano cuán brutal y desagradable era Declan. Me enfurecía hasta el límite saber que Keira quería que yo fuera la esposa de este monstruo indeseado en lugar de Saoirse.

Era una maldita oveja de sacrificio.

De pie en mi habitación, mirando por las enormes ventanas hacia los cielos claros pero sombríos sobre la vasta tierra, me enfurecí y dejé que mi estado de ánimo se hundiera aún más.

Pero es por una buena causa, luchaba por recordarlo, lo hacía por mi madre. Por un futuro mejor y más seguro.

Cuando Declan llegó, no me molesté en girar. Había vuelto sin previo aviso.

"Cara".

Entrecerré los ojos hacia las ventanas, sin querer enfrentarlo. La última vez que dijo mi nombre con ese tono profundo y cargado de hambre, fui una tonta por pensar que lo deseaba. Mi cuerpo lo deseaba, pero eso era todo.

Me negaba a dejar que me afectara de otra manera. Las mujeres, como ahora sabía por los chismes de Riley, eran desechables para él. Desde el primer día, había dejado claro que no le importaba, que yo era su esposa. Solo era un cuerpo para follar, una mujer que asumía que podía embarazarse.

"¿Cara?", preguntó, acercándose más a la habitación. Sus pasos resonaban ominosamente en la madera pulida, pero se detuvieron cuando me volví para mirarlo.

Cuanto antes termináramos con esto, otra ronda de sexo, más rápido podría mostrarle que no estaba embarazada, y así podría irse de nuevo.

"Sí, sí", dije con desdén, desabrochándome la camisa.

Frunció el ceño, mirándome.

Mantuve mi voz monótona, aburrida e indiferente, porque así tenía que ser. "Mejor terminar con esto", murmuré con ironía, abriendo más mi camisa y desabrochándome los jeans a continuación.

"¿Qué?", se acercó, mirándome con desdén.

"¿Qué quieres decir con 'qué'?", respondí, irritada.

"¿Qué estás haciendo?".

Rodé los ojos, bajando la cremallera. "Desnudarme, para cumplir con mi deber".

"¿Terminar con esto?", repitió, desafiándome con un gruñido.

Asentí. "Obviamente", maldita sea, se veía diferente. Cansado, pero no desgastado. La barba incipiente en su mandíbula le daba un aire más rudo, pero el rasguño nuevo en su hueso pómulos

me hizo sentir de algún modo simpática.

"No", dijo, cerrando su rostro en una máscara estoica mientras agarraba mi camisa y la volvía a poner sobre mí.

Abrí y cerré la boca, atónita. *¿Qué? ¿Ahora no quería acostarse conmigo?* ¿Después de todas las veces que había reiterado cuál era mi propósito?

Luchaba entre la rabia por su rechazo y la decepción por su falta de deseo, con sus nudillos rozando mis pechos y tocando mi piel, sentí ese dolor familiar de deseo por él.

Avergonzada y molesta por sentir lujuria por su cuerpo mientras él podía rechazar el mío, lo miré fijamente, esperando saber por qué estaba cambiando las cosas ahora.

"¿No?", repetí con desafío.

Terminó de abotonar mi camisa, sin mirarme y con la misma frialdad de siempre, luego subió la cremallera de mis jeans y los abotonó también.

"No", dijo, finalmente levantando su mirada castaña hacia mí.

Me confundió aún más al tomar mi mano y llevarme fuera de la habitación.

DECLAN

Declan

¿Terminar con esto? La miré, frunciendo el ceño mientras caminábamos por el pasillo.

Joder. No iba a *acabar con esto* de una vez. No como si fuera una tarea. Follarla ya no era un simple trabajo. No podía serlo después de que ella me mostró la última vez cuánto prosperaba con mis maneras duras.

Verla ofreciéndose a mí debería haberme emocionado. De hecho, me emocionó, pero, a diferencia de la primera vez, cuando prácticamente la violé, ahora quería más de esa rendición lenta que me había regalado la última vez. Cuando era una participante activa, aunque renuente, y su cuerpo la traicionaba con un deseo que no podía negar.

"Déjame aclarar esto...", dijo antes de que llegáramos a las escaleras, "¿no quieres follarme?".

"No", apreté los dientes contra mi labio inferior para ocultar la sonrisa. Me divertía ver cuán humillada y molesta estaba porque le dije que no.

"No en este momento", añadí.

Y no así. Que me condenen si ella intentaba soportarlo como una muñeca sin vida, desinteresada y desapegada. Ahora que sabía lo condenadamente hermosa y apasionada que era cuando cedía y me mostraba la profundidad de su excitación, lo quería todo. Planeaba aprovechar cada momento de eso. Terminar con esto ya no era una opción.

Ella gritaría por mí otra vez. La pondría a prueba, me burlaría de ella y la haría bailar a lo largo de la línea que bordea el dolor y el placer. Muchas veces más.

"No quiero *terminar con esto* de una vez".

Ella giró su cabeza hacia mí, mirándome mientras bajábamos las escaleras. "Para eso estoy aquí, ¿no? ¿para ser tu juguete que sirva a tu diversión?".

La tomé en mis brazos y la hice girar hasta que su espalda chocó contra la pared del primer piso. "Estás aquí para ser mi esposa". Agaché la cabeza, preguntándome qué haría si la besara, en

nuestra boda, había sido muy tímida. ¿Ahora?

Sus párpados se agitaron cuando me incliné más. "Dijiste...", ella tragó y luego se lamió los labios, "dijiste que no te importaba quién era tu esposa. No te preocupas por mí, así que ¿por qué no deberíamos dejarlo de lado? Así podrás irte de nuevo".

Observé su expresión obstinada, más parecida a una sonrisa desafiante que a un puchero. Luché contra la necesidad de quitársela de la cara con un beso.

"¿Te gusta cuando me voy?".

"¿Qué importa?". Ella se movía inquieta, tratando de esquivarme y cómo la tenía enjaulada contra la pared. "Harás conmigo lo que quieras, pase lo que pase".

"¿Y tú?". Pregunté, acercando mi cabeza para rozar la suya. Mis labios tocaron su mejilla y subieron hasta su oreja mientras encajaba mi pierna entre las suyas. Empujando mi muslo contra su centro, froté ligeramente, chupando el lóbulo de su oreja. "¿Me extrañas?".

Ella soltó una risa grosera. "¿Qué hay que extrañar?".

Empujé mi muslo con más fuerza entre sus piernas, dándole más fricción a su clítoris. "Dime si me extrañas".

"¿Quieres saber lo que extraño?", me desafió con vehemencia, empujándome hacia atrás.

Sonreí al verla respirar con dificultad, ya tan excitada por esa ligera provocación.

"No ser prisionera, estar al aire libre, mantenerme ocupada en lugar de estar inactiva así". Sus ojos brillaban con ira, y juraría que era la mujer más sexy y luchadora del mundo.

"Entonces, cuando dices que quieres terminar con esto de una vez, ¿qué es lo que tienes prisa por hacer...", sonreí, "¿mirar por las ventanas y estar de mal humor?".

"Es mejor que mirarte, especialmente cuando piensas que es lindo y divertido jugar conmigo y rechazarme por lo único que quieres de mí".

Negué con la cabeza. "No te estoy rechazando". Me acerqué, tomando su mano y presionando mi palma contra su pecho. "Te *follaré*...", la abofeteé ligeramente antes de separarme, "pero en mis términos, esposa".

Ella gruñó. "Lo que tú digas, *esposo*".

Me reí entre dientes, tomando su mano nuevamente. "Ahora lo estás dominando".

No le diría por qué quería que lo deseara conmigo, ni me aburriría con eso. Tampoco le diría que me invadió una estúpida y persistente necesidad de saber más sobre ella.

Como lo que podría haber pasado para endurecerla y convertirla en esta mujer exquisita y fuerte que aceptaría su destino, se daría la vuelta y soportaría el sexo solo para que todo terminara. Así, con valentía y sin retroceder.

Quería admirar su fortaleza. Buscaba entender cómo podía aceptar su destino sin importar las

circunstancias.

Pero en el fondo, al ver esa indiferencia en sus ojos y saber que me veía como una fuente de obligación, era consciente de lo mucho que deseaba que ella me deseara de vuelta.

Ella lo hizo. Era capaz de superar sus propios límites y desearme. La última vez me mostró cómo hacerlo, y fue glorioso. Me había dado un adelanto, y ahora deseaba deleitarme con su sumisión cada vez.

"¿Te mostraron los alrededores Frank o Tom?", pregunté.

Un resoplido brusco fue su respuesta. "Un poco tarde para actuar como anfitrión, ¿no?".

"No soy tu anfitrión. Soy tu esposo. Y nosotros... tú... vivimos aquí".

"¿Esto es vivir?". Su sarcasmo ahora tenía un tono diferente. Percibí el dolor, la tristeza y la frustración que probablemente estaba esforzándose por ocultar. Tenía mucho que aprender sobre ella, pero sabía que detestaría mostrarse vulnerable frente a mí.

"Te vi en el comedor y en la biblioteca". Pensé en lo que me preguntaba cuando la veía aquí. La mayoría de mis fantasías eran de ella en una cama o inclinada, lista y ansiosa por que yo la penetrara profundamente.

"Y mi 'ala'".

"¿No te gusta?". Dios, perdóname si resulta ser otra materialista como Caitlin.

"Tiene una cama, no me importa".

Suspiré. "¿Qué es lo que te importa?".

"¿Qué tal la oportunidad de sentir el sol en mi cara? ¿Un maldito soplo de aire fresco?".

La detuve y me regalé el efecto completo de su mirada ceñuda. Estaba radiante cuando luchaba. De una manera fugaz y apenas perceptible, me recordó a mi madre, Annie Sullivan. Una mujer excepcional y la mejor madre, que se fue demasiado pronto. Ella nunca fue una secundaria para mi padre, sino su igual. La recordaba participando en las peleas, limpiando cortes y raspaduras, trabajando en la cocina y gobernando el hogar.

Cara no estaba dispuesta a comprometerse y asumir la responsabilidad aquí. No la animé a hacerlo, pero ella dejó claros sus deseos al intentar negociar una salida en seis meses.

"Me dieron un recorrido, y bastante limitado...", respondió con sarcasmo, "¿por qué molestarse con algo más? Solo soy una prisionera".

"Basta". Tomé su mano y abrí la puerta trasera.

Ella inhaló profundamente al salir conmigo. Miré hacia atrás, cautivado por verla tan pacífica, tranquila y feliz. Contenta de sentir la débil luz del sol, cerrando los ojos sin una mueca de incomodidad.

Hermosa, absoluta y jodidamente hermosa. Sus dedos se aflojaron en mi mano, pero eso no me

hizo sospechar. No estaba intentando liberarse de mi agarre mientras la conducía por el patio. Relajada y sorprendida, perdió la tensión que la atormentaba. Otra respiración profunda parecía revitalizarla, y no pude evitar que una amplia sonrisa apareciera en mis labios.

Desarmado por su belleza al disfrutar de la oportunidad de estar al aire libre, me di cuenta de cuánto me había equivocado.

Ella estaba acostumbrada al aire libre. El aire fresco le importaba. Noté su falta de sofisticación: confundía el uso de los utensilios y observaba la decoración como si fuera una experiencia desconocida. No era difícil imaginar que Cara y Nora vivían una vida más sencilla, sin mucho dinero, pero ¿cuán sencilla era?

Antes de que pudiera sonreírle y aprovechar su momento feliz, volví a mirar hacia adelante.

"¿Mejor?", pregunté con diversión.

CARA

Cara

En el momento en que salimos, mi corazón se elevó. El simple acto de dejar que el aire fresco tocara mis mejillas y sentir el calor del sol hizo mucho para restaurar mi alma.

El ambiente era gris y nublado. Las nubes escondían el sol y la humedad del aire, producto de las tormentas y la lluvia, era palpable, pero estaba afuera. Él me había permitido explorar, y se sentía tan increíble que por un momento perdí de vista mi actitud defensiva.

Sentir la frescura del césped bajo mis pies y moverme por el espacio era tan revitalizante que dejé de lado mis sospechas.

Él no habló después de que le dije a dónde quería ir. Estar fuera del castillo ya era una mejora, pero no quería limitarme a los jardines formales de arriba.

Extrañaba los olores de heno y pelaje, de avena e incluso estiércol. Mis ojos necesitaban encontrar horquillas, sillas de montar, establos y riendas. Todo aquello con lo que solía rodearme en la granja de casa. Dudaba que Declan y su personal tuvieran ovejas aquí. El paisaje no era el ideal para ello en el norte, pero ese gran edificio atrás debía ser una estructura destinada a almacenar animales. Cualquier forma de ganadería sería suficiente. Era parte de lo que era, de lo que hacía. Allí, me sentiría como una sombra de mi antiguo yo.

Mi yo soltera y no casada.

Caminábamos lado a lado en el exterior, y me maravillaba la vasta extensión de las tierras de los Sullivan. Nuestros zapatos se hundían en el césped húmedo, y deseaba poder estar usando sandalias para sentir mejor la frescura de la lluvia empapando el jardín.

Sobre un campo cuidadosamente arreglado que se extendía desde los jardines formales que rodeaban el castillo, seguimos un sendero mantenido que conducía a los establos. No había uno solo, sino varios.

Increíble. Un conjunto completo esperaba aquí. Un negocio en pleno funcionamiento, y no podía evitar envidiarlo todo. No había paredes rotas ni pintura descascarada en los edificios anexos.

Todas las ventanas estaban intactas, los marcos a juego. Incluso este camino por el que caminábamos, estaba suave y libre de barro y baches.

La familia de Declan podía permitirse cualquier cosa, dentro y fuera del castillo. Yo nunca había tenido ese tipo de libertad financiera y éxito en la granja de ovejas de mamá. Ver la evidencia de la riqueza y el éxito de los Sullivan encendía una llama en mí.

Lo quiero, lo quiero para mamá. Un día, lo lograré, donde Oscar no me presione para contratar ayuda y poder costear todos los artículos de la lista de deseos que harían nuestros días de trabajo mejores y más productivos.

Aunque este granero y la ruta hacia él mostraban signos de establos y graneros más establecidos y antiguos que los que había dejado en casa, me recordaban tanto a ellos que me atravesaba un dolor profundo que mi corazón apenas podía soportar.

Llevaba más de dos semanas fuera. Arrancada de mi vida y arrojada a una existencia muy diferente. Escuchar los sonidos distantes de los caballos me calmaba, sirviendo como una conexión aguda entre mi pasado y mi presente.

Durante todos esos largos días y noches, había sufrido sola y sin dirección en mi vida.

Y ahora me recompensaban con esta visita a los establos.

Entrecerré los ojos. "¿Por qué finges ser tan amable conmigo?".

Declan no respondió, pareciendo preferir el silencio de este paseo. Después de un largo momento, sacudió la cabeza. "No finjo".

"Pero lo estás. Si no lo estás, entonces quieres algo".

Antes de que pudiéramos entrar en los establos, me guio hacia la pared exterior y me rodeó. Un brazo musculoso se levantó mientras apoyaba su mano en la superficie, y con el otro, me agarró de la cintura y me apretó.

Una vez más, me atrapó contra la pared. Ahora veía cómo era una demostración de su dominio. Le gustaba hacerme sentir pequeña, como si pudiera posicionarme y mantenerme donde quisiera.

Y, una vez más, eso me excitaba tan rápido que luché contra el impulso de aferrarme a él, de atraerlo más cerca hasta que su boca pudiera acariciar mi piel.

"Sabes lo que quiero", gruñó. Su mirada siniestra y ardiente descendió sobre mí en un lento y lujurioso recorrido. "Y me darás lo que necesito".

¿Un bebé? Me lamí los labios, incómoda. *En realidad... no lo haré. No puedo.*

"Me mantuviste dentro como una prisionera todo este tiempo. Ahora estás haciendo un cambio radical, dejándome salir y mostrándome los establos. ¿Por qué?".

Entrecerró los ojos, mirando mis labios. "¿Estás tratando de sugerir que prefieres quedarte dentro?".

"No...", fruncí el ceño, "dejaste claro que lo que quiero no importa".

"Quizás estoy tratando de entender quién eres".

Resoplé, poniendo los ojos en blanco y apartando la mirada. "¿Para qué molestarse?".

¿Para que sepas cómo manipularme aún mejor?

"¿Siempre eres tan áspera?", me provocó.

"Solo contigo...", respondí, levantando la barbilla, "no confío en ti".

Sujeto mi rostro, manteniendo mi barbilla entre su pulgar y su índice. "Esa es la primera cosa inteligente que he escuchado salir de tu maldita boca". Movié el pulgar hacia arriba, acariciando mi mandíbula mientras arrastraba su áspero pulgar por mi labio inferior, tirándolo ligeramente hacia abajo en un suave masaje.

No pude apartar la mirada. Me había atrapado de nuevo, cuerpo y mente. Ya me dolía, mi sangre corría con un toque de deseo. Mis pensamientos estaban dispersos. Deseaba a mi esposo, intentando no mostrarle lo desesperada que estaba porque me empujara. Para que me reclamara.

Para que me besara.

"¿Estás diciendo que no debería confiar en ti?".

Sonrió con un gesto casi diabólico que lo hacía aún más sexy, más inalcanzable. "No cuando me miras así".

"No te estoy mirando de ninguna manera", discutí, escuchando cuán débil y estúpida sonaba. Era la mentira más floja que había intentado sostener, y él perdió su expresión rígida. Sonriendo libremente, supe que había ganado esta ronda.

"¿No?", dio un paso atrás, privándome de la cercanía de su calor corporal. "Entonces, ¿qué estamos esperando aquí afuera?". Como si fuera un caballero galante, me hizo un gesto para que lo siguiera hacia los establos.

Tenía razón. No tenía ningún motivo para siquiera considerar confiar en él. No con el deseo rabioso que me provocaba. No cuando mi cuerpo podría traicionarme con esta urgente lujuria hacia él.

Porque él solo está jugando, idiota.

Me dolió cuando me rechazó. Estuve allí, quitándome la maldita ropa, y él pasó por alto mi oferta. No era una oferta. Vivía en esa casa para que él me follara, y yo le había ganado en la iniciativa, desnudándome. Le había ofrecido, y él no quería tomarme.

Mientras caminábamos por los establos bien cuidados y mantenidos, volví a sentir el dolor y el resentimiento. En el momento en que me dijo que no, me di cuenta de lo mucho que deseaba que él me tomara y me follara con fuerza, como lo había hecho antes. Mientras me desanimaba por mis pensamientos de desearlo, enfrentaba la realidad de que había algo muy mal conmigo.

Desear a mi esposo controlador. Anhelar el toque más áspero de un hombre.

Había perdido la cabeza, convencida de que quería al monstruo con el que me casé.

Si no era hechicería, se sentía como una estupidez. Si pudiera recordar eso, sería bueno para mí olvidarme de esta necesidad física de fricciónarme con él.

"¿Tu madre tiene caballos en tu casa?", preguntó.

Habíamos caído en esa extraña compañía de caminar y no hablar. Para cuando cubrimos todos los rincones y longitudes de los establos, me gustaba más cuando no hablaba. Melancólico, quizás, pero me daba la oportunidad de observar y dejar que todos los detalles se asentaran.

"¿Qué?", pregunté, sobresaltada por la sorpresa en mi tono.

"¿Tu madre tiene caballos en casa?", repitió.

¿Por qué preguntaría eso? "Sí".

"¿Y sigue soltera?", preguntó.

Fruncí el ceño, mirándolo. "Sí, ¿por qué? ¿qué pasa con todas estas preguntas?".

Él y su hermano ya me habían preguntado sobre mi madre y mis abuelos. Esto parecía una segunda búsqueda de respuestas, pero no iba a dar ninguna. Se sentía raro. Mi guardia estaba alta. Parecía que estaba tratando de averiguar algo, pero dudaba que alguna vez me lo preguntara directamente.

El miedo a revelar demasiado sobre mi madre me dominaba, y no estaba dispuesta a contarle a mi esposo sobre su enfermedad y la cirugía que necesitaba. Me aterrorizaba pensar en cómo podría reaccionar él y qué podría hacer si se enteraba de la verdad. Desde que me trasladó aquí, no había mostrado ningún signo de interés genuino por mi familia ni por mi bienestar, aparte de sus demandas y expectativas. Su idea de valores familiares parecía centrarse más en la obligación y el cumplimiento de deberes, como embarazarme.

"No te preocupes...", dijo Declan, "quiero conocerte más, comprender a la futura madre de mis hijos".

Lo miré de reojo. "¿Como en la cena de la semana pasada?".

Suspiró, mostrando una expresión seria. "En parte, pero también quiero entenderte".

"Claro, buena suerte con eso".

Él hizo un sonido de afirmación. "¿Porque solo me mostrarás lo que quieres que vea?".

Tal vez.

"Mi madre nunca se casó, nunca salió con nadie después de que nació".

Asintiendo, él ralentizó el paso para coincidir con el mío mientras miraba a un caballo en un establo cercano. El animal estaba agitado, y me pregunté de inmediato por qué.

"¿Qué hace ella?", preguntó.

Descansar en la cama y depender de medicamentos para sentirse un poco humana.

"Ella...", comencé, pero me detuve al darme cuenta de cuánto podía contarle sin poner en peligro a mi madre.

En ese momento, noté al hombre de los establos golpeando al caballo en el establo. Sin pensarlo, corrí. Mis pies se movieron más rápido, llevándome a intervenir. No podía soportar presenciar crueldad animal y quedarme de brazos cruzados.

"¡Detente!", grité.

"¡Vete al diablo, niña!", vociferó el hombre borracho con voz arrastrada, mirando con desdén mientras levantaba el brazo para azotar a la yegua nuevamente.

Sin mis botas, corría el riesgo de ser pisoteada. Aquellas enormes pezuñas podían aplastarme los pies. El caballo agitado podía embestirme, patearme. Cualquier tipo de lesión, pero no consideré ninguno de esos peligros.

Al abrir la tranca de la puerta del establo, me lancé al interior y levanté el brazo. Poniéndome entre la yegua, que probablemente acababa de parir, dada la apariencia de sus ubres, y el hombre que usaba el látigo, intenté protegerla.

"¡Detente!", ordené, enfrentándome al borracho que pensaba que era aceptable usar un látigo hasta marcar una línea de sangre en el espléndido lomo del caballo.

"No", rugió Declan, irrumpiendo tras de mí mientras el cuidador del establo dejaba caer el látigo que había usado para golpear a la yegua.

DECLAN

Declan

"¡No!", grité de nuevo, tensando mis abdominales mientras me preparaba para el golpe.

Cara había corrido al establo para proteger al caballo, pero verla tan cerca del peligro me hacía sentir como si me ahogara. Contuve la respiración, tenso y lleno de furia.

No protestó cuando me apresuré a alcanzarla. Aunque había levantado valientemente el brazo para recibir el latigazo y proteger al caballo, yo era más alto. Alcé mi brazo, no solo para desviar el golpe, sino también para contrarrestarlo.

Tomé al cuidador del establo por sorpresa. Tropezó torpemente, y al perder el equilibrio, su brazo levantado se desvió. El látigo no voló hacia adelante. En lugar de eso, fui lo suficientemente rápido para empujarlo con fuerza, haciendo que su cabeza golpeará contra las vigas de madera de la pared del establo.

"Shh... tranquila... tranquila", murmuró Cara.

Ella ya se había girado. Dándole toda su atención al caballo, hablaba con confianza y calma, acariciando la espalda del animal mientras este se agitaba por el alboroto en el estrecho espacio del establo.

"¿Qué demonios estabas haciendo?", grité, sin estar seguro a quién dirigía la pregunta, si al cuidador del establo que apestaba a alcohol o a Cara, quien me dio un ligero empujón con el pie y me lanzó una mirada severa.

"Cállate, deja de gritar. Asustarás más al caballo", me advirtió, regañándome.

El caballo se encabritó y pateó, frenético y lejos de estar tranquilo.

Dudaba que mi grito pudiera ser peor que la línea de sangre causada por el latigazo del hombre, pero ahora no era el momento de discutir con mi esposa... no así.

Aun así, extendí la mano para jalarla hacia un lugar seguro, pero ella me apartó bruscamente con el brazo, rechazándome.

"Detente", dijo mientras el cuidador del establo se levantaba de nuevo.

"¿Qué... huh?", balbuceó, tambaleándose.

"Maldito bastardo", gruñí, agarrándolo del frente de su camisa y levantándolo lo suficiente para golpearlo y lo hice, una y otra vez. Otros trabajadores del establo corrieron a ver qué estaba pasando, y prácticamente les arrojé al hombre.

"Está borracho".

Otro trabajador negó con la cabeza. "¿Usando un látigo con ella?".

Maldijeron y murmuraron, arrastrando al hombre fuera del establo. Los dejé encargarse de él. Cuando me giré dispuesto a sacar a Cara del establo, me detuve en seco.

Ella había calmado al caballo. Ya no pateaba ni mostraba ojos desorbitados de miedo. El animal sacudió ligeramente su melena y relinchó suavemente.

"Tranquila", murmuró Cara, calmando al gran caballo como si lo hubiera hecho cientos de veces antes. Quizás lo había hecho. No tenía ni idea. Todo lo que podía ver era que no tenía miedo de acercarse e intervenir. Más aún, sabía cómo manejar un caballo inquieto. Sostenía una tira de tela sobre la parte más profunda de la herida del látigo, frotando su mano sobre el costado del caballo mientras comprimía la herida.

"¿Qué diablos está pasando aquí?", pregunté, manteniendo mi tono lo más bajo y natural posible. Era casi imposible, estaba furioso, tan malditamente enfadado, por el hecho de que el cuidador del establo hubiera recurrido a herir al caballo, porque Cara se lanzara al peligro sin pensarlo dos veces, y porque tuviera la osadía de decirme que me callara.

"Shh".

Entrecerré los ojos, desafiándola a dirigirse a mí, no al caballo.

"Cara", repetí.

"Todo estará bien", dijo, pero no sabía a qué se refería. De nuevo, pensé que me respondía a mí, pero se dirigía al caballo, calmándolo aún más con su voz dulce y firme.

La observé, asombrado y confundido. Nunca había visto a una mujer en los establos, mucho menos a mi esposa. Erin odiaba estar afuera. Caitlin era demasiado nerviosa y asustadiza para acercarse a cualquier animal.

¿Pero Cara?

Me maravilló su paciencia, viendo de primera mano que tenía un gran corazón. Sabía cómo tratar con animales, con este caballo, como si lo hubiera hecho muchas veces antes.

"Cara...". La jalé hacia atrás mientras el veterinario principal del establo entraba para encargarse de la herida.

Estaba reacia. Podía notar que quería quedarse con el caballo, pero una mirada hacia mí la convenció de salir del establo.

Mientras nos alejábamos del área, saliendo del edificio por completo, la observé bajo una nueva luz. Ya asumía que no tenía miedo de tomar riesgos, pero correr para salvar a un animal en pánico requería mucho coraje.

Era desinteresada, me di cuenta, y odiaba que pudiera ser tan generosa a costa de su propia seguridad.

"¿Qué?", espetó, demostrando que no era inmune a mi mirada fija en ella. "¿Por qué me miras así?". Levantó las manos, revisándolas. "No creo que tenga sangre en ellas".

"Podrías haberte lastimado".

Ella se encogió de hombros, esbozando una sonrisa mientras caminábamos de regreso a la casa. "¿Y qué? No estoy embarazada ahora. ¿Qué importa?".

Apreté los dientes, molesto por su respuesta. Odiaba que siquiera pensara eso, y mucho menos que lo dijera. No podía quitarme de la cabeza la idea de que ella importaba, tal vez más que solo como una mujer para darme un heredero.

"Cuéntame más sobre ti, Cara". Parecía más seguro y normal hacerle una exigencia en lugar de abrirme y confesar lo rápido que estaba empezando a importarme. Primero, me sorprendió cuando la follé la semana pasada. Luego, caí en el hábito de pensar en ella y extrañar su sumisión, deseándola de nuevo. Ahora, tenía una visión más profunda de qué tipo de mujer generosa y compasiva era para proteger a un animal.

"No importa, no va a hacer ninguna diferencia si sabes un millón de pequeños datos sobre mí o me relegas a ser una figura en tu hogar".

"No me digas qué importa y qué no. Yo decidiré eso".

Ella negó con la cabeza, caminando grácilmente a través del césped mojado. "Has dejado perfectamente claro que no soy más que una yegua reproductora, un recipiente, un cuerpo para llevar a tu heredero".

Al llegar a las puertas dobles de la casa, empujó para entrar con una rabia contenida. "Entonces, como te dije antes, más vale que lo hagas de una vez y luego desaparezcas de nuevo".

¿Eso es lo que piensa? ¿Que quiero irme después de follarla? Tenía que trabajar y atender mis negocios. Si tuviera la opción, me quedaría acostado con ella envuelta alrededor de mi polla todo el día.

Molesto porque *deseaba* follarla no solo para tener un heredero sino también para probar su sumisión nuevamente, la seguí apresuradamente mientras subía las escaleras. No dejaría que tuviera la última palabra.

"¿Desaparecer?", espeté.

Ella me lanzó una mirada mientras subía.

"Desaparezco para hacer negocios".

Levantó la mano. "No quiero saber".

"Y mis supuestas desapariciones también son buenas para ti".

Alcanzamos la cima de las escaleras. Ella iría a la derecha hacia su ala, y yo seguiría derecho hacia la mía. En un punto muerto, nos enfrentamos allí.

"¿Qué?", sacudió la cabeza.

"Mis esposas no suelen durar mucho...", solté fríamente, "especialmente cuando están en mi compañía".

Y era cierto. Después de la muerte de Caitlin, le pregunté a mi padre si podía contratar a una prostituta y embarazarla para tener un heredero. Él dijo que no, que tenía que ser alguien dentro del mundo de la mafia, y eso fue todo. Además, dudaba que incluso una prostituta aceptara. No me avergonzaba ser un hombre duro, un asesino, pero eso alejaba a mis posibles parejas.

Fruncí el ceño ante la reacción de Cara. Sabía que no se asustaba fácilmente, pero no esperaba que pusiera los ojos en blanco. "No voy a suicidarme", respondió con desdén.

"¿Sabes sobre Caitlin?".

Cruzando los brazos, me estudió. "Sí, Riley se puso habladora antes. También me contó sobre Erin".

Me froté la mandíbula, odiando que Cara se diera cuenta de cuánto necesitaba que se quedara ahora. No quería que pensara que podía usar nada en mi contra. Darle cuenta de que estaba empezando a... gustarme era ya bastante malo.

"Caitlin prefería la muerte a ser mi esposa".

Ella entrecerró los ojos. "Aunque estoy inclinada a admitir que eres un imbécil, sospecho que ella podría haber tenido más razones que eso".

"¿Pero no soy lo suficientemente malo para asustarte?".

"¿Como si tuviera elección? Apenas me has dejado salir". Presionó los labios, mirándome seriamente. "Además, tengo demasiado de qué preocuparme como para molestarme en buscar la manera fácil de escapar de la vida".

No entendía. Aquí no tenía nada que hacer, no tenía que trabajar, no estaba obligada a hacer nada, salvo acoger mi polla en su coño y esperar que mi semen se quedara lo suficiente para hacer un bebé.

Sus palabras, y el tono sobrio, me hicieron darme cuenta de que había sufrido antes. Había luchado en la vida para moldear ese comentario duro y cínico. Al dejar que ese hecho se hundiera en mí, deseé que no fuera así.

Algo de esta mujer me llegaba, audaz y hermosa, y valiente también.

¿Cuál es tu verdadera historia, Cara?

No perdería mi tiempo preguntándolo. Estar con ella y no follarla ponía a prueba mi paciencia.

Cuanto más me permitía desentrañar las capas de quién era, más me emocionaba pensar en lo que podría revelar. No apostaba por la confianza. No tenía esperanzas de una amistad real, pero algo había cambiado entre nosotros hoy.

"Cara...".

Ella levantó la barbilla, descarada y segura. "¿Sí?".

"No quiero simplemente *hacerlo y ya*".

Sus labios se entreabrieron mientras me miraba. La curiosidad brillaba con un toque de deseo. Deslicé mi mano alrededor de su cintura delgada, curvilínea y sustancial. Perfecta para sostenerla. Su rostro bajó al notar cómo había invadido su espacio.

Con sus párpados a medio cerrar, me miró casi tímidamente.

"Porque también tengo la intención de disfrutar de ti". Me lamí los labios, y mi polla se endureció al ver cómo su mirada inquieta se fijaba en ese movimiento.

La empujé hacia atrás, disfrutando de su torpeza mientras ella alcanzaba a sostenerse de mis brazos.

"Tú..." Carraspeó. Joder, era preciosa cuando estaba enfadada, pero nerviosa y tímida, era igual de sexy. "Has dicho que eres el jefe".

Asentí. "Nunca lo olvides".

"Entonces, haz lo que tengas que hacer".

Me detuve en el marco de la puerta de su suite, chocando mi cuerpo contra el suyo. "No, tú harás lo que yo quiera que hagas... para mí". Adicto a la atracción de poseer su cuerpo, de ser el encargado de hacerla someterse y rendirse, inhalé profundamente. Deslicé mi nariz a lo largo de su mandíbula, saboreando su dulce aroma. Todo ella, femenina, ligera y dulce. Nada de esos perfumes empalagosos que usaban mis esposas anteriores. Cara era dulce, inocente y con un toque del aire libre pegado a ella también.

Todo Cara.

"De acuerdo". Tragó saliva, intimidada por fin.

"Así que, si te digo que me beses...".

Dejó escapar un gemido, levantándose para apresurarse a presionar sus labios contra los míos.

Demasiado ligero. Demasiado corto, pero sería suficiente para el comienzo de este juego.

"Y si te digo que entres a esa habitación y te desnudes para mí...".

Ella respiró más rápido, sus ojos salvajes de deseo. Cuando se giró para irse, la atraje de nuevo a mis brazos, apoyándola contra la pared.

"Lo harás sin ningún plan de *acabar rápido*".

Sacudió la cabeza, mirándome con una necesidad tan vulnerable que quería gruñir y follarla allí mismo en el pasillo.

"Ahora *bésame...*", ordené, "como realmente quieres hacerlo".

Entrecerró los ojos, ofendida por cómo había ridiculizado su primer intento. Enredando sus dedos en mi cabello, me agarró la cabeza y me tiró hacia abajo para otro beso. Sus labios permanecieron abiertos. Esa lengua dulce suya salió, saboreando mi boca mientras cerraba sus labios sobre los míos. Con un gemido de puro lujuria, se enredó con mi lengua y combatió con la pasión ardiente que ya comenzaba a asociar con ella.

Inclinando su cabeza hacia un lado moviendo la mía, chupé su lengua y luché por el dominio en este beso.

Joder, sí. Finalmente.

Mantuve mi boca pegada a la suya, tragando sus gemidos y suspiros por más. La atraje hacia mí y la levanté.

Sujeté su trasero jugoso, cada mejilla en mis manos. No necesitó mi orden para envolver sus piernas alrededor de mi cintura. Sus largas extremidades se aferraron a mí de inmediato. Sus brazos se deslizaron sobre mis hombros, abrazándome firmemente alrededor del cuello.

Besándola, devorándola como si el aire ya no importara, la llevé a su habitación y cerré la puerta de una patada.

La puse en el suelo, más bruscamente de lo que pretendía. No había remedio. La gracia había salido por la ventana. Estaba salvaje y hambriento por ella, y con mi polla tan dura, me costaba caminar más cerca antes de intentar ajustar mi erección debajo de los jeans.

"¿Qué te dije?", gruñí.

Ella se quedó allí, con los ojos abiertos de deseo y jadeando.

"Desnúdate".

CARA

Cara

"Desnúdate".

De inmediato un escalofrío recorrió mi piel al escuchar su orden. La intensidad en su mirada me provocaba, y me preguntaba si estaba jugando con mi mente. Quería disfrutarme, eso fue lo que me dijo en el pasillo. Sonaba a un desafío. Una provocación. Una invitación a hacerle sentir bien mientras me poseía.

Sabía que lo disfrutaba. Lo sentí estremecerse en lo más profundo de mí en dos ocasiones. Ambas veces me había tomado con fuerza, y ambas veces había llegado al clímax.

"Pensé que ya lo había intentado", repliqué, demasiado testaruda para rendirme, por mucho que mi cuerpo lo deseara. Mis pezones se endurecieron, dulcemente tensos, mientras una punzada de deseo se formaba en mi estómago. Mis bragas ya estaban húmedas solo por la forma en que me miraba... por el beso. Ese segundo beso, en el que me saboreó y terminó la caricia con una mordida.

Cruzó los brazos, entrecerrando los ojos. Arrogante y ardiente, maldita sea, era la encarnación del sexo. El mismísimo diablo, todo pecado y expectación.

Hace solo una hora, había intentado desvestirme, pero me había rechazado. Me dijo que no. Cuando rechazó mi ofrecimiento, me sentí perdida y confundida, herida y decepcionada, porque había ansiado esa dulce liberación de llegar al clímax para él.

"Desvístete, Cara".

¿Era una cuestión de control? ¿Quería él darme la orden en lugar de dejarme tomar la iniciativa?

De todos modos, levanté los dedos, impulsada por el deseo de complacerlo. Sabía que, si me rendía, si lo obedecía, él se aseguraría de que llegara al clímax... y lo haría con intensidad.

No había nada dulce en él, pero parecía deleitarse en deshacerme.

Y eso era suficiente.

Me observaba mientras desabotonaba mi camisa. Su mirada era como una caricia tangible, ardiente, mientras me despojaba de mis jeans. Después de apartarlos con un movimiento de pie, emocionada por tener su atención completamente enfocada en mí, me sentí mareada bajo la embriagadora presión del poder, de una fuerza imponente. Estaba haciendo esto. Su mirada estaba fija en mí, en nadie más.

Era yo quien hacía que su miembro se endureciera bajo los pantalones. Era por mis acciones que gruñía y me observaba como si fuera a explotar antes de siquiera tocarme.

Nunca me había desnudado para él, ni para nadie. Dudaba que fuera sexy. No tenía la gracia para bailar ni siquiera para balancear mis caderas con sensualidad al quitarme las bragas húmedas, empapadas de mi excitación.

Y cuando llevé mis manos a la espalda para desabrochar mi sujetador, un escalofrío me recorrió al ver la promesa en sus ojos.

"Ahora mi turno", ordenó, una vez que estuve completamente desnuda.

Caminé hacia él, sintiendo la tensión de su instrucción. A diferencia de todas las preocupaciones que conformaban mi vida, esta expectativa se sentía bien. Como una recompensa. Obedecer a mi esposo no era una tarea, sino un tesoro por explorar.

Le quité la camisa, tentada por la extensión de su piel tensa. Todos sus músculos estaban tan duros y tensos. Sus pectorales, y esos abdominales. Dios, sus brazos eran tan definidos y sólidos que parecía un guerrero brutal.

Al bajar mis manos hacia sus pantalones, me dejé caer de rodillas. Temblando con el deseo que corría por mis venas, le bajé los pantalones y los bóxers. Había sentido su grosor dentro de mí. Recordaba cómo me llenaba por completo.

Cuando su pene quedó al descubierto, rígido y firme, largo y marcado por venas, solté un jadeo. No podía apartar los ojos de su miembro, tentada por probar las gotas de humedad que se acumulaban en la punta.

¿Por qué no? Actué por impulso, decidiendo que no le haría daño si yo también buscaba mi propio placer. Nunca antes había llevado la erección de un hombre a mi boca. No tenía experiencia, era torpe e inexperta, pero él no protestó cuando deslicé la punta de mi lengua sobre su cabeza hinchada.

Un gruñido escapó de sus labios, y empujó sus caderas hacia adelante.

Sonriendo, besé su pene, maravillándome por la combinación de suavidad y dureza. El pulso de su deseo. Todo él...

Me eché hacia atrás, parpadeando y frunciendo el ceño.

"¿Qué?", gruñó.

"¿Estás...?". Tragué saliva. No me importaba si lo enfurecía. Acepté casarme con él por seis meses, pero no iba a permitir que una enfermedad me acompañara de por vida. "¿Estás limpio?".

Rodó los ojos, agarrando mi cabeza y empujando su pene en mi boca, silenciándome mientras me poseía.

"Estoy limpio, solo duermo contigo".

Gemí, encendida por su sabor, su textura, y el toque salado de su esencia.

"Me hice pruebas antes de nuestra boda, y no desperdiciaría ni una gota de mi semen. Te pertenece solo a ti, para hacer un bebé".

Gruñó, apretando los dientes mientras se retiraba de mi boca. Jadeé, lamiéndome los labios, decidida a saborearlo más. Saber que lo complacía me excitaba aún más, pero él no estaba en ese humor.

Me levantó por los brazos y me llevó a la cama. " Y vas a tenerlo todo".

Antes de que pudiera reaccionar o estar de acuerdo, me giró en la cama y me dio una fuerte palmada en el trasero.

"¿No es así como lo acordamos?".

Grité, cayendo sobre mis manos y rodillas en la cama. Había estado aquí sola todo este tiempo, y me di cuenta de que él no usaría este colchón con suavidad. Tampoco me trataría con delicadeza.

El calor se extendió por mi piel tras el golpe, pero después de respirar a través del escozor, disfruté la calidez.

"¿No es así?", exigió mientras se bajaba de la cama y sacaba algo del cajón inferior de la mesita de noche, uno que no me había molestado en investigar.

Asentí, disfrutando la sensación de ceder, de rendirme a sus planes. Mis pechos colgaban pesadamente, con los pezones adoloridos. Mi piel se sentía tensa, en llamas, y al frotar mis muslos, noté la humedad de mis jugos.

Regresó, atando mis muñecas con una larga tira de tela. Una vez que estuve segura, pasó la tira por una barra del dosel sobre la cama. Había elegido un lugar hacia la cabecera, y con la holgura que me dejó, me di cuenta de que aún podía inclinarme hacia adelante.

Eso era lo que él exigía, sus manos en mis hombros mientras me empujaba hacia abajo.

Estaba atada, de rodillas, con los brazos hacia adelante y fijados a la cama.

Él deslizó sus manos desde mis hombros, recorriendo mi espalda hasta mi trasero, frotando con más intensidad en el lugar donde me había dado una nalgada.

"¿Crees que puedes manejarme?", me provocó. Se inclinó para besar las curvas de mi trasero mientras avanzaba hacia mi sexo, empujándome a bajar la cabeza hacia el colchón.

Mis hombros dolían en esa posición, pero la dulce dicha de su toque compensaba el leve dolor.

"Lo manejado todo hasta ahora", respondí mientras se apartaba de mí, haciendo que extrañara el calor de su lengua.

"Hasta ahora...", asintió antes de darme dos nalgadas más, con más fuerza.

Antes de que pudiera terminar de gritar, hundió sus dedos en mi húmedo sexo, presionando con firmeza. No era un solo dedo, era grueso, intrusivo y contundente, y era justo lo que necesitaba.

Dejando que la presión me envolviera, perdí todo rastro de preocupaciones. Era liberador depender de él y permitirle dictar en qué debía concentrarme...en él. Su toque y sus instrucciones exigentes para llegar al clímax.

Me acariciaba y me estiraba, llevándome a un frenesí con alternados azotes en mi trasero. Saber que él estaba observando cada gota que sacaba de mí era parte de la emoción.

Arquee la espalda, empujando hacia su cuerpo, levantando mi trasero en el aire.

"¿Quieres más, esposa?", gruñó, deslizando sus dedos fuera de mi sexo. No se alejó mucho, arrastrando sus dedos resbaladizos hacia mi otro agujero.

Me tensé ante la idea de ser tomada allí, pero me dio una nalgada y me sacó de mis pensamientos, de las preocupaciones y temores.

Sus dedos me penetraron, estirándome lenta pero firmemente mientras me abría.

Y se sentía... bien.

Muy apretado. Un tabú. Algo prohibido, pero tan jodidamente placentero.

Gemí, sintiendo la humedad que se escurría de mi entrepierna. "Lo deseas...", me provocó, "quieres más". Deslizó su brazo debajo de mí, rodeando mi estómago mientras empujaba su dedo en mi trasero.

Me levantó, con su brazo firme sobre mi abdomen, su espalda apoyada contra la mía, y su dedo jugueteando con mi orificio, reposicionándose hasta que quedé sobre mis rodillas.

Mis brazos dolían por las ataduras. La sangre fluía hacia abajo mientras mis manos permanecían sobre mi cabeza, pero me apoyé en él, tan cerca del orgasmo cuando metió su pene en mi vagina.

Su grueso miembro se deslizó adentro. Una embestida profunda, larga, constante. Se sentía más ajustado, más intenso, y sabía que era por su dedo aún en mi trasero.

"¿Más?", gruñó de nuevo, inclinándose para besarme el cuello. Tan pronto como añadió otro dedo y comenzó a embestirme al mismo tiempo, succionó mi piel.

Grité, perdida en la abrumadora dualidad de sensaciones, tan llena.

Balanceaba sus dedos y su pene, luego me follaba con fuerza en ambos agujeros.

Rápido, rudo, y sin piedad.

"Buena chica", me elogió, respirando con fuerza mientras se movía dentro de mí. "Eres una buena chica, tómallo todo".

Sollozaba, desesperada por romperme en él y ahogarme en esa liberación, tan cerca pero aún tan

lejos.

"Toma mi polla", ordenó, embistiendo más rápido y elevándome.

"Aprieta mis dedos". Los empujó más adentro, manteniéndolos en su lugar.

"Joder". Gruñó mientras mi orgasmo me golpeaba. "Así, exactamente así".

Me apoyé en él, quebrándome cuando el orgasmo me atravesó, lanzándome a la euforia. Mis nervios vibraban de placer. Mis pezones dolían con la punzada de finalmente alcanzar el clímax. Todo mi cuerpo se rindió a las sensaciones que él había dominado tan perfectamente, llenándome por completo y llevándome al límite.

Flotando en la dicha, temblando mientras las oleadas de mi orgasmo me recorrían, lo sentí embestirme una vez más y gruñir profundamente. Sus músculos se tensaron y se endurecieron a mi alrededor, sujetándome contra él. Y, como cada vez, derramó su semen profundamente dentro de mí.

Durante varios largos minutos, me sostuvo, dándonos a ambos la oportunidad de descender de ese éxtasis. Me deje caer contra él, sin importarme si me desmayaba allí mismo, pero él se encargó de mantenerme en posición. Se deslizó fuera de mí, y no me sentí decepcionada. Con su mano libre, empujó su semen de vuelta en mí antes de salir de la cama. Con un movimiento rápido de sus dedos, liberó la atadura de mis muñecas, y me dejé caer en la cama.

Estaba agotada, exhausta y tan maravillosamente libre.

Para cuando él se limpió y regresó a mí, yo ya estaba medio dormida. Cuando la cama se hundió bajo su peso, soñolienta, me pregunté si estaba recogiendo su ropa o si se quedaría.

Se quedó. Me abrazó, sosteniéndome cerca, y durmió conmigo en mi cama toda la noche.

Mientras me sumergía y emergía del sueño, luchaba por entender por qué.

DECLAN

Declan

Desperté con el cálido cuerpo de Cara pegado al mío, cada suave y desnudo centímetro de ella presionado contra mí bajo las sábanas.

A mitad de la noche, me desperté y revisé mi teléfono, encontrando mensajes de Ian y un par de hombres más. Sugerían que mi presencia era necesaria para atender asuntos de negocios, pero no me importó en absoluto. Por primera vez, sentí el impulso de quedarme justo aquí y mantenerme cerca de mi esposa.

No me importaba en lo más mínimo ir a la ciudad. Ahora que estaba aquí, planeaba quedarme al menos unos días.

Aunque la tomé anoche, me vi atrapado por la necesidad de tenerla de nuevo, una y otra vez. Por eso desperté duro y ansioso por ella, deslizándome en su interior desde atrás mientras ella aún dormía.

En cuanto ella se dio cuenta y despertó completamente, rodeó mi cuello con sus brazos y se aferró a mí mientras la embestía.

Su familiaridad conmigo no debería haber importado. Su falta de protesta no debería haberme hecho sonreír.

"¿Qué está pasando?", murmuró con voz ronca, aún medio dormida, sus ojos cerrados.

Gruñí ante el tono necesitado y ligeramente curioso de su voz soñolienta.

Verla sonreír ayer, tan feliz de tener aire fresco y sol, era un recuerdo que permanecería en mi mente por mucho tiempo. Escucharla somnolienta y relajada en la cama conmigo era otro recuerdo que atesoraría para siempre.

"Te estoy diciendo buenos días", respondí, agarrando su pecho mientras ella se giraba más hacia su costado, dándome la bienvenida.

Gimió al sentir la nueva profundidad, arqueándose hacia mí. Cuando encontré su pezón y lo

apreté entre mis dedos, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa de pura satisfacción.

Esta mujer. Era una joya rara que no esperaba encontrar. No solo aceptaba lo que le daba, sino que lo disfrutaba intensamente.

No quería dejarla. ¿Cómo podría, si me estaba volviendo tan adicto a ella?

Momentos después, alcanzamos el clímax juntos, y me di cuenta de que no era un sacrificio tan grande quedarme. Otras personas podían encargarse de algunos negocios. Personalmente había seleccionado y entrenado al personal del gimnasio. No tenía peleas programadas para mí en el futuro cercano. Además, estar cerca de mi esposa me acercaría a tener un heredero.

Ese era el objetivo, ¿no era así?

No importaba que empezara a preocuparme por ella. A pesar de que la deseaba por más que solo llenarla con mi semen, su propósito seguía siendo el mismo. Tenía que darme un hijo, y lo haría, pero eso no me impedía disfrutarle en el proceso.

Deseaba a mi esposa. No lo negaría, pero era la primera vez que podía admitirlo. Era la primera vez que ese pensamiento no me parecía ridículo.

Cara importaba, pero no sería tan tonto como para dejar que se diera cuenta.

Nos duchamos juntos, y para cuando bajamos a desayunar tarde, habíamos vuelto a nuestra rutina habitual de discutir. Aunque quería llevarla de nuevo arriba y poseerla otra vez, también quería ver esa chispa de felicidad que me había mostrado al aire libre.

Parecía tan llena de vida, más en su elemento cuando estaba al aire libre, cerca de los animales. Tenía la corazonada de que era más feliz ahí, y si podía hacerla feliz, eso solo me daba más poder. Sentía bien proporcionarle una fuente de placer, independiente y distinta de lo que le daba en la cama.

Era una prisionera en mi vida, pero no tenía por qué estar encadenada dentro de mi casa. Si se volvía más complaciente al tener la oportunidad de ser feliz en mi ausencia, no veía nada malo en ello.

Así que, una vez que nos cambiamos y la llevé afuera, vi cómo su desconfianza se desvanecía a medida que nos acercábamos a los establos. Luego, cuando le dije que íbamos a hacer un recorrido por la propiedad cabalgando se relajó aún más. Podía notar que era demasiado cautelosa como para dejarme ver lo emocionada que estaba, pero lo noté. Le resultaba imposible ocultar sus reacciones y resistirse a sonreír.

"¿Cuándo aprendiste a montar?", le pregunté mientras los mozos de cuadra ensillaban un par de caballos para nosotros.

Frunció el ceño, observando al hombre. "No, espera". Dio un paso adelante y corrigió las correas, asegurándolas con un nudo más firme. "Ahora sí".

Él asintió, un poco avergonzado por haber sido corregido.

"¿Qué dijiste?", preguntó, volviendo a mi lado.

Negué con la cabeza. "No importa", no era relevante. Sabía manejar los caballos mejor que mi personal, eso me decía suficiente.

"Oh, cuándo aprendí a montar", dijo, aun observando a los mozos. "Um, ¿cuándo tenía cinco? ¿Quizás seis?".

"¿Tu madre te dio lecciones?".

Sacudió la cabeza, "bueno, supongo que sí".

Imaginaba que esa no sería una opción. Me había dado la impresión de que había vivido una vida dura, marcada por la pobreza y no por la riqueza. ¿Cómo podría Nora haber pagado lecciones de equitación?

Aún había tanto que no sabía sobre esta mujer sensual y a la defensiva, y esperaba que este paseo me ofreciera la oportunidad de conocerla un poco mejor.

Sin embargo, no contaba con su autoridad. Más de una vez, antes de que pudiéramos montar los caballos, corrigió a varios de mis empleados. Eran detalles pequeños, al parecer, pero ella sabía de lo que hablaba. Ningún empleado de la organización Sullivan podía ser llamado idiota. Yo esperaba lo mejor. Ian también. Todos los líderes directos y supervisores bajo nosotros mantenían los mismos estándares.

Estos hombres en los establos y el granero no eran incompetentes, así que el hecho de que Cara pudiera ofrecer mejores consejos demostraba que había tratado mucho con animales.

Montamos juntos, y llené el silencio con una explicación sobre las tierras que poseemos aquí. Eran vastas, y me limité a un resumen de tantos detalles sobre nuestra propiedad. Ella parecía interesada también en los aspectos históricos, pero en general escuchaba más de lo que hablaba y no hacía muchas preguntas en profundidad.

Nos movíamos entre los árboles, siguiendo un camino establecido. En los campos abiertos, dejamos que los caballos aumentaran la velocidad y ejercitaran sus piernas. Cuando no estaba señalando los hitos y otras características que marcaban los límites de las tierras Sullivan, ella preguntaba sobre los establos, si cazábamos, si criábamos caballos de carreras y si había algún cultivo cercano.

No conocía todos los detalles, pero supongo que una conversación con mi padre respondería muchas de sus preguntas. No estaba seguro de cuándo permitirle conocerlo. Era tan frágil y malhumorado.

Como si ella no pudiera manejar su mal genio. Ella me toleraba, y yo era peor.

Parecía más apropiado esperar hasta que Ian, o alguien de la familia, pudiera demostrar que Cara y Nora no eran descendientes de la familia Boyle. Además, le agradaría a papá conocer a Cara cuando ella pudiera confirmar que llevaba el heredero que él se negó a dejar irse sin ver.

Pronto, organizaría para que ella lo conociera pronto.

"Mientras seas cuidadosa", dije una vez que nos detuvimos en un claro en lo alto de una colina

boscosa, "puedes montar donde quieras en la propiedad".

"¿Mientras sea cuidadosa?", me parodió.

No respondí. Ambos sabíamos que ella era mucho más experta con los caballos que yo.

"Si quieres montar, está bien. Un guardia en la frontera sabrá si intentas escapar".

Mirando el vasto paisaje, suspiró y sacudió la cabeza. "No, no voy a escapar...", me miró, seria y tranquila, "te dije que sería tu esposa durante seis meses, lo seré. Siempre cumplo mi palabra".

Yo no. Entrecerré los ojos, recordando que ella aún estaba dispuesta a avanzar solo un paso mientras mantenía el otro preparado para escapar.

"Ese fue nuestro acuerdo...", añadió, "el que sellamos en la iglesia".

Sabía cuál. No cambiaba el hecho de que había mentido.

"¿Es eso a lo que te referías el otro día? ¿Cuándo te quejaste de atenerte a un trato?".

Ella frunció el ceño y miró hacia el horizonte nuevamente, enmudeciendo de inmediato. Su silencio repentino me inquietó, haciéndome sospechar. "Sí, el acuerdo que hicimos, que me dejarías ir si no quedaba embarazada en seis meses".

No va a pasar. Me acerqué a ella, situándome detrás mientras mirábamos las colinas y praderas a continuación. "¿A dónde irías?". No podía deshacerme de la inquietante duda de que ella tenía algo más en mente. Que no estaba hablando del supuesto acuerdo que teníamos, sino que algo más la estaba motivando.

No tenía intención de dejarla ir jamás. Odiaba la idea de que tuviera motivos para marcharse.

"¿A dónde irías después de seis meses?", pregunté de nuevo, al no recibir respuesta.

"De vuelta con mi mamá". Suspira, y sus hombros se sacudían hacia arriba y hacia abajo, y no pude evitar acercarme para masajearle la espalda. Manteniendo mis dedos presionando, amasé la tensión allí, gratificado cuando ella se inclinó hacia mí.

"Probablemente me extraña mucho", admitió, honesta pero cautelosa al abrirse así.

"¿Te haría feliz si te devolviera el teléfono para que puedas contactarla?".

Se inclinó hacia atrás, esbozando una sonrisa. "¿Ahora mi felicidad importa?".

La atraje completamente hacia mí, besándola larga y apasionadamente mientras bajaba una mano para acariciarla entre las piernas. Ella jadeó, sobresaltada un poco con mi toque.

"¿Adolorida?", bromeé.

Ella puso los ojos en blanco y trató de no sonreír. "Quizás".

La masajee allí, fijando mi mirada en la suya. "Me preguntaba si estar en una silla de montar dolería...".

"Estoy acostumbrada a ello...", frunció el ceño, "a estar en una silla de montar. No a...".

Gruñí, besándola nuevamente al recordarme que ella era mía. Yo era su primero y su último. Había llegado virgen, y nunca me dejaría para ser de otro hombre.

Todo mío.

Ella no era perezosa. Llena de entusiasmo y determinación, me besó de vuelta mientras yo bajaba la cremallera de sus pantalones cortos y los deslizaba hacia abajo.

"Pensé que ya te había demostrado que quiero hacerte feliz", susurré contra sus labios mientras la acariciaba.

Respirando más rápido y tratando de alcanzar mi erección a través de mis pantalones, ella gimió con un quejido sensual.

"Sí, así es como lo haces", respondí.

No podía imaginarla lejos de mí, de este lugar. Ella pertenecía aquí, deseosa de mi pene, sin miedo a buscarlo y dejarme entrar tan fuerte como quisiera.

La guie hasta un árbol y la giré. "Inclínate, muéstrame ese culo".

Ella lo hizo, y yo me hundí en ella. Presionada contra el árbol, con las manos en la corteza húmeda, se preparó para un rápido encuentro.

"Más fuerte, Declan. Más fuerte".

Maldita sea. Apreté los dientes. Nunca había escuchado mi nombre de esa manera. Nunca lo había escuchado en absoluto, tal vez. Era todo lo que necesitaba para desatarme con ella. La embestí hasta que ambos estuvimos agotados y desgastados. Si su coño no estaba adolorido antes, ahora lo estaba.

Gimiendo y satisfecha con su orgasmo, se dejó llevar fácilmente en mis brazos cuando la levanté después. La giré para poder besar sus labios atrevidos, la mantuve cerca y empujé mis dedos en su coño, reinstalando mi semen en ella.

Ella suspiró, correspondiendo al beso hasta que la liberé.

Luego la sorprendí, ganándome una expresión de asombro y una ceja levantada después de que arregláramos nuestra ropa.

Sacarla el teléfono de mi bolsillo fue lo último que esperaba.

Si tener una forma de contactar a su madre era un compromiso que la mantendría feliz, estaba dispuesto a hacer ese sacrificio.

"¿Por qué?", preguntó mientras lo tomaba.

"No me gustaría que alguien me dijera que no puedo hablar con mi padre". Me encogí de hombros, sintiéndome vulnerable al ceder en absoluto. El hecho de que quería ceder. "Puedes contactar a tu madre, a nadie más".

Ella me miró a los ojos y asintió. "Gracias, Declan".

Sonreí de manera traviesa y me lancé a besarla con intensidad.

"Dilo de nuevo".

Ella gimió, pero accedió. "Declan...", susurró con sus labios a un suspiro de los míos, "creo que necesito más de un minuto para ser follada otra vez".

Tomé su mano, llevándola de regreso a nuestros caballos. "Te desafío a una carrera de regreso a casa", bromeé, manteniéndola en la apuesta.

CARA

Cara

Mi teléfono vibraba en el bolsillo. Le eché un vistazo y noté que estaba completamente cargado antes de guardarlo nuevamente. Sentía su presencia y no sabía cómo interpretar el motivo por el que Declan me lo devolvió.

Me sentía agradecida. Me alegraba que me lo hubiera devuelto y que tuviera la oportunidad de contactar a mi madre. Su explicación también fue conmovedora, podía entender que, en el fondo, actuara de acuerdo con el principio de la reciprocidad: él querría hablar con su propio padre y reconocía que yo quería mantenerme en contacto con la mía.

Aun así, resultaba extraño sentir gratitud por su permiso y por el simple hecho de poder hacer una llamada o enviar un mensaje.

Hace solo unas semanas, yo era una mujer independiente. Decidía lo que había que hacer sin necesidad de pedir permiso o autorización para realizar lo que consideraba necesario.

Mucho ha cambiado desde que conocí a Declan, y ha sido un desafío adaptarme a estos ajustes. Esta semana aprendí cuán liberador es renunciar al control. Cuando él decidió que quería estar conmigo, sabía que podía confiar en que lo haría de una manera tan intensa y enigmática que me volvía loca.

Me di cuenta de que el haberme liberado de todas mis responsabilidades no resultó ser el descanso que había imaginado. Al mantenerme en este castillo, bajo su control, Declan me enseñó que no soy una persona ociosa. Sin un propósito, una meta o algo que lograr, mi vida carece de sentido.

Y por eso, al regresar a la casa, me sentía atrapada en un hechizo de melancolía y culpa.

Me había dado un propósito claro y vital: quería que le diera un hijo, y eso era algo que me resultaba imposible. No podía cumplir con esa tarea. No tenía la capacidad para lograrlo.

Ya te he fallado.

Cuanto más me hacía sentir por él, más me daba cuenta de que no era simplemente un bruto. Y cuanto más me sentía así, peor era la culpa.

No debí haber aceptado un acuerdo con él para asegurar mi salida en seis meses cuando sabía que iba a fallarle. Él había entrado en ese trato pensando que podría darle un hijo.

No era nada más que una mentirosa.

En su momento, no lo consideré tan grave. Él me estaba usando para algo, y yo lo estaba usando a él de la misma manera, pero eso no era todo. También lo estaba utilizando para asegurar la generosidad de mi padre para pagar la deuda de mi madre.

Estaba atrapada en una maraña de mentiras, y me preguntaba cuánto más podría soportar.

Si mi esposo continuaba dándome placer, si seguía mostrándome lo bueno que se sentía estar conectada con él de la manera más profunda posible, no estaba segura de poder separar mi mente de mi corazón. Mi cuerpo no podía cumplir su propósito natural. Bastaba con que él respirara y me mirara, y yo me excitaba. La complicación residía en mi mente y mi corazón.

Aunque parecía imposible, estaba desarrollando sentimientos por él. Me estaba demostrando que le importaba, y podía ser honesta conmigo misma al admitir que sentía lo mismo por él.

Sentía satisfacción al saber que lo complacía. Confiaba en mi habilidad para revolucionar su mundo y hacerle llegar al clímax, tal como él lo hacía conmigo.

"Allí estás", llamó Ian al vernos entrar.

"No...", suspiró Declan, "no me voy a ir a ninguna parte".

"No, no...", se rio Ian mientras nos esperaba al otro lado del enorme vestíbulo, "lo sé, solo necesito hablar contigo sobre un par de cosas". Indicó hacia el estudio, señalando que quería la presencia exclusiva de su hermano, a pesar de que Declan me tomaba de la mano para mostrar que estábamos juntos.

Me eché atrás y levanté las manos. "Ni siquiera quiero saber".

"¿Qué?", dijo Declan. "¿La ignorancia es felicidad?".

"Tú lo has dicho".

Él se detuvo, observándome de cerca. "Para este punto, si Riley no ha abierto la boca y chismeado, ¿sabes lo que representa el nombre Sullivan, ¿verdad?".

Asentí. Lo había deducido el día de nuestra boda. "Sí, eres un hombre de la mafia. No hace falta decir más".

Él puso los ojos en blanco y tuve la sensación de que estaba tratando de ocultar una sonrisa. "¿Y eso no te molesta? ¿Estar casada con un asesino?".

Alcé una ceja. "¿Debería molestarme?".

No era indiferente, pero tenía una brújula moral algo cínica y resistente. No era tonta tampoco.

Como todo el mundo, sabía que existían las familias del crimen organizado. Nunca pensé que me casaría con una tan poderosa, pero, ¿qué podía hacer al respecto ahora? Declan no parecía ansioso por matarme ni a mí ni a mi madre, así que eso era suficiente.

"Crecí sabiendo que mi padre estaba vinculado a una familia del crimen". Me encogí de hombros. "Sabía que mi padre, la mitad de mí, provenía de una familia del crimen, y eso nunca me hizo llorar en la noche".

Ignorando a su hermano, que aclaraba la garganta con impaciencia en la otra sala, Declan se acercó y me besó con fuerza. "No te echas atrás ante nada que te arroje la vida, ¿verdad?".

"Solo contigo". Sonreí, y *lo decía en el mejor de los sentidos*.

No estaba segura de qué esperaba de mí mientras me observaba. ¿Estaba esperando que dijera que me sentía incómoda al estar casada con un hombre tan áspero? Dudaba que pudiera admitir eso. Ahora sabía lo bueno que se sentía aceptar un poco de dolor y dureza, una pizca de violencia en mi vida, y no podía imaginar volver a lo que vivía antes.

Disfrutaba estar con él.

Al darme cuenta de que valoraba ser su esposa, su mujer, la culpa regresó con fuerza.

Si le dijera que no puedo tener un hijo para él, me abandonaría. Me echaría de su cama, de su vida.

Ya no lo necesitaba. Me casé con él, y esa acción era la condición que mi padre me impuso para saldar las deudas médicas de mi madre. Ahora que tenía mi teléfono de vuelta, estaba ansiosa por verificar y confirmar que él había cumplido con su parte del trato.

Al enfrentarme a la idea de no estar en este castillo para ver a este hombre nunca más, luchaba con un profundo sentimiento de pérdida que nunca esperé experimentar. Después de conectar con él como lo hicimos en los últimos días, tuve que recordarme a mí misma que no duraría.

Incomoda con estos pensamientos de culpa, lo empujé suavemente. "Ve, haz tus cosas".

No pudo resistirse a presionar sus labios contra los míos una vez más. Cada vez que me besaba, mi determinación se debilitaba aún más.

"No te vayas muy lejos...", bromeó, "te veré pronto". Tras una palmada juguetona en mi trasero, se dio la vuelta y se dirigió hacia su hermano.

Tan pronto como se fue, subí a mi habitación y saqué mi teléfono del bolsillo. Mirándolo fijamente, intenté sofocar las sospechas que surgían en mi mente.

Tenía que haber revisado el dispositivo. Estaba tan aliviada de haberlo reiniciado a configuración de fábrica cuando Frank me lo pidió.

Pero ahora estaba intrigada, preguntándome si estaba rastreándome con el dispositivo. ¿Podía saber lo que hacía con él?

Me había impuesto la limitación de solo llamar a mi madre, pero si necesitaba contactar a Oscar,

¿sería tan malo?

Sacudí la cabeza y llamé a su teléfono móvil. Llamar a mi único aliado era como llamar a mi madre. Además, si ella estaba durmiendo, no quería despertarla.

Y si Declan pregunta, explicaré por qué tomé esa decisión.

Esperé a que la llamada se conectara, y cuando Oscar contestó, sonreí.

"¡Cara!". Exclamó con entusiasmo. "¡Estaba esperando tu llamada! ¡Dios mío!".

"Lo siento, he estado ocupada".

No. Aparte de tener que lidiar con Declan, me había sentido aburrida y deprimida. Inquieta.

"¿Cómo está mamá? La granja, todo. Cuéntame". Oscar rio.. "¿Por qué te has tardado tanto en llamar?".

"Eh, la recepción aquí es muy inestable".

Aceptó eso como una respuesta. Oscar siempre había sido un tipo fácil de tratar. "Bien, la manada está bien. No he tenido mucha suerte encontrando otro ayudante, pero de vez en cuando, Thomas colabora cuando puede".

Asentí. Eso era bueno. Thomas, que era tal vez uno o dos años más joven que yo y estaba ocupado con la universidad, probablemente apreciaba la flexibilidad para ganar algo de dinero extra.

"¿Cómo está mamá?".

"Oh...", dijo, riéndose, "sigue igual de siempre. Sabes cómo es, pero fue una jugada genial pedirle a Patti Gehring que la acompañe y esas cosas. Su esposo acaba de conseguir ese trabajo de transporte, y parecía que ella estaba sola en la casa de enfrente. Los escucho reír y charlar todo el tiempo desde la ventana de arriba".

Sonreí, sintiéndome más aliviada.

"¿Ella se siente bien?". Vería si podía llamarla a su celular en cuanto terminara de recibir el informe de Oscar.

"Cara, tiene días buenos y días malos. Ese nuevo analgésico parece ayudar mucho, pero Patti mencionó algo sobre la farmacia diciendo que no lo cubría o algo así. Está insistiendo con ellos para que le expliquen cuándo estará disponible".

Fruncí el ceño y comencé a caminar de un lado a otro por mi suite. "Hmm".

Eso es raro. Muchos medicamentos requerían un seguro privado o un pago fuera de bolsillo, pero mamá ya no debería preocuparse por eso.

Me detuve en seco, tensa y con un sentimiento instantáneo de pánico.

¿No era cierto?

Ese era el acuerdo. Yo me casaba con Declan para que Saoirse no tuviera que hacerlo, y mi padre pagaría por la salud de Nora.

"¿Está en casa ahora?", le pregunté.

"No, no. Patti solo la llevó a una cita, y veo que ha dejado su maldito celular en la mesa de la cocina otra vez...", suspiró, "pero le diré que llamaste. Te extraña mucho. Yo también, jefa. Y también lo hacen todas las ovejas y caballos aquí".

Asentí, apurada por terminar la llamada.

Tan pronto como colgamos, rompí mi acuerdo con Declan. Utilicé mi teléfono para algo más, abriendo el navegador y accediendo al sitio principal de cobro de deudas.

Parpadear no cambió lo que la pantalla mostraba.

Actualizar la página no lo alteró tampoco.

Solo vi más recordatorios de pagos vencidos.

¡Nada había sido pagado!

La furia creció dentro de mí como una ola ardiente y derretida. Me tensé, respirando rápido mientras mi corazón latía con más fuerza.

"Ese imbécil".

Apreté los dientes, cerrando sesión y saliendo de la página para borrar cualquier rastro de que la había visitado. Luego volví a la pantalla de llamadas y marqué el número de mi padre. Tenía que haber una respuesta para esto. Tenía que haber una maldita buena razón por la que no había cumplido con su parte del trato.

Él había acordado que, al liberar a Saoirse, yo había asegurado el pago de las deudas de mamá. Que ella permanecería en la lista de trasplantes de riñón y también sería priorizada para ser elegida más pronto una vez que se encontrara un donante compatible.

Maldito seas. No, que te jodan.

Me di la vuelta, lista para presionar el botón de llamada. Miré hacia la puerta y vi cómo Declan entraba en la habitación.

"Cara". La sonrisa de Declan era casi arrogante mientras me observaba de arriba abajo.

Tragué saliva, atrapada en el acto de desafiar sus reglas. Llamar a mi padre no estaba dentro de los límites que él había impuesto, pero necesitaba saber si había incumplido su promesa.

"¿Sí?", bajé el teléfono, golpeándolo suavemente contra mi muslo.

"Tienes que prepararte".

Solté una risa suave. "Definitivamente quieres mantenerme adolorida".

Declan acortó la distancia entre nosotros, arrebatándome el teléfono y arrojándolo sobre la cama.

Sus brazos se envolvieron a mi alrededor, y me derretí en el calor de su beso. Su toque era una fuerza de la naturaleza, arrastrándome lejos de mis preocupaciones y sumergiéndome en una niebla de placer e intimidad.

"Pero te gusta", me provocó.

Asentí, sin aliento. "No lo voy a negar. Me gusta".

"Prepárate para salir", dijo, soltándome.

"¿Para qué? ¿Otra vuelta?". Sonreí con picardía. "No vayas a malcriarme ahora".

"Qué graciosa". Metió las manos en los bolsillos, su sonrisa ensanchándose. Me sentí bien al ver que podía divertirlo con mi humor.

"Vamos a una gala en la ciudad...", anunció, "Ian y yo estuvimos discutiéndolo".

Parpadeé, sorprendida. "¿Una gala? ¿Realmente *tengo* que ir?".

"Sí, se espera que asista, y por lo tanto, tú también debes acompañarme y mostrarle a todos que eres mi esposa. Debemos dejar en claro que el nombre Sullivan no va a desaparecer pronto".

Eso no será posible si soy tu esposa. Tragué y asentí. Estaba desconcertada, pero me negué a mostrarlo.

"Claro, está bien".

"Estoy seguro de que encontraremos un vestido en el camino a la ciudad". Miró su reloj, girando la muñeca y mostrando el músculo de su brazo en el proceso. "Nos iremos en una hora".

"Está bien".

No estaba bien. Necesitaba tiempo para llamar a mi padre y exigir una explicación sobre por qué no había pagado las cuentas de mi madre. *Pero, en fin...*

"¿Declan? "

Se volvió hacia la habitación, levantando las cejas.

"¿Qué tipo de gala es esta?".

"¿Te refieres a quién estará allí o a qué estúpida organización benéfica supuestamente apoya? Porque no tengo idea".

"Eh...", me pasé un mechón de cabello detrás de la oreja, "¿quién estará allí?".

Se encogió de hombros. "Principalmente otras familias del crimen. Algunos funcionarios del gobierno y políticos".

Asentí y me di la vuelta para buscar una maleta y empezar a empacar. Mientras lo hacía, planeaba cómo discutir el asunto de las deudas con mi padre.

Él estaría allí. Mi hermanastra no permitiría que nadie la dejara fuera de un evento social como

este. Keira, sin duda, quería ser vista, y mi padre estaba vinculado a la pequeña familia del crimen con el apellido Murray.

Sería la primera vez que lo viera desde mi boda, y apuesto a que no estaría preparado para ver cuánto he cambiado y me he convertido en una mujer aún más fuerte que antes.

DECLAN

Declan

A penas salí de la habitación de Cara, vi a Ian acercarse apresuradamente por el pasillo. Suspiré internamente. Amaba a mi hermano, de verdad. Apreciaba todo lo que hacía. Sin él, estaría aún más estresado y sobrecargado.

"Acabamos de hablar".

Él asintió, alcanzándome mientras me dirigía hacia mi ala. Después de echar un vistazo por encima del hombro, tal vez para asegurarse de que las puertas de Cara estuvieran cerradas, suspiró y sacó su teléfono. "Sí, y muchas cosas pueden pasar en unos minutos".

"¿Y ahora qué?", pregunté, dejándolo seguirme hasta mi ala mientras planeaba hacer la maleta para la noche fuera.

"Estoy rastreando las llamadas de Cara", dijo, "tal como me pediste".

Asentí, frunciendo el ceño mientras me paraba en mi armario, considerando todos mis trajes y esmoquin. Odiaba vestirme de etiqueta. Los eventos de gala eran un fastidio, pero me aseguraría de lucir apropiado.

"Le devolví el teléfono hoy en la mañana".

"Sí, y el primer número fue a un hombre llamado Oscar".

Me tensé, e Ian levantó la mano para detenerme antes de que hablara.

"Es un empleado en la dirección de Nora Gallagher".

Exhalé larga y profundamente. "Así que sí llamó a su madre". Tal vez él es solo personal contratado y le pasó el teléfono a Nora. "La llamada solo duró dos segundos".

Entrecerré los ojos. "¿A quién fue esa llamada?".

"A Shane Murray", Ian guardó su teléfono en el bolsillo.

"¿A su padre?".

Se encogió de hombros. "Tengo la impresión de que no tiene una relación cercana con él".

"Pienso lo mismo". No tenía idea de por qué lo habría llamado. No había tenido noticias de los Murray desde que cambié los términos del acuerdo con él, obligándolo a seguir pagando sus deudas con los Sullivan. Tal vez podría presionarlo sobre ese detalle en la gala. Sufriría bajo la presión.

"Bueno, Murray estará en esta gala. Si ella quiere hablar con él, podrá hacerlo allí". *Mientras yo esté justo a su lado.*

"Eso no es todo. Hermano...", metió su otra mano en el bolsillo, "recibí un correo electrónico sobre Nora".

"¿Qué pasa con ella?". Empecé a revisar mis opciones, eligiendo un esmoquin para empacar para la noche siguiente.

"Sobre si tiene alguna relación con la familia Boyle...", Ian sonrió, "no tiene ninguna. En absoluto. Su padre era un clérigo de Francia, y su madre era una secretaria de vacaciones en Australia".

Exhalé un largo suspiro de alivio. "Bien, gracias por tu investigación...", fruncí el ceño, "pero, ¿por qué papá pensó siquiera que Nora Gallagher podía estar relacionada con los Boyle?".

Ian sacudió la cabeza. "No lo sé, pero iba a hablar con él antes de que salgamos para la gala".

"Iré contigo".

Juntos, subimos al ala privada en la que papá residía y de la que nunca salía. El guardia asintió y nos dejó entrar.

Antes de llegar a su habitación, escuché la tos e inmediatamente mire hacía, Ian hizo una mueca. "Parece que está empeorando".

Lo cual era de esperarse. "Y empeorará aún más", coincidí con tristeza.

Eso ponía más presión sobre mí para embarazar a Cara. Tenía que darme un hijo. Era imperativo. Sabía que era imposible lograrlo antes de que él muriera. Pero, aunque no viviera lo suficiente para saber que el nombre continuaría, no dejaría de intentarlo.

"Creí...", papá se interrumpió con una serie de tosidos al vernos, " creí que ustedes dos me representarían en la gala".

Sonreí, divertido de que, a pesar de estar débil y muriendo, nunca perdía el control sobre el mundo del crimen. Con una tablet, su teléfono, y mucha comunicación con Ian, siempre parecía saber lo que estaba pasando.

"Lo haremos", dije.

"¿Tu esposa también?", preguntó.

Asentí. "Cara también irá".

"Bien, muéstrales a esos cabrones que no vamos a dejar que nuestra línea se extinga".

"Papá...", dijo Ian, tomando su asiento habitual junto a la cama, "finalmente obtuve respuestas sobre la ascendencia de Nora Gallagher".

Él levantó sus cejas espesas. "¿Es una Boyle?".

Ian negó con la cabeza. "En absoluto. Investigué a sus padres, abuelos y bisabuelos. Ninguno de ellos está relacionado con los Boyle".

Su sonrisa fue suave y relajada. "Bien".

"¿Pero por qué pensaste que lo era?", pregunté.

"Rumores". Él sonrió con malicia y se encogió de hombros.

"¿De quién lo escuchaste?", preguntó Ian. "Si es alguien en la gala, podríamos preguntarle por qué inició el rumor".

Papá se centró en mí, sus ojos nublados pero severos. "Keira Murray, según mis asociados, el rumor se originó con ella".

Ian y yo compartimos una mirada rápida.

¿Qué demonios?

"¿La madrastra de Cara?", preguntó Ian.

Papá asintió.

Sabía que Keira no soportaba a Cara. Eso se evidenciaba en lo decidida que estaba a empujarla hasta el altar para evitar que Saoirse tuviera que casarse conmigo.

¿Cuál es su maldito problema? Keira era amargada y quejumbrosa, pero empezar un rumor como ese... ¿por qué?

Lo averiguaré muy pronto. No tenía reparos en presionar a Shane para que pagara su deuda ni en enfrentar a Keira para que explicara por qué intentaba crear problemas.

Dejé a papá, prometiéndole que estaba trabajando en darle un heredero. De regreso en mi ala, empaqué y me preparé para la noche fuera. Nos iríamos hoy, pero no sería un simple paseo.

Planifiqué el equipo de seguridad, pensando con antelación cuántos hombres necesitaría en el lugar del evento. Mis hombres estarían cerca de ella en todo momento, y yo también. No tenía intención de dejar que mi esposa se alejara de mí ni un solo momento, y no me importaba si parecía excesivo con las medidas de seguridad.

No permitiría que le pasara nada.

No solo porque sería la madre de mi hijo, sino porque me importaba. Se había metido bajo mi piel, y si no tenía cuidado, estaría tentado a admitir que la amo...

"¿Qué demonios?"

Miré mi teléfono.

El número era desconocido, pero el mensaje hizo que mi corazón se acelerara.

Le pedí a Riley tu número. ¿Está mi esposo demasiado ocupado para ayudarme a elegir un vestido?

Sonreí mientras caminaba hacia su ala. Esto era una tontería. Era hora de que se quedara en mi habitación, en mi cama.

Jamás, esposa.

Empujé las puertas de su habitación y la encontré de pie, vestida con un conjunto de lencería negra de encaje. Sostenía un vestido negro en una mano y uno verde en la otra.

"Cara...". Gruñí su nombre mientras me acercaba a ella con paso decidido.

Ella jadeó, retrocediendo. "No, no, espera. Riley encontró estos en el almacén, dijo que los enviaron como regalos de boda la semana pasada".

La atrapé, besándole el cuello mientras tiraba de las copas de su sujetador.

"Dijiste que teníamos una hora antes de salir y...", se quedó callada, conteniendo el aliento cuando mordí su pecho y luego pasé mi lengua sobre la mordida para calmar el escozor.

"Una hora", coincidí.

Tomé ambos vestidos y los lancé a la cama. Luego, sujetándola por la cintura, la empujé hacia la silla.

Me senté, bajándole las bragas mientras me inclinaba hacia adelante para aplastar mi boca contra su sexo.

"Oh...", ella enredó sus dedos en mi cabello, moviendo su cadera contra mi rostro.

"Una hora es más que suficiente", prometí mientras la miraba y metía un dedo en su coño. Luego, lo deslicé en su trasero, usándolo como palanca para acercarla más a mí y devorarla.

Tiempo suficiente por ahora.

Ya no estaba seguro de si una vida sería suficiente para saciar cuánto la deseaba.

CARA

Cara

Elegir un vestido con la ayuda de Declan fue... divertido, pero llevarlo a esta gala todo lo contrario.

No importaba lo que llevara puesto. La incomodidad que me invadió en cuanto puse un pie en este salón de baile enorme y lujoso me seguiría sin importar cuántos cambios de vestuario intentara.

No pertenezco aquí.

Entre los ricos y famosos, junto a las personas influyentes y pomposas reunidas como estrellas y líderes.

O matones. Ahora que me había casado con un hombre de la mafia, me sentía segura de que conocía el tipo. Se veía en los ojos, en esa mirada sombría y oscura que prometía dolor y muerte.

Las mujeres me lanzaban miradas, su disgusto evidente en sus sonrisas burlonas. Peinados impecables, vestidos que abrazaban sus cuerpos delgados y tanto maquillaje que me sentía demasiado simple. Estas mujeres no eran como yo. Nunca tendría la fuerza de voluntad o la energía para arreglarme tanto ni para inyectarme químicos bajo la piel para parecer tan falsa, tan plástica, y juraría que algunas de ellas estaban drogadas, incapaces de socializar sin ayuda.

Hombres en esmoquin deambulaban por el lujoso espacio. Su ostentación brillaba bajo tantos candelabros. Todas sus manos lucían gemas y joyas, relojes caros y cicatrices ganadas con esfuerzo.

Estas personas eran extrañas, separadas por la riqueza y su propósito como habitantes del mundo criminal.

Y al lado de Declan, deseaba poder esconderme aún más.

Él no se alejaba de mí. Su mano aún no me había dejado. Si no estaba sujetándome la mano, me tocaba la parte baja de la espalda. Y cuando no me abrazaba, exigiendo toda mi atención

mientras me robaba un beso, estaba detrás de mí, con su brazo posesivamente sobre mi abdomen, acercándose a él. No me quejaba.

Su cuerpo duro y cálido me resultaba familiar. Me recordaba la seguridad que me brindaba cuando tomaba el control, dentro y fuera de la cama. Con él pegado a mi lado, me apoyaba en su comodidad y su facilidad para moverse entre esta multitud a la que estaba segura de que nunca pertenecería.

En el fondo, no era más que una chica de campo. Una plebeya de clase media trabajadora. Estar aquí me sacaba tanto de mi entorno que deseaba poder intentar seducir a mi marido para sacarlo de aquí.

"Si vuelves a rozar ese trasero contra mí una vez más...", gruñó en mi oído, inclinándose sobre mí mientras se mantenía firme detrás de mí.

No pude evitar el escalofrío que su tono amenazante y ronco provocó en mí. Él gimió, besándome a lo largo de la mandíbula mientras deslizaba su mano sobre mi vestido.

Maldita sea, qué manos tenía, y tan posesivas. No me habría sorprendido si actuaba de esta manera, atento y cariñoso, porque veía lo incómoda y fuera de lugar que estaba.

O tal vez estaba marcando su territorio, dejando que todos vieran que realmente se había casado conmigo y que me había hecho suya.

Nadie había asistido a nuestra boda. Un grupo moderado había estado presente en la recepción. Pero aquí, parecía que estábamos transmitiendo nuestro estado civil al mundo entero.

Entre la multitud de personas elegantes y frías que bebían y bailaban en el salón, los vi. Mi supuesta familia, que me había querido tan poco que conspiraron para obligarme a casarme con Declan.

Shane y Keira estaban juntos, aparentando ser una pareja enamorada. Desde la distancia, pude notar que fingían, actuaban con aparente tranquilidad, pero sus sonrisas no llegaban a los ojos. Sus miradas vagaban, inquietas.

"Debería follarte aquí mismo", susurró Declan en mi oído.

¿Tú también finges? Nunca había estado en público con él para saber si siempre actuaba así con una mujer. Disfrutaba de su posesividad ruda, pero parecía estar exagerando.

¿Es solo una actuación para ti?

Suspiré, odiando que aún pudiera ser tan desconfiada, tan rápida en asumir que él podría fingir que quería que me sintiera segura y deseada, incluso en público. Hasta ahora, solo había tenido la oportunidad de conocerlo en momentos privados, generalmente mientras hacíamos el amor.

Esto se sentía como una prueba. Un desafío. Y no estaba segura de si sabría si lo había superado, esta primera vez en público con él.

"¿Me follarías frente a todas estas personas?", lo desafié.

"No", suspiró, enderezándose, "ningún hombre verá tu cuerpo. Nadie más que yo".

Me mordí el labio. Maldición, estaba protector esta noche.

"Dec...", Ian me saludó con un breve y cortante asentimiento, "Smith quiere hablar contigo".

Él negó con la cabeza, apretando mi mano al situarse a mi lado. "No. Esta noche no".

Ian se encogió de hombros.

No sabía quién era Smith, pero esperaba que Ian lograra apartar a su hermano para hablar con alguien. Todavía no había encontrado la oportunidad de escabullirme. Solo necesitaba confrontar a mi padre y preguntarle por qué no se había pagado nada de las facturas de mi madre. Solo un minuto. Una charla rápida, pero Declan parecía incapaz de dejarme fuera de su vista.

Finalmente, encontré una oportunidad para apartarme.

"Quédate con ella", le ordenó Declan a Ian cuando fue llamado a hablar con algunos hombres mayores.

Ian asintió y retrocedió hacia mí, pero al ver que un hombre lo llamaba por su nombre, aproveché para escabullirme de mi cuñado también.

La última vez que vi a mi padre fue cerca de las bebidas. Levantando mi vestido para apresurarme hacia esa zona, giré la cabeza de un lado a otro, buscándolo.

Maldita sea. No podía verlo. Seguí buscando, estirando el cuello para ver más allá de todas esas personas que parecían necesitar un refresco del abundante alcohol disponible.

¿Dónde está?

Me sentía tan obvia, desesperada por encontrar tanto a mi padre como a mi marido. Necesitaba hablar con mi padre y obtener respuestas. Pero también tenía que vigilar dónde estaba Declan para que no viniera a acosarme con su sobreprotección nuevamente.

¿Debería ser honesta? Había estado debatiendo la opción de contarle todo. Hasta este momento, todavía no podía decidir si estaba cometiendo un error al mantener esto en secreto.

¿Qué sucedería si me derrumbara y le contara a Declan que solo me casé con él porque mi padre accedió a pagar las deudas de mi madre?

Temía su ira.

Me preocupaba que eso lo lastimara. Porque, aunque nos habían obligado a casarnos y lo hicimos sin amor, odiaba la idea de arruinar este lento crecimiento de afecto que parecía estar surgiendo entre nosotros.

Pero, ¿y si le digo, y una vez que sepa que mi madre es mi punto débil, intenta usar eso en mi contra también?

"¿Cara?".

La voz altanera de Keira me detuvo en seco. Me giré hacia ella, encontrándola en un vestido burdeos que hacía que su rostro se viera aún más rojo, y manchado. O tal vez era la iluminación. Me acerqué a ella con cautela.

Esta mujer nunca había tenido palabras amables para mí, y no tenía razón para bajar la guardia ahora.

"¿Dónde está mi padre?".

Ella resopló. "*¿Tu padre?* Mi esposo nunca ha sido *tu padre*. Solo es un donante de esperma. Shane es el *padre de Saoirse*".

Rodé los ojos, sacudiendo la cabeza. Siempre había sido tan rencorosa, tan empeñada en borrar el hecho de que mi padre alguna vez salió con mi madre y me tuvo a mí. Como si fuéramos una mancha en su control sobre él.

"¿Dónde está?", exigí, consciente de que se me acababa el tiempo. Declan pronto vendría a buscarme.

"No es asunto tuyo", respondió Keira, mirándome de arriba abajo con desprecio evidente en su mirada mientras mi hermanastra se unía a nosotras.

"Es asunto mío...", insistí, dando un paso adelante sin temor, "necesito saber por qué las deudas médicas de mi madre no han sido pagadas. Por qué él no ha cumplido con su parte del trato".

Keira sonrió con presunción, lanzando una mirada a Saoirse mientras se reía.

"Respóndeme", exigí nuevamente, pero Keira solo soltó una risita aguda que me crispó los nervios y encendió aún más mi ira.

"Nunca dijimos cuándo pagaríamos nada para Nora", dijo, ladeando la cabeza y sonriendo con suficiencia, como si hubiera estado esperando este momento. "Podría ser... en años".

Apreté los dientes, dando un paso adelante con la urgencia de estrangularla. "Son unos mentirosos".

"¿Necesitas dinero?", se burló Keira. "Pídeselo a tu 'esposo'".

Saoirse se rio con desdén. "¿Qué tal es ser una estúpida y fea idiota casada con un bruto como él?".

"No tienes derecho a hablar de mí...", la advertí, "ni de él, perra."

Keira soltó un grito ahogado, levantó la mano y me abofeteó con fuerza. El dolor punzante recorrió mi mejilla, y cuando mi cabeza se echó hacia atrás, mi cabello se sacudió hacia un lado.

"No te atrevas...", gruñó Keira, con una furia contenida. "¿Cómo te atreves a ser tan irrespetuosa con tu hermana!".

"¡Tú...!" Me lancé hacia ella, pero Keira giró sobre sus talones y se deslizó entre la multitud. La risa burlona de Saoirse quedó flotando en el aire, y antes de que pudiera abrirme paso a través de la gente para perseguirlas, las perdí de vista.

Me detuve casi en el centro del salón, cerca de la pista de baile, dejando caer los brazos en un gesto de frustración.

"¡Joder!", susurré para mí misma, escaneando el lugar con la mirada.

Quería hablar con mi padre, exigirle que cumpliera con su parte del trato. No podía haber pasado por todo esto para nada. Me negaba a considerar la posibilidad de haberme casado con un extraño solo para abandonar a mi madre y no asegurarle el futuro que se merecía.

Mientras giraba, impaciente por encontrar a mi padre, mis ojos se toparon con Declan.

Con el ceño fruncido, se apresuró a acercarse a mí, abriéndose paso entre la multitud con una expresión tan severa que mezclaba preocupación y enfado.

"¿Dónde te metiste?", preguntó, claramente molesto.

Me giré ligeramente, mostrando más de mi perfil. Mi mejilla aún ardía, y me preocupaba que pudiera notar la marca de la bofetada de Keira.

"Solo quería caminar un poco", respondí, derrotada al haber perdido la oportunidad de hablar con mi padre.

"No me digas que ya necesitas otro respiro de aire fresco", bromeó, con un tono suave. "Hace apenas quince minutos que lo hicimos".

Le sonreí, deseando poder sentir el efecto completo de su suave burla.

"Oye", frunció el ceño de nuevo, alcanzando a tocarme con suavidad. "¿Qué pasa?".

Intenté mantenerlo a un lado, ocultando la vista completa de mi otra mejilla. "Solo quiero irme". No era mentira, pero estaba lejos de ser toda la verdad.

Suspiró, sin dejar de observarme con atención. "Lo haremos".

"Simplemente no encajo aquí. No pertenezco a este lugar".

"Sí perteneces...conmigo".

"Es el único lugar donde quiero encajar". Y lo dije con sinceridad. Ahora que estaba de nuevo a su lado, cerca de su cuerpo poderoso y su actitud de no dejarse intimidar, me sentía más fuerte. Más tranquila.

"¿Qué demonios es esto?".

Frunció el ceño, levantando la mano para sujetarme la mandíbula y girar mi rostro hacia él.

Oh, joder.

"¿Estás herida?".

"Yo...", cerré los labios con fuerza mientras él pasaba el pulgar sobre la rojez en mi mejilla.

Fue suave, su toque dejaba ver que estaba preocupado... y fue reconfortante.

Siempre era tan sorprendente presenciar este otro lado de él que me mostraba.

"Dime, Cara...", su mandíbula se tensó mientras me miraba con furia contenida, "dime en este instante quién demonios se atrevió a tocarte".

Furioso, también. No podía olvidar su estado predeterminado.

"¿Quién demonios te hizo daño?", exigió saber, con la rabia ardiendo en sus ojos.

DECLAN

Declan

Noté el rojo en su mejilla a causa de algún golpe. Todo mi cuerpo se tensó con la necesidad de matar a alguien. No a cualquiera. A la persona que se había atrevido a golpear a mi esposa.

"Cara...", traté de contener mi ira. Ardía, contenida en mi interior mientras luchaba por hablar con la mayor calma posible. La paz ya no existía. Solo quedaba la rabia.

"¿Quién te hizo daño?"

Ella negó con la cabeza, bajando la mirada mientras suspiraba. "Nadie".

"Nadie...", le apreté los brazos con más fuerza, "no mientas, no trates de decirme que te golpeaste con una maldita pared".

El segundo en que la dejé, fue herida. Era uno de mis mayores temores, perderla. Ahora que la había encontrado, me negaba a considerar que la perdería. La vida siempre era peligrosa. La gente era herida y asesinada a diario, especialmente en nuestras vidas, donde lidiábamos con negocios y control en el mundo criminal.

Cara se suponía que debía estar por encima de eso. Debería ser inalcanzable por cualquier otro hombre, por cualquier amenaza.

Y yo había fallado.

"Me golpeé con algo...", carraspeó, frunciendo el ceño, "con alguien".

"¿Quién?", exigí, controlando el tono de mi voz..

Ella se encogió de hombros, aflojando mi agarre. "Un camarero. ¿Un servidor? No sé cómo los llaman ustedes, los ricos. Uno de esos tipos con esmoquin que llevan bandejas de bebidas".

Rechiné los dientes, aún más enfurecido.

Ella estaba mintiendo. Era una mentira tan obvia. No conocía todos sus signos, pero sentía la

decepción entre nosotros.

No me mientas, maldita sea. No lo hagas.

Quería creerle, pero no podía. Anhelaba una razón para entender por qué intentaba mentirme, pero no era el momento para esta estupidez.

Tampoco era el lugar adecuado. La lección sobre mentirme se la enseñaría en otro momento. Esa porquería no se toleraría. Pero estaba harto de esta estúpida fiesta. Ya habíamos llegado. La gente nos había visto. Todo eso ya había pasado, y ya no quería quedarme aquí.

Tenía que ver su mejilla. Quería hacerla sentir segura de nuevo. Y más que nada, tenía que llegar al fondo del asunto y saber quién se había atrevido a tocarla, por no decir herirla.

"Ian".

Él estaba allí, preocupado y atento como siempre.

"Pregunta a los hombres. Averigua con quién habló ella por última vez".

Cara se estremeció, pero aún mantenía la mirada baja. Sabía que tenía ojos y oídos en todas partes. Aunque desearía poder obtener la verdad de ella de inmediato, sabía que era mejor no presionarla ahora. Aprendería. Sabría que no debía mentirme. Y si era un maldito accidente, algún servidor que se estrelló contra ella, sería despedido.

O incluso asesinado.

Nunca me disculparía por vengar el más mínimo agravio en su nombre.

"Vamos". Tomé su mano, aliviado de que no se apartara de mi toque ni intentara acobardarse. Ella sujetó mis dedos con fuerza, como si necesitara la seguridad de mi contacto.

Maldita sea. Ojalá nunca hubiéramos venido. Quedarnos en casa, con ella, siempre sería la mejor opción.

Salimos del salón, pero antes de llegar al coche en el estacionamiento, un par de hombres se acercaron.

"Ahora no, Peter. Por el amor de Dios, hazte a un lado".

Boyle me ignoró, no hizo caso. Bloqueó mi salida. Su compañero, ese mismo idiota que había acusado a mis luchadores de hacer trampa, estaba junto a él, impidiendo aún más que Cara y yo pudiéramos irnos. En cualquier momento, mis hombres llegarían. Había encomendado a Ian hablar con ellos, pero siempre había alguien siguiéndome, nunca muy lejos, eso es una parte fundamental del liderazgo. Raramente me encontraba solo.

"No me voy a mover...", Peter argumentó, "escuché una historia interesante recientemente. Algo sobre tu intento de reclamar el derecho a la riqueza de mi familia".

Fruncí el ceño, manteniendo a Cara cerca. "¿Qué demonios querría yo hacer con tu dinero sucio? Los Sullivan siempre hemos tenido más de lo que tú podrías soñar".

"¿Riquezas y mujeres, eh?", bromeó su amigo, mirando a Cara.

"Cállate", dijo ella con desdén.

"Sí...", Peter dijo, inflando el pecho como si fuera un tipo duro, "me dijeron que estabas tratando de adueñarte de nuestro nombre, nuestra influencia, casándote con alguien relacionado con un Boyle".

"¿Qué?". La confusión de Cara se dejó ver con su pregunta de una sola palabra. Miró de mí a él, y con esa distracción, no fui lo suficientemente rápido para sacar mi arma antes de que Peter levantara la suya.

"Cállate...", dije mientras levantaba mi arma de la funda, "eso no es más que un maldito rumor".

"Yo también lo pensé al principio", dijo el segundo hombre.

Cargué mi arma y la apunté hacia él. Solo lo estaba pidiendo, apuntándome con la suya. "¿Y de dónde sacaste eso? ¿Quién te contó ese rumor?", exigí. Mi padre me había dicho que fue Keira quien comenzó esa falsedad, pero al hablar con otro amigo esta noche, cuando me apartaron esa única vez y Cara resultó herida de alguna manera, supe que no era ella.

"¿Shane Murray?", adiviné, completando la información para él.

Peter asintió, sin bajar su arma.

"Sí...", dijo el otro hombre, "Murray". Sonrió a Cara, "tu papá". Al estirarse para tocarle el brazo, ella le apartó la mano.

"No me toques", advirtió, acercándose a mí.

Empujé mi arma hacia él.

"Te has encontrado con una mujer con carácter, ¿eh?", se burló.

"Espera un momento". Peter le dio una palmada a su compañero, callándolo. "¿Por qué inventó Shane esa artimaña en primer lugar?".

"Porque me debe mucho dinero. Le debe mucho dinero a Donal Sullivan, y al parecer aún no quiere pagar".

El secuaz se rió. "¿Qué, te llevas a su hija y también quieres su dinero?".

Peter frunció el ceño, dándole un codazo. "Cállate".

"Murray le debía dinero a mi padre antes de que mi esposa naciera. Sus deudas vienen de hace mucho, y sí, voy a cobrarlo".

Peter parecía inconforme. "Entonces, ¿por qué inventó que tu esposa está relacionada con un Boyle?".

"No estoy relacionada", insistió Cara, aún sin entender lo que estaba pasando.

"A través de tu puta madre...", dijo el otro hombre, "el rumor era que tu madre es de la familia

Boyle".

"¡No la llames puta! "

La sujeté, molesto de que intentara abalanzarse sobre ellos cuando llevaban armas.

"Entonces, déjame adivinar...", dijo Peter, disfrutando demasiado de esto. "¿Él inventó que estás tratando de entrar en la familia Boyle con la esperanza de qué, ¿qué, yo te matara y él no tendría que pagar?".

Eso es exactamente lo que creo que pasó.

"Quiero decir...", Peter sonrió con suficiencia, "nunca rechazaría la oportunidad de eliminar a un pedazo de basura como tú de la faz de la tierra".

"Que te jodan...", advertí, "déjanos pasar antes de que mis hombres se encarguen de ti".

"¿Y por qué demonios debería hacer eso?", Peter colocó su arma en un saliente empotrado en la pared de ladrillo. "Cuando sería mucho más divertido ver si el infame Declan Sullivan vale la mitad del peleador que dice ser".

Apreté los dientes, sabiendo exactamente lo que estaba buscando.

Desafiarme, intentar divertirse, provocarme. Incitarme a una pelea solo para demostrar un punto estúpido.

Lo había golpeado antes, y parecía que era el momento de recordarle lo mal que lo había vencido la última vez.

"Retrocede", le pasé a Cara mi arma, sin confiar en que este segundo Boyle no la agarrara.

¿Dónde demonios está Ian? No necesitaba refuerzos. No para mí mismo. Podía derrotar a este imbécil, a los dos. Pero tenía que asegurarme de que Cara estuviera a salvo. No quería decirle que corriera hacia el salón de baile. Ella estaba más segura conmigo. Nadie la defendería tanto como yo.

Mis manos estaban atadas, y parecía que ella no era una novata con el arma. Levantó mi pistola con ambas manos, temblando, pero con un agarre adecuado.

"Te vas a arrepentir de esto", le advertí mientras me preparaba para pelear. Moviendo los dedos, le hice una señal para que viniera a por mí.

"No, no lo creo". Sonrió, dando una ligera vuelta, calculando su enfoque. "Vas a arrepentirte de mostrarle a tu esposa lo débil que eres".

La pelea comenzó ni bien mi puño dio en su cara.

No era tan malo como pensaba, pero estaba bien. No había bajado la guardia y no lo haría. Su técnica era deficiente, pero tenía potencia en los golpes que lograba darme.

El tiempo se desvaneció. La expectación y la adrenalina de la violencia me llenaron, y no sabía si peleamos durante segundos o minutos.

Mis nudillos sangraban, pero a él le faltaba un diente. Nuestros cuerpos llevarían las pruebas de una dura batalla. Nos golpeamos y pateamos, nos lanzamos y derribamos al pavimento. Durante toda la pelea, traté de mantenerme entre él y Cara, para mantenerla en mi espalda y no solo enseñarle a este idiota Boyle una lección sobre cómo provocarme, sino también protegerla del otro hombre que había dado un paso atrás para dejar que su compañero manejara este desafío innecesario.

"No me sorprendería que intentaras casarte con alguien relacionado a nuestra familia", se burló Peter, mostrando una sonrisa maníaca con los dientes ensangrentados. "Porque no eres más que escoria. No eres más que un desperdicio de espacio".

Gruñí, harto de su estupidez. No me importaba su familia. No quería estar alineado con mi enemigo. En lo que a mi respecta, los Boyle podían pudrirse en el infierno, pero las provocaciones de Peter me habían sacado de quicio.

"No me rebajaría a inventar un maldito rumor sobre la familia de mi esposa". Miré a Cara, molesto por la cercanía del otro hombre. Ella sostenía el arma, pero su preocupación estaba centrada en mí.

Peter gruñó y me golpeó con un puñetazo en la mandíbula mientras estaba distraído. "Como si no fueras capaz".

"¿Sugieres que soy un mentiroso?". Estaba cansado de las mentiras, de que la gente me engañara, de preguntarme quién más intentaría hacerlo.

Me lancé hacia él más rápido de lo que pudo haber contado. Lo derribé al suelo, rodeé su cabeza con mis brazos y lo inmovilicé en una llave de estrangulación. Mis bíceps temblaban, mi codo se esforzaba al máximo. Con Peter atrapado en el agarre, apreté mi puño para profundizar la presión sobre su cuello.

Hasta la muerte, hijo de puta.

Mientras luchaba, en medio de su pánico al darse cuenta de que su vida estaba a punto de terminar, un disparo resonó. Luego otro. Cara gritó. Y otro disparo más.

Un dolor ardiente se clavó en mi brazo, y fue todo lo que necesitó el otro hombre para disuadirme de matar a Peter. Gemí, torciendo el rostro por la herida, y traté de mantener a Peter en la llave de estrangulación.

"¡Cara!". La miré, preocupado de que ella hubiera sido lastimada. Tenía que haber disparado al menos una vez.

Peter se zafó de mi agarre y me apresuré hacia Cara para recuperar mi arma. Cuando llegué, Peter había recuperado la suya.

"Que te jodan, De...".

Me giré, recibiendo la bala que había disparado hacia ella. La bala pasó rozando mi brazo, cortando la carne donde ya había sido herido.

Empujar a Cara la había salvado. La aparté a tiempo y, al completar mi giro, disparé contra ambos hombres con rapidez. Cayeron al suelo, muertos, con balas atravesando sus cerebros desde el tiro limpio entre sus ojos.

Exhalé un profundo suspiro mientras el sonido de pasos apresurados se acercaba.

"¿Declan?", Ian apareció.

Cara gimió, extendiendo su mano hacia mí. Exhalé otro largo respiro, mirándola aterrorizada y atónita en el pavimento. Luego, con otro parpadeo, me sentí mareado, exhausto por la rápida pérdida de sangre.

"¿Estás bien?".

Ella se apresuró a levantarse. "¿Qué si estoy bien?". Sus brazos se alzaron. Con un primer paso tembloroso, se acercó a mí, y me apoyé en su abrazo.

CARA

Cara

Mi corazón latía con tanta fuerza que mi pecho dolía. Mi garganta se tensaba al intentar tragar, pero estaba cargada de emociones intensas y de una adrenalina inmensa.

Una mezcla de miedo e ira seguida de una preocupación abrumadora.

Declan suspiró y se apoyó en mí, y su peso me brindó consuelo.

Él estaba en pie y respiraba. Seguía con vida.

Pero el miedo consumidor de haber estado tan cerca de perderlo tardará mucho más en desaparecer.

"¿Estás...?". No me atreví a preguntarle si estaba bien. No podía estarlo. Había luchado con todas sus fuerzas, estaba agotado y golpeado por el esfuerzo. Luego, recibió al menos un disparo. Sobrevivió, pero hasta que supiera qué tan herido estaba, no podría sentirme tranquila.

Nunca había estado tan cerca de la violencia. Nunca había apuntado un arma a una persona. Aunque estaba acostumbrada a enfrentarme a animales salvajes o indómitos, nada se comparaba a estar cerca de hombres armados y con intenciones agresivas.

"No". Declan se quejó al retroceder para mirarme mejor. Ian se acercó rápidamente y otros hombres se apresuraron con él.

"¿No?", Tragué con dificultad, preocupada aún más al escuchar que Declan admitía estar herido.

"No, no te preocupes por mí. ¿Estás bien?". Sus ojos llenos de preocupación se dirigieron a mi estómago. "¿Te hice daño con la caída?".

La realidad me golpeó de lleno. Estaba preocupado por mi cuerpo. Por si pudiera haber caído sobre mi estómago. *Por si pudiera haber lastimado al bebé que él espera con desesperación que esté en camino.*

Eso me dolió, tenía la esperanza de que yo también importara...solo yo. La culpa volvió a surgir,

provocando vergüenza en mi mente.

No habrá bebé.

"Estoy bien".

"Vamos a casa", dijo Ian, sin siquiera comprobar si su hermano estaba bien. Supongo que, en su mundo, en su código, si un hombre estaba en pie, respirando y hablando, sobreviviría.

Los guardias de Sullivan revisaban los cuerpos en el suelo, pero apenas les eché un vistazo mientras Declan me guiaba hacia el estacionamiento.

"Declan", sacudí la cabeza, incapaz de liberar la ansiedad que me envolvía.

Si lo perdía. Si estaba herido y moría...

"Se acabó", dijo simplemente mientras Ian cubría nuestras espaldas, apresurándonos a tomar el primer vehículo que llegó.

Anoche, Declan había querido quedarse en la ciudad, cerca del salón de baile. Mi pedido para que me ayudara a elegir un vestido se convirtió en una hora de retraso, y luego otra más. Tanto así que terminamos enredados en la cama toda la noche, en casa, en el castillo, y solo llegamos a la gala justo antes de que comenzara.

El plan era quedarnos en la ciudad esta noche, pero me alivié al ver que el conductor estaba llevando el coche a la casa familiar, devuelta al castillo. Durante casi un mes, estaba cansada de sentirme prisionera allí. Desde que Declan y yo llegamos a un entendimiento y encontramos nuestro camino de uno al otro con sexo apasionado, se había convertido en un lugar de refugio, de seguridad que podía compartir con él.

Me alegraba que fuéramos allí, y en el asiento trasero trataba de mantenerme al margen, pero también de ayudar mientras Ian le pasaba gasas desde el asiento delantero.

"Aquí". Tiré de la manga de Declan cuando él tuvo problemas para quitarse la camisa. La tela se rasgó, pero no me importó.

"Quita su camisa", ordenó Ian.

Asentí. Había ayudado con muchas ovejas y caballos. Declan era un hombre, pero no debería ser tan diferente. Mientras el vehículo avanzaba a gran velocidad, Ian me pasó gasas para comprimir las heridas.

"No le tienes miedo a la sangre, ¿verdad?", preguntó.

Miré a Declan, preocupada al escuchar su quejido al tratar de quitarse la camisa. Le ayudé, desgarrándola y quitándola al fin.

"No, dame esa botella de agua...", le pedí, "necesito irrigar la herida".

"¿Acaso también eres una maldita doctora?", bromeó Declan, apretando los dientes mientras rociaba agua sobre los cortes.

"No". Al pensar en un médico, recordé a todos los que mamá tuvo que ver. Todos los que intentaron mantenerla cómodamente viva durante tanto tiempo. Los privilegios privados para una atención médica avanzada y rápida en los que estaba atrasada con los pagos.

Juntos, con Ian pasándome los suministros de primeros auxilios desde el asiento delantero, ayudamos a Declan en el trayecto de regreso a casa. Envolví su brazo, aliviada al ver que parecían más rasguños que otra cosa. Su piel estaba desgarrada. Los tatuajes que allí estaban ahora estaban destruidos, pero no vi músculos expuestos. Eran lo suficientemente profundos como para causar dolor, si las muecas en su rostro eran una indicación, pero parecían lo suficientemente superficiales como para que una simple línea de puntos pudiera curarlas.

Puntos que no estaba segura de poder darle en el camino, incluso si tenía los suministros a mano.

"Nos estará esperando cuando lleguemos", le dijo Ian a Declan, explicando que había llamado a la casa para solicitar la presencia de un médico de la familia.

Qué suerte. Médicos privados y familiares. Me parecía tan incorrecto sentirme así, pero no podía evitar recordar la burla de mi madrastra, diciendo que si necesitaba dinero para mi mamá, podía pedirselo a mi esposo rico.

Nunca debí haber considerado esa opción. Mi padre debía cubrir los gastos. Aún no podía saber si Declan usaría las enfermedades de mi madre en mi contra.

No debería hacerlo. No quería pensar que pudiera ser tan cruel. Vi la preocupación en su rostro cuando se puso de pie. Había recibido un disparo por mí y me había empujado a la seguridad. Eso contaba. Tenía que contar más que cualquier otra cosa y servir como un verdadero ejemplo de cuánto estaba empezando a importarme.

Quizá le importara tanto que no querría lastimarme.

"Cuéntame qué pasó...", dijo Declan, tomándome de la mano mientras regresábamos a casa, "cuando luché con Peter".

Me humedecí los labios y se lo expliqué a ambos hermanos. Cómo el otro hombre había intentado acercarse a mí, pero lo había advertido con el arma.

Declan frunció el ceño. "¿Has usado alguna vez un arma de fuego?".

Asentí, luego sacudí la cabeza.

"¿Cuál es la respuesta?", preguntó Ian.

"He usado un arma con animales salvajes, pero no contra una persona". Parecieron conformarse con eso, así que continué. "Cuando intentaste...", hice una pausa, "ahogar al primer tipo, el otro disparó contra ti. Yo le disparé, pero fallé. Luego él disparó de nuevo, pero también falló".

Nunca había sentido tanto miedo en mi vida. No solo por la posibilidad de morir, sino por no poder ayudar a Declan. Si yo moría, mi madre estaría en problemas y también fracasaría con ella.

Respiré hondo, aliviada al ver que estábamos llegando al castillo.

Aferrándome a Declan, lo seguí al interior. Para mi sorpresa, él se apartó y se dirigió al médico.

"Puedo ayudar", ofrecí.

Sacudí la cabeza, suspirando. "Solo ve a descansar, luego iré contigo".

Fruncí el ceño, preocupada por si lo había decepcionado.

¿Porque mentí? Me había costado enfrentarme a él después de inventar esa historia sobre un camarero golpeándome la cara, pero no tenía otra opción.

No podía decirle que Keira me había abofeteado porque habría querido saber de qué hablamos. Y si le contaba sobre las deudas de mi madre...

Mi estómago se hizo un nudo. La náusea recurrente volvió. Había ido y venido durante los últimos días, y me preguntaba si era una reacción al sexo constante. Mis periodos nunca habían sido muy regulares, debido a esos problemas de hace tiempo, y me preguntaba si estaba pasando por otro episodio de síndrome premenstrual demasiado pronto.

Ahora mismo, me sentía enferma por la preocupación. Por mentirle a Declan. Por no decirle lo de mi madre. No sabía qué hacer, y con el corazón pesado observé cómo se dirigía a la cocina con el médico.

"¿Estás bien?", me preguntó Ian mientras me desplomaba en el sofá del salón principal. Debería haber subido a la habitación, pero quería estar cerca, para subir con mi esposo. El médico lo ayudaría. Declan parecía estar bien, pero aun así me preocupaba. Verlo luchar y recibir una bala me había quitado unos años de vida.

No hay duda. Me importaba mucho.

Miré a mi cuñado. "Sí. Yo...", suspiré, "estoy bien".

Cuando no se fue, me pregunté por qué se quedaba. Parecía sospechoso, y me sentía a la defensiva. "¿Qué pasa?".

No había hablado mucho con Ian, pero eso no significaba nada. Aparte de una o dos conversaciones con Riley, solo hablaba con Declan aquí.

"Estoy al tanto de cómo saliste corriendo en la boda".

Suspiré, dejando caer la cabeza contra el respaldo del sofá. "Esa fue la *única* vez".

"¿Entonces no debería preocuparme que intentes huir mientras Dec está vulnerable y herido?".

Me levanté, molesta. "¿Vulnerable?". Crucé los brazos y lo miré con desdén. "¿Alguna vez lo has visto vulnerable?".

Casi sonrío.

"No voy a huir", prometí mientras pasaba a su lado y subía las escaleras.

Era la verdad. No podía escapar de aquí, y no tenía deseo de alejarme del hombre al que llamaba

esposo. ¿Cómo podría querer irme cuando él me hacía sentir tan libre, tan cuidada y valorada?

Esa pelea en el estacionamiento parecía tan brutal y horrible, pero no había visto a Declan como nada más que un héroe. Un protector valiente y fuerte. No un villano. No un 'chico malo' como parecía pensar mi hermanastra.

Declan era áspero y brusco, sin embargo, había visto la dulzura y ternura que escondía bajo la oscuridad para saber que no era todo malo.

Quería quedarme con él. Mientras subía las escaleras, preguntándome si volvería a verlo en mi habitación, me comprometí a ser honesta.

Con respecto a todo.

La razón por la que me asusté de él al principio. El trato que había hecho con mi padre para tomar el lugar de mi hermanastra y convertirme en la novia. Por qué tenía miedo de decírselo.

Todo.

Incluso el peor secreto sobre mi infertilidad. Tenía todo el derecho de saber que no podía darle un hijo, y me sentía más enferma de ansiedad al ocultárselo.

Todo. Tenía que decirle todo.

Si quería admitir cuánto deseaba quedarme y ser verdaderamente su esposa, para siempre, él debía conocerlo todo.

Era lo justo. La vergüenza me consumía mientras abría la puerta de mi habitación y la cerraba tras de mí. Me sentía terrible, culpable y miserable, en el fondo sabía que mientras más tiempo mantenía el secreto peor serían las consecuencias.

Apoyando la cabeza contra la puerta cerrada, dejé caer los hombros y respiré a través del dolor de saber que le había fallado al no ser sincera.

Mi teléfono sonó, sacándome de mi estado de preocupación y melancolía.

Fruncí el ceño, estirándome para alcanzar el teléfono en la mesita de noche. No había considerado traerlo. ¿Para qué? Oscar y mi madre no se pondrían en contacto conmigo. Esperarían a que yo me comunicara con ellos, con la recepción irregular que pensaban que tenía.

Pero no era ninguno de ellos. El número en la pantalla me parecía vagamente familiar, pero no podía ubicarlo.

"¿Hola?", contesté, mirando hacia la puerta. Estaba preocupada por quién podría ser. Declan quería que usara el teléfono solo para hablar con mi madre, y sabía que él se enojaría y vería esto como una infracción de las reglas.

"¿Cara Gallagher?", preguntó la mujer.

"Sí".

"Estoy llamando del hospital. Usted está registrada como el único contacto de emergencia para

su madre. ¿Nora Gallagher es su madre? Le informamos que acaba de llegar al Departamento de Urgencias".

Inhalé rápidamente y contuve el aliento.

Una vez más, sentí que mi mundo se desmoronaba. La sensación de que todo se venía abajo amenazaba con sofocarme de nuevo, por segunda vez esta noche.

DECLAN

Declan

Ian entró en la cocina justo cuando el médico terminó de coserme. Riley le pasó un vaso de whisky, y yo levanté el mío vacío para que ella lo recogiera.

"Frank está aquí", anunció mi hermano.

Miré mis nuevos puntos de sutura y luego al guardia que entraba en la sala. Estaba con nosotros en la gala, todavía era uno de los principales guardias de Cara, así que me pregunté por qué parecía estar llegando solo ahora.

"Se quedó para ayudar a limpiar", dijo Ian mientras Frank se desplomaba en un taburete junto a la isla.

"Voy a revisar a tu padre, y luego me iré", dijo el médico luego de recoger sus cosas.

"Gracias". Me volví hacia Frank, dispuesto a darle dos segundos de mi atención antes de ir a buscar a mi esposa. No me importaba si ella decía que no estaba herida. Yo había visto que sí lo estaba. Tal vez no por mi empujón para protegerla, pero sí por la mano de alguien más en el momento en que la dejé sola.

"También estuve cerca de Cara cuando se apartó en la gala", dijo Frank.

"¿Se apartó?". No me gustaba el término. Le había pedido a Ian que se quedara con ella, pero alguien más había intervenido y lo encontró. No lo culpaba. Cara también podría haber permanecido cerca de él, pero se había alejado de su lado.

"Ella buscó a su madrastra...", Frank continuó, "las vi desde la distancia, el lugar estaba demasiado abarrotado como para acercarme lo suficientemente rápido. Luego, su hermanastra la abofeteó".

"¿Saoirse?". Sabía que la mujer más joven era una bruja, pero ¿por qué?

"No estaba lo suficientemente cerca, y otro invitado bloqueaba mi vista desde un lado, pero vi claramente a Cara discutiendo con la hermanastra, o ambas diciendo algo con vehemencia, y

luego vi su mano contra la mejilla de Cara y su cabeza retroceder. Ambas mujeres Murray se alejaron, pero cuando logré alcanzarla, tú ya la habías encontrado".

"Gracias". Esta extraña sensación de estar en la oscuridad tenía que detenerse ya. Me levanté y los dejé, dirigiéndome directamente a la habitación de Cara.

Y la encontré llorando.

Todo este tiempo, me preguntaba si ella era tan resistente, tan dura por fuera, que sería capaz de llorar. Ahora tenía mi prueba.

"¿Cara?". Cerré las puertas detrás de mí y me apresuré a sentarme a su lado en la cama. "¿Qué pasa?".

Ella sollozaba y se limpiaba las mejillas, tan derrotada que no tenía fuerzas para pelear. No se inmutó ante mi presencia. No había ninguna mueca o comentario sarcástico para discutir conmigo como solía hacer.

En lugar de eso, me miró y me mató con sus ojos vidriosos y tristes. "El hospital acaba de llamar. Mi madre ha sido llevada a la sala de urgencias".

No me moví, atrapado en los recuerdos de todas las veces que Ian y yo habíamos estado entrando y saliendo de la sala de urgencias por mi padre. Nunca era fácil, y la preocupación por un padre no es algo menor. "Siento mucho escuchar eso". Lo sentía de verdad, y esperaba respaldar mis palabras con una mano sobre la suya. Su piel se sentía tan fría al tacto, y me pregunté si estaba entrando en estado de shock o algo así.

"¿Ha estado enferma? ¿O...?". Me sentía estúpido e improvisado. No sabía nada sobre su madre, excepto su pasado, que no era una Boyle.

"Desde hace años". Se incorporó un poco, aunque parecía tan abrumada. "Sufre de una enfermedad autoinmune, cáncer intermitente, una infección... la lista es larga".

Joder. Eso parecía mucho.

"Y ahora está en el hospital. Obviamente, no puedo ir a verla porque estoy aquí. Además, el médico que mejor ha cuidado de ella no está cooperando porque estoy atrasada con todas las facturas". Frunció el ceño, apretando su mano libre en un puño y presionándolo contra el colchón.

"¿Qué?". La miré, atónito. Esto era mucho para asimilar, pero no parecía correcto. ¿Atrasada con facturas? ¿Qué facturas? Ella vivía aquí, y su madre seguramente tenía su propio ingreso en casa.

Bajó la cabeza, pero la levantó de inmediato. "Lo siento, Declan. Siento mucho no haber sido honesta".

Me preparé para un golpe brutal de verdad. Debería haberme alegrado de que estaba reconociendo su deshonestidad, pero detestaba la sensación de haber estado siendo manipulado o engañado.

"Acepté casarme contigo porque a cambio mi padre dijo que me haría un 'favor' si lo hacía. Él y

Keira no querían que Saoirse se casara contigo, así que me usaron. Nunca me habían reconocido, salvo aquella vez en que mi madre exigió que él cubriera mi factura del hospital en la ciudad. De otro modo, no nos veíamos. Me habían borrado de sus vidas, pero cuando llegó el momento de evitar que su querida hija se casara contigo, yo era una alternativa conveniente".

Lo había sospechado. "¿Cuál era el favor?".

"Dijo que cubriría toda la deuda pendiente de mi madre. Todos los costos médicos y las facturas. Todo. También acordó financiar su inclusión en la lista para un trasplante de riñón. Si no tiene esa cirugía, sufrirá durante años, crónicamente".

La ira comenzó a calentarme lentamente, pero ahora se avivaba más rápido. La necesidad de hacerle daño a ese miserable cobarde era casi insoportable. "En la iglesia". Entrecerré los ojos mientras recordaba el momento en que Cara se había palidecido y aceptado tan rápidamente casarse conmigo en el altar. "¿Qué recibiste en tu teléfono que te hizo cambiar de opinión?".

Ella se secó las mejillas. "Realmente no cambié de opinión. A cambio de la salud de mi madre y para no estar ahogada en deudas, acepté casarme contigo antes de saber quién eras. Cuando te vi, tenía miedo. Parecías tan enojado e impaciente, yo solo tuve una reacción instintiva. Luchar o huir. Y hui, pero luego me recordé lo que estaba en juego".

Apreté los dientes. "¿Entonces qué viste en tu teléfono?", exigí nuevamente.

"Keira me envió un mensaje de texto. Había recibido una copia de un documento sobre mi madre estando en la lista de espera para el trasplante, y me amenazó con pagar para que la sacaran de la lista si no seguía con su plan".

Me puse rígido. "Ese era el trato que mencionaste esa vez".

Asintió mientras una nueva lágrima recorría su mejilla suave. "Sí, lo siento tanto por no explicarlo antes".

No podía enojarme con ella. Había hecho lo mismo que yo. Yo había forzado a Shane a darme a su hija a cambio de saldar su deuda, solo que yo cambié de opinión después del hecho.

Demonios. ¿Él hizo lo mismo con ella?

"Déjame adivinar". Pensé en sus palabras. Eso de estar atrasada con las facturas. "Él no pagó, ¿no es así?".

Ella sacudió la cabeza. "Cuando me disté mi teléfono ayer, llamé a casa, y el cuidador de los caballos, que es como un tío para mí, mencionó algo que no encajaba. Entonces, me conecté en línea y vi que todavía se debía todo. Tú entraste justo cuando estaba a punto de llamar a mi padre para preguntar qué estaba pasando, pero luego decidí preguntarle en persona en la gala".

Sacudí la cabeza. "¿Pero te acercaste a Keira en lugar de a él?".

Ella frunció ligeramente el ceño. "No pude encontrar a mi padre. Ella me encontró primero, y rio en mi cara cuando le pregunté sobre el pago de la deuda. Dijo que nunca aclararon cuándo la pagarían y sugirió que probablemente no lo harían".

Murray tiene los días contados.

"¿Por qué te dio una bofetada tu hermanastra?", continué, mirando su mejilla nuevamente. "Eso es lo que vio Frank".

Ella suspiró y bajó la mirada. "No ha sido ella. Fue Keira".

Apreté los dientes y traté de controlar la oleada de furia que se intensificaba dentro de mí.

"Toda mi vida he estado trabajando y tratando de salir adelante. Cuando me pidieron que hiciera algo por ellos para cubrir los problemas de mi madre, acepté sin dudar. Tenía que hacerlo. He estado tan exhausta durante años, pensando que no habría salida de esa vida, sin nada a lo que mirar con esperanza, salvo el trabajo y la preocupación de no poder asegurar su lugar en la lista de trasplantes".

Suspiré, inclinando la cabeza. "¿Por qué no me lo dijiste?".

Ella soltó una risa débil y llorosa. "¿Cuándo? ¿Cuándo me cogiste y luego te fuiste? ¿Cuándo dejaste claro que no importaba más que como medio para darte un hijo, un heredero?".

Eso era culpa mía, no podía negarlo. Antes de conocerla en absoluto, así la había tratado, con cautela de que no duraría.

Ahora, sin embargo...

"Y ni siquiera puedo hacer eso". Cubrió su rostro, escondiéndolo entre sus manos mientras lloraba suavemente de nuevo.

"¿Qué?". El sonido de sus lágrimas me desgarraba, pero no podía acercarme a consolarla hasta entender. ¿No puede qué?

"No puedo darte nada. No puedo darte un heredero".

Fruncí el ceño. Eso no podía ser posible. Ian la había investigado después de ese día. El médico privado de los Sullivan habría notado eso en su historial y me lo habría dicho.

Él tenía todos los registros.

"¿Qué estás diciendo?".

Ella levantó la cara, parpadeando a través de sus lágrimas. "No puedo tener un bebé. Tuve complicaciones con un quiste ovárico roto cuando era adolescente. Me quitaron un ovario y el otro está dañado. Soy infértil".

Me levanté, mirándola con furia. Ella había escondido todo esto de mí.

"Tú...".

Ella sugirió que permaneciera como mi esposa durante seis meses, a menos que quedara embarazada, sabiendo muy bien que eso no iba a ocurrir.

"¿No puedes tener hijos?", necesitaba escucharla repetirlo para asimilar la gravedad de la noticia.

Ella sacudió la cabeza. "Lo siento. Siento mucho no habértelo dicho antes, pero me sentía acorralada, y tenía que asegurar una salida, protegerme a mí misma y, al mismo tiempo, cumplir con lo que mi padre esperaba de mí para cuidar de mi madre".

Me alejé de la cama, dando vueltas y volviendo a mirarla con furia. La rabia me invadía, y la confusión también me abrumaba.

"¿Me estás diciendo...?", gruñí, incapaz de aceptar la situación.

"Lo lamento, solo estaba tratando de hacer lo mejor que podía. Sigo intentándolo. Estoy haciendo todo lo posible por hacer lo correcto".

"Hacer lo correcto no es mentirme".

Ella frunció el ceño, recuperando algo de su actitud desafiante. "¿Ah, sí? Entonces, cuando me dijiste que no querías tener una esposa solo para obtener un heredero, ¿se suponía que debía decir, busca a otra porque no puedo hacerlo? Entonces nunca habría podido cuidar de mi madre, o al menos eso pensaba en ese momento".

La miré fijamente, cautivado por la determinación que nunca se apagaba en su mirada esmeralda. Sin importar lo que pasara, ella se mantendría firme en cualquier causa que se propusiera.

"¿Me estás diciendo que es imposible para ti tener un hijo?".

Necesitaba saberlo. Después de todo, esa era la razón por la que me había casado con ella en primer lugar.

Sus hombros delgados se levantaron y cayeron. "No recuerdo todo lo que me dijeron los médicos. Mi madre no estaba allí, en la granja, para ocuparse del problema. Oí a los doctores, y estaba somnolienta y confusa, pero los papeles de alta indicaban que había perdido mucho y que era poco probable que pudiera tener hijos. Crecí asumiendo que nunca podría".

"Fue cruel hacerme creer que sí podías". Sacudí la cabeza, alejándome. Cruel, pero podía entender sus motivos.

Ahora que nos habíamos acercado, sabía que mis razones para tenerla en mi vida habían cambiado. La quería porque sospechaba que lo que sentía por ella era un amor profundo.

La amaba, y al saber que había estado tan asustada que había ocultado sus problemas, me sugería que tal vez nunca correspondería ese afecto.

"Cara, necesito que seas lo más clara posible. ¿Puedes tener hijos?".

Ella mordisqueó su labio, bajando la mirada nuevamente. "No lo sé, Declan. No puedo decirte eso. No puedo predecir el futuro. Todo lo que puedo explicar, y comprendo que es demasiado tarde para esperar el perdón, es que probablemente nunca lo podré hacer".

"Probablemente", no está escrito en piedra.

Una esperanza terca, casi fanática, empezó a germinar en mi mente. Si había alguna posibilidad de que pudiera...

No comprometería esa posibilidad. Ella era mi esposa. Y sería *la última*.

Enredado con toda esta información, salí de su habitación, sin saber cómo reaccionar y tratando de no empeorar la situación. Lo principal en mis pensamientos era que me había engañado, y ese sentimiento era algo que quería quitarme de encima en ese momento.

Se suponía que siempre tendría el control.

Nunca me había sentido tan ajeno a eso mientras me alejaba de sus ojos llenos de tristeza y sus sollozos desgarradores.

CARA

Cara

No podía culpar a Declan por haber salido de mi habitación de esa manera. Era el peor escenario que había temido. Su rostro reflejaba una conmoción verdadera. Toda esa confusión que se veía en sus ojos me hacía sentir aún peor, como si luchara por comprender cómo o por qué lo había engañado.

Comenzamos nuestro matrimonio basándonos en mentiras. Nos conocimos bajo la influencia de la manipulación. Hasta el día de hoy, estábamos atados a nuestros propios deseos egoístas.

Yo necesitaba asegurar un futuro mejor para mi madre. Él tenía que asegurar un heredero.

Pero parecía que nuestros mejores planes para lograrlo no eran viables si seguíamos juntos.

Después de que él se marchara de mi habitación sin decir una palabra, corrí al baño para ducharme. Este vestido era una burla, y no podía esperar para quitármelo.

No tenía derecho a fingir ser su esposa, a estar a su lado e intentar actuar como una de esas esposas elegantes de la mafia, esas mujeres que se mantenían con sus hombres como las marionetas que eran.

Esa no era yo. No permitiría convertirme en una idiota, arreglada en este hermoso vestido cuando debería estar en casa, trabajando en la granja, ayudando a mamá con su cuidado y llevándola a sus citas.

"Soy una maldita idiota", me dije a mí misma mientras entraba a la ducha.

Todo este tiempo perdido. Fui una tonta al pensar que podría haber una salida fácil de una vida difícil. Que hacer un trato con mi padre terminaría bien. Que intentar barrer todos mis problemas de un solo golpe funcionaría.

Ahora también lo perdería a él. Le dije a Declan que le daría seis meses. Solo quedaban cinco, y no sería más probable que quedara embarazada en ese tiempo. Él me dejaría, según el acuerdo que sellamos en la iglesia. Me soltaría, como dijo, y sabía que nunca volvería a verlo.

Después de las dificultades que me llevaron a acercarme a él, a descubrir ese amor oscuro y profundo que sabía que no podía ser una mentira, tenía que perderlo todo con él.

Me quedé en la ducha, dejando que el agua caliente golpeará mi piel. Era un intento débil de reanimarme. A menos que el agua pudiera filtrarse bajo mi piel y lavar la culpa, la vergüenza y el creciente dolor en mi corazón, seguiría sintiéndome rota y sucia.

Después de que me quedé insensible y mi piel se enrojeció por el calor, apagué el agua y me vestí para intentar hacer control de daños una vez más.

Declan me había dado mi teléfono solo para llamar a mi madre, pero esa regla ya no me importaba.

Si no podía estar con ella, haría lo mejor que pudiera desde la distancia. Llamé al hospital. Intenté ponerme en contacto con todos los médicos que formaban parte del equipo que atendía sus problemas, pero ya era tarde, y me costaba hablar con alguien que pudiera ayudarme.

Esa noche, me acurruqué en la cama sosteniendo mi teléfono por si alguien llamaba. Tenía prohibido hablar directamente con mi madre. Ella no podía recibir llamadas, y comunicarme con Oscar no estaba funcionando. Recé para que él, o el vecino, estuvieran con ella para que no estuviera sola, pero dudaba que entendiera por qué no estaba a su lado. Tampoco era probable que me perdonara por mi ausencia.

Con el corazón roto y la mente hecha un desastre, caí en un sueño inquieto solo para despertar tarde.

Aturdida y desorientada, me incorporé y volví a intentar llamar a todos los números. Enfrentando los mismos problemas, apreté los dientes y gruñí, frustrada por sentirme tan inútil. Como era fin de semana, no había personal en las oficinas. Nadie contestaba el teléfono, y las dos personas con las que logré hablar no fueron de ayuda. Una mujer en el hospital confirmó que mi madre seguía en cuidados intensivos, y la otra, un joven recepcionista de guardia en la clínica de su médico de cabecera, no sugirió nada más que hacer una cita para dentro de tres meses para un seguimiento.

Caminaba de un lado a otro, tan enfurecida que el dolor y la tensión en mi estómago empeoraron. Frotar mi abdomen no ayudaba mucho, y me costaba toda la energía respirar a través del ataque de pánico que sentía, viendo cómo mi vida se desmoronaba.

Declan me odiaba.

Mamá estaba enferma.

Todas las deudas seguían ahí.

Y yo era una mentirosa que había engañado a mi esposo. Eso era lo que más dolía. Cuando mi teléfono volvió a sonar, respondí rápidamente, tan aliviada de poder hablar con Oscar.

"¿Está bien?", pregunté como saludo.

"No lo sé". Los sonidos de caos llenaban su lado de la línea. Maquinaria. Hombres discutiendo.

Animales protestando. "El motor del tractor se incendió. He estado tratando de salvar la granja. Los edificios están dañados".

Me llevé la mano a la boca justo cuando alguien golpeó la puerta, Declan no llamaría. La única otra persona aquí que vendría a buscarme sería Riley.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos mientras abría la puerta para dejarla entrar. "¿Y los animales?".

Oscar suspiró. "Están bien, muy asustados por el fuego, pero se encuentran bien. Algunos vecinos me están ayudando a reubicarlos y a contener todo, pero lo siento, Cara. No puedo visitar a Nora".

Apreté los labios mientras Riley entraba en mi habitación, con los ojos bien abiertos mientras cerraba la puerta detrás de ella. En su mano sostenía una bandeja de comida con una taza de café. Desayuno. Ya lo había perdido, pero el olor de todo me revolvió aún más el estómago.

"Está bien. Lo entiendo".

"No pinta bien, niña", gruñó Oscar. "Nada de esto lo es. Sé que dijiste que no podías decirme nada sobre por qué te fuiste. Al diablo, no te culparía. Esta no es vida. Todas estas preocupaciones y todo. La granja, el dinero, la deuda, tu mamá, pero este es el peor momento".

Asentí. Oscar estaba equivocado. No me había ido. Había tomado la primera idea tonta para solucionar todos mis problemas, había salido catastróficamente mal.

Desconecté cuando dijo que tenía que irse, y me sentí peor por haberlo mantenido al teléfono, molestándolo mientras él hacía lo mejor que podía.

Riley dejó la bandeja sobre una mesa, pero negué con la cabeza. "No. Por favor, sácala de aquí".

"¿Te sientes mal?", adivinó.

Negué con la cabeza. ¿Cómo podía sentirme bien cuando mi vida se estaba desmoronando? Cuando mi madre sufría y mi esposo me odiaba.

"No hago nada bien", gemí mientras me desplomaba en el sofá y me frotaba el estómago.

"No lo creo. Vi a Declan sonreír el otro día gracias a ti. Eso ya es un milagro en sí mismo".

También sería el último. "No estará tan feliz ahora".

"¿Por qué? ¿Qué pasó?", se sentó en una silla frente a mí, luciendo realmente preocupada.

"Oh, Dios".

Mientras se acercaba, el olor del tocino grasiento se intensificó. "Voy a vomitar". Cubriéndome la boca con la mano, intenté contener lo peor de la náusea.

"Vaya, te estás preocupando tanto que te estás enfermando". Apretó los labios en una mueca de simpatía. "Apuesto a que fue aterrador ver a Declan herido anoche, pero así es la vida con ellos. Son hombres duros, pero estará bien. No te obsesiones con los 'qué hubiera sucedido si'".

Sacudí la cabeza. "No, no es eso". Me había preocupado cuando él se lastimó, pero anoche ya había visto que estaba bien y que lo habían cosido.

"Entonces, ¿qué sucede?"

Hice una mueca, luchando contra la agonía de mi estómago vacío y revuelto. "El olor de ese tocino, y la idea de comer. Está empeorando el estrés".

Ella se animó de inmediato, sonriendo. "¡Cara!"

Me eché hacia atrás, sorprendida por su exclamación. "¿Qué?"

"Tú...", se levantó y juntó las manos, tan emocionada que casi saltaba.

"¿Qué?", repetí.

"¿Estás embarazada?"

Abrí y cerré la boca, tratando de conectar los puntos rápidamente. No entendía por qué ella llegaría a esa conclusión, pero al recordar la clase de salud en la secundaria, me di cuenta de que lo que estaba experimentando podía parecerse a los síntomas de las náuseas matutinas.

No lo estoy. Sacudí la cabeza. "No, no es eso".

"¿Lo sabes?". Sonrió. "¿Te has hecho una prueba?"

Volví a negar con la cabeza. No era necesario.

"¿Estás retrasada?"

Lo estaba... o al menos creía estarlo. Mis ciclos nunca habían sido consistentes. Siempre había asumido que se debía al trabajo físico intenso y a lo en forma que estaba, lo que hacía que mi cuerpo no pasara por eso regularmente. Las atletas a menudo tienen ciclos irregulares debido a su físico, y bajo todo el estrés de estos días... nunca había llegado a considerar los detalles de mis ciclos menstruales poco confiables debido a mi vida y las complicaciones que enfrenté como adolescente.

"No".

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. "Vacilaste al responder, ¿lo estás?"

Fruncí el ceño. "No estoy embarazada".

Ella resopló. "Sé que debe haber pruebas en el baño, coje una y hazlo, así podrías saberlo".

No lo entendía. Pero no quería perder a la única persona amistosa aquí. Si tenía que permanecer casada durante cinco meses más mientras Declan me odiaba, sería un infierno.

Riley se fue, llevándose la bandeja con ella, pero una vez que se fue, no pude dejar de pensar en lo que había dicho. En cómo mi esposo podría tratarme ahora que sabía que no podía cumplir el propósito que él esperaba de mí.

"Oh, por el amor de Dios", murmuré mientras me dirigía al baño para encontrar el test. Al menos

podría demostrarle que estaba equivocada. Declan también querría la prueba.

Estaba enferma del estómago por el estrés, y mientras orinaba en el test, puse los ojos en blanco y me pregunté por qué me molestaba.

Dejé la prueba en el baño y fui a buscar mi vaso de agua con hielo que le había pedido a Riley que me dejara, y cuando pasó un minuto, volví al baño para verificar en el empaque cuánto tiempo requeriría la prueba para demostrar que era infértil.

O no.

Parpadeé, mirando del empaque al test varias veces.

Quedaban tres minutos, pero ya se veían claramente dos líneas. Un par de rayas paralelas se oscurecieron, y me quedé boquiabierta ante la evidencia.

Embarazada.

"Oh, Dios mío...". Agarré el test y lo miré como si fuera una broma. Lo sacudí. Lo miré de cerca, cuestionando la iluminación de la habitación.

"Debe ser un error". Busqué torpemente otro test, sacando tres más de la caja. Mi corazón se aceleró mientras los usaba todos, teniendo un atisbo de sentido común para usar una taza y recoger la muestra y probar de nuevo. Y otra vez. *Y otra vez.*

Leí cada palabra de la letra pequeña en las instrucciones. Revisé la lista de pasos. No importaba.

Cada test dio positivo.

Estaba embarazada. Lo imposible había sucedido.

Los doctores debieron haberse equivocado. No era infértil.

Estaba embarazada.

El shock me dejó entumecida, pero un sentido más profundo y fuerte de emoción me llenó hasta el punto de casi llorar. En cambio, me reí, histérica, me acurruqué en la cama y presioné mi mano contra mi vientre plano.

"¿Cómo?", susurré, sobrecogida con la idea de que sería madre.

¿Cómo demonios?

Este giro de los acontecimientos era algo que jamás habría esperado después de los altibajos de los últimos días, pero no estaba enojada ni asustada por ello.

Nunca había querido tener un hijo antes, cuando pensaba que no podía tener uno. Hace mucho tiempo había formado la opinión de que nunca querría traer un niño a una vida de baja calidad en la granja, dadas mis circunstancias desesperadas. Sin embargo, ahora, con Declan en mi vida, me emocionaba la idea de compartir un bebé con él.

La felicidad me recorrió al imaginar la sorpresa y el asombro en su rostro. Sabía que él sería un

buen padre, autoritario, sí, pero capaz de proveer para este niño de una manera que nunca habría podido soñar antes.

Pero él no lo sabía. Durante los dos días siguientes, se mantuvo alejado, y su ausencia me destrozó.

Ansiaba decirle cuánto lo sentía. Quería expresar mi arrepentimiento por no haber sido honesta desde el principio y decirle que era infértil, cuando ya no era un problema debido a la nueva vida que crecía dentro de mí.

Los minutos se convirtieron en horas. Las horas en días. Durante esos dos largos días, me rendí a la sensación de estar fuera de control. Nada estaba bajo mi control ya, y deseaba con todas mis fuerzas poder poner fin a este estrés de querer arreglar todo.

La única vez que me sentía realmente libre y liberada del estrés era cuando él estaba aquí. Cuando me poseía con fuerza, llevándome al placer y evitando que me obsesionara y tratara de controlar todo.

Ahora, con él aparentemente bloqueando mis mensajes y llamadas, evitándome por completo y manteniéndose alejado, parecía que me convertiría en la tercera esposa en ser eliminada de la finca Sullivan.

DECLAN

Declan

Era imposible intentar dormir, pero esperé hasta el día siguiente para ir a ver a la familia de Cara.

Llamar familia a Shane y Keira Murray se sentía forzado. No eran familia en el sentido en que yo lo era con mi padre e Ian, y con todos los hombres y mujeres afiliados al nombre Sullivan.

La familia no obliga a otros a hacer sacrificios para evitar hacerse cargo de sus propias deudas. La familia no promete borrar las preocupaciones financieras para luego no cumplir.

La ira y la rabia se mezclaban en una tormenta feroz, pero las contuve y esperé pacientemente hasta el día siguiente para visitar a los Murray.

Habían estado en la gala, y no quería volver allí después de que Peter Boyle me desafiara en el estacionamiento y me obligara a matarlo. Esas cosas pasaban todo el tiempo. Así era la vida en la mafia. No tendría problemas, al menos no con la ley. De todas formas, nosotros mismos dictábamos nuestras propias reglas y leyes.

Aun así, no me apetecía enfrentarme al estrés de tener que localizar a Shane Murray entre la multitud que probablemente ya se había dispersado para cuando Cara confesó lo que estaba ocultando.

Así que, con Ian en altavoz, conduje hasta la residencia de los Murray la tarde siguiente.

Juré que nunca volvería a poner un pie aquí después de la última vez que vine con Ian, y realmente esperaba que esta vez fuera la última y definitiva ocasión en la que tendría que enfrentarme a él.

"Trabajo en ello", prometió Ian, confirmando que me ayudaría a resolver este desastre. Nunca olvidaría el rostro de Cara, surcado por las lágrimas anoche, y nunca superaría la devastación absoluta que sufrió.

Venir aquí a hablar con los Murray era el primer paso de esta represalia, y no sería bonito.

Estaba furioso con Cara. Me llevaría mucho tiempo superar sus mentiras y manipulaciones.

Pero todavía me importaba. No podía odiarla por lo que había hecho. En otro sentido, tenía que... admirarla por ello. Tarde anoche, me di cuenta de que realmente había hecho lo mejor que podía. Para asegurar su futuro y cuidar a su madre, había tomado la mejor opción posible.

Si yo hubiera estado en su posición, sabía que habría hecho exactamente lo mismo.

En ese sentido, no éramos tan diferentes. Curiosamente, eso me recordó que debíamos estar juntos.

Golpeé con el puño la puerta, desafiando al mayordomo viejo y oxidado a tomarse su tiempo en dejarme entrar. De pie en la puerta principal, esperé y deseé que mi hermano estuviera aquí. Podía manejar esto solo, pero si me dejaba llevar, si dejaba que la ira se apoderara de mí, él podría hacerme retroceder.

Shane y Keira Murray estaban a punto de ser puestos en su lugar, de una vez por todas. Ian simplemente tenía demasiadas otras cosas que hacer para estar aquí y presenciarlo.

Cuando el mayordomo abrió la puerta, palideció y casi tropezó con sus pies en su prisa por retroceder.

"¡Murray!", grité, entrando en el vestíbulo y escudriñando la decoración lujosa. Era ostentosa, cada parte de ella, y sabía que pronto se despedirían de todo.

Nadie se acercó, y no me molesté en esperar a que el mayordomo los llamara o anunciara que tenían una visita. Con lo furioso en el que estaba, no era un visitante, más bien era un verdugo. Un portador de malas noticias.

Encontré a Shane y Keira en la cocina, en medio de lo que parecía ser una discusión acalorada. Keira se calló de inmediato, frunciendo el ceño al ver mi presencia y empujando a Shane frente a ella. Sin duda, recordaba cómo manejé nuestra última conversación.

Saber que había abofeteado a Cara casi me hizo perder el control, pero ella no valía un golpe en respuesta. El mensaje que tenía que compartir sería el castigo definitivo para una perra egoísta y superficial como ella.

"¿Qué estás haciendo aquí?", exigí.

Me acerqué y agarré a Shane por la camisa. Se estremeció, luchando por liberarse mientras lo empujaba hacia una silla en la mesa. Luego me volví hacia su esposa, fulminándola con la mirada y señalando la siguiente silla. "Siéntate, desgraciada".

"Esto es...".

Perdí el control. Levanté la mano para golpearla, pero me detuve. No podía. No iba a rebajarme a su nivel. Tenía la cabeza fría, y sabía que ella sufriría más con lo que estaba a punto de explicar.

Se encogió, preparándose para el golpe mientras se deslizó para sentarse junto a su marido. Shane intentó tomar su mano para sostenerla, pero ella la apartó de su alcance. "¿Ahora qué hiciste?", soltó con desprecio, asumiendo que yo estaba aquí por culpa de su marido.

Y en parte, sí lo estaba, pero no tenía idea de cómo más podría haberla arruinado desde que coaccionó a Cara para que se casara conmigo.

Era un idiota. Un tramposo. Me debía dinero. Tenía deudas con otras familias, como el incidente de la última vez, cuando Keira me suplicó que lo ayudara. Nadie podría nunca ayudar a este imbécil, y yo jamás querría hacerlo.

"¿Alguna vez tuviste la intención de cubrir las deudas médicas de Nora Gallagher?", exigí.

Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, me sentí estúpido. Por supuesto, él nunca tuvo la intención de pagar por el favor que esperaba de su hija mayor. Al igual que nunca tuvo la intención de pagarle a mi padre. Ni a nadie más.

Gracias a lo que escuché en la gala, también sabía que él, y no estaba seguro en que medida también Keira, inventaron ese rumor sobre que me casé con una pariente lejana e ilegítima de los Boyle con la esperanza de que me mataran y evitar así tener que pagarme después de que yo renunciara y les dijera que aún debían cada centavo.

"¿Qué?", Shane palideció, su boca quedó abierta y sus ojos se abrieron de par en par con pánico.

Keira reaccionó de manera diferente. Frunció el ceño como si tuviera un mal sabor en la boca, "¿ella te lo dijo?".

"¿Lo hiciste?", exigí. No me importaba lo frío y brutal que estaba siendo. Se merecían todo mi odio.

Shane negó con la cabeza, primero lentamente, pero luego con demasiada vehemencia como si no pudiera dejar de temblar. "No. Yo, uh, bueno, yo...".

"No...", respondió Keira, más clara y firme mientras se cruzaba de brazos, "nunca".

"¿Nunca?", pregunté, inclinando la cabeza hacia un lado mientras consideraba borrar esa expresión arrogante de su rostro.

"No, nunca hemos querido reconocerla. Todo este tiempo, esa muchacha ha sido una mancha en mi vida, y más aún el que él tuviera que admitir que era su hija".

"Pero no dudaste en reconocerla y usarla en tu beneficio", dije.

Ella asintió. "Nunca dejaría que mi hija estuviera con alguien como tú".

"¿Cómo yo? ¿Alguien fuerte? ¿Exitoso?".

Esa mueca arrogante la hizo aún más detestable. "Cara no fue más que la hija de una ramera. Estar contigo es lo único que merecía".

Me incliné hacia adelante, agarrando a ambos de sus cuellos con fuerza. "¿Y sabes qué es lo que ustedes dos merecen?".

Shane balbuceó, luchando por liberar su cuello, mientras Keira se retorció, mirándome con un odio absoluto.

"Vas a devolver hasta el último centavo que le debes a mi padre, a mí, y a partir de hoy, jamás volverás a interferir en la vida de mi esposa".

Apreté los dedos con más fuerza.

Shane asintió frenéticamente.

Keira simplemente apretó más los labios, obligada a aceptar.

"Matarlos sería una salida muy fácil. Me aseguraré de que sufran cada minuto de pobreza y miseria mientras pagan todas sus deudas con intereses...", solté a Shane, pero apreté más el cuello de Keira, "y ninguno de los dos volverá a interferir en mi vida, ni en la de mi esposa. Nunca más".

Ella tosió, luchando por respirar cuando la solté.

"¿Ha quedado perfectamente claro?". Pregunté mientras me ajustaba los puños de la camisa y retrocedía un paso.

"S-sí. Sí, señor Sullivan", respondió Shane tembloroso.

Lancé una última mirada fulminante a Keira, y luego dirigí mi mirada hacia una Saoirse asustada y enfurecida que se escondía al fondo de la habitación.

Al salir, exhalé toda la furia contenida en el coche.

Dudaba que mi ira hacia los Murray alguna vez se disipara. Odiaba la manera en que la habían decepcionado.

Y temía la posibilidad de que ella pensara que yo también la estaba defraudando.

No era así, tenía que arreglar las cosas primero, eso era todo.

Ian estaba revisando sus registros médicos para saber cuán bajas eran sus posibilidades de embarazo.

Si tenía solo la mitad de posibilidades de concebir, tendríamos que esforzarnos el doble y prepararnos para tener el doble de paciencia.

Mientras me alejaba de la mansión de su despreciable padre, que pronto tendría que vender para saldar su deuda conmigo, supe sin lugar a dudas que Cara sería la madre de mis hijos. Era la única mujer que quería a mi lado, ahora y siempre.

Antes de regresar a la finca para enseñarle esa lección, tenía otra parada que hacer.

Ian podía encargarse de la mayoría de las cuentas, los pagos y todo ese papeleo administrativo.

Era hora de que revisara la situación con mi suegra y me hiciera cargo de su sufrimiento.

Porque te amo, Cara, moveré cielo y tierra por ti.

La amaba.

Y eso hacía que doliera aún más recordar que ella claramente no sentía lo mismo por mí.

Si aún podía ser tan cautelosa, esperar tanto tiempo para no contarme sus problemas, para no pedirme ayuda ni ser honesta conmigo, no podía sentir ese amor profundo y desgarrador que yo sentía.

Y me dolía profundamente cuánto deseaba su amor a cambio.

CARA

Cara

Declan no todavía había vuelto.

Cada vez que miraba hacia las puertas, me preguntaba si ese sería el momento en que me sorprendería y regresaría. Con el corazón en un hilo, me aferraba a la esperanza de tener la oportunidad de explicar y disculparme de nuevo.

Extrañarlo era un esfuerzo que me consumía por completo. Me sentía agotada, como si toda mi energía se concentrara en desear desesperadamente que él regresara.

La culpa me carcomía, y odiaba haber intentado ocultarle mis problemas y preocupaciones durante tanto tiempo.

Mi teléfono se quedó sin batería, y cuando Riley me dio un cargador, descubrí que el aparato estaba completamente muerto. Era un modelo antiguo, lo único que podía permitirme, y ahora, con él fuera de servicio, no podía comunicarme con Oscar ni con mi madre, ni mantenerme al tanto de lo que estaba sucediendo en el hospital. Me sentía atrapada e indefensa.

Nunca me había sentido tan fuera de control, y no tenía nada que ver con la liberación que Declan me hacía sentir cuando me llevaba al límite sexualmente, con su cuerpo fuerte encajando tan bien con el mío.

Me fui a la cama frustrada y triste, pero seguía mirando las puertas.

A estas alturas, no estaba segura de si mi esposo volvería alguna vez. Todo parecía tan irreal, tan maldito. Odiaba que las cosas hubieran llegado a este punto, justo cuando descubrí el milagro de estar embarazada, el padre de mi bebé quizás no querría saber nada de mí. Justo cuando me di cuenta de la profundidad de mis sentimientos por él, él se irá, herido por lo que había hecho y dicho.

El picaporte hizo clic, y parpadeé para despejar la leve somnolencia que me invadía. Sentada en la cama, observé, sorprendida y aliviada, mientras Declan entraba.

Mantuvo su mirada oscura e intensa fija en mí mientras se detenía y, una vez más, el metal hizo clic. Cerró la puerta con llave y se acercó a mí, como un depredador acechando a su presa.

Me incorporé, luchando por salir de las sábanas para enfrentarme a él. Había esperado y sufrido por esta confrontación, pero no iba a huir ahora. Tenía tantas cosas que decirle, y él debía escucharme.

"No digas una palabra", ordenó mientras se arrancaba la corbata.

Parpadeé, retrocediendo hacia la cama. Ese destello siniestro de violencia en sus ojos me resultaba tan familiar, y a la vez, no. Hasta ese momento, no había comprendido la profundidad de su odio hacia mí. Cuán oscura y severa podía llegar a ser su aversión.

"Dec...".

Elevó la mano, ahorcándome con su corbata. Sus ojos se mantuvieron fijos en los míos, y en su mirada pude ver toda la autoridad y el mando que ejercía, todo lo que esperaba que obedeciera.

Respiraba más rápido por la nariz, en un estado de pánico y preocupación. Estaba en un estado de ánimo explosivo, mis posibilidades de hablar, de explicar y disculparme de nuevo, parecían desvanecerse.

"Ve la cama", ordenó, despojándose de la camisa y luego buscando en los cajones una longitud de tela sedosa.

Temblaba mientras volvía a subir a la cama. Cuando finalmente me recosté, mirándolo desde abajo, él ya estaba sobre mí, atando mis manos al cabecero de la cama y despojándome rápidamente de mi bata suelta. No llevaba ropa interior, y su mirada hambrienta y perversa permaneció allí. Quizás lo había sorprendido, pero esa no era mi intención.

"Voy a follarte, esposa", prometió mientras introducía sus dedos en mi sexo.

Me arqueé ante la sensación de estiramiento instantáneo. Mi jadeo se ahogó con la mordaza en mi boca, pero su toque apresurado no era completamente áspero. Solo su mirada podía excitarme. Suspendida entre el miedo y el deseo, él encontró la evidencia de mis jugos resbaladizos.

"Voy a penetrarte tan duro que más te vale rezar para que esté de mejor humor después", gruñó mientras esparcía mi crema hacia mi trasero.

Cerré los ojos con fuerza, ardía. Sus dedos se sentían tan grandes en ese agujero, y a medida que los introducía lentamente, el intenso escozor se convertía en un placer prohibido.

"Voy a follarte la boca". Se inclinó para succionar mis pechos hasta que sus labios me dejaran moretones. "Voy a follarte este coño". Se movió para tomar mi clítoris entre sus dientes y lamer el bulto de nervios. "Y voy a reclamar este culo". Añadió un dedo más, estirándome mientras me observaba retorcerme y luchar contra las ataduras.

Sus piernas se colocaron sobre mi muslo derecho, inmovilizándome.

Me había atrapado, con ataduras y su cuerpo. Con la oscura y retorcida promesa de tantas cosas

sucias, podridas, pero seductoramente perfectas que quería hacerme.

Goteaba para él, mi sexo ardía y mis pezones dolían. Lo deseaba, con una necesidad desesperada, pero tenía demasiado miedo.

No lo estaba haciendo por amor ni para hacerme feliz. Estaba enojado. Estaba descargando su ira sobre mí. Aunque sabía que me haría llegar al clímax y se aseguraría de que experimentara placer, temía que fuera demasiado. Demasiado brusco.

¿Qué pasaría con el bebé?

Me parecía una preocupación ridícula, pensar qué si mi esposo me tomaba con dureza y me penetraba de mil formas, podría lastimar al bebé. Pero, ¿qué sabía yo? Nunca había considerado estar embarazada, y no me importaba si estaba exagerando mis temores.

Aunque no estaba segura de si era sensato ser tan brusco sexualmente, me atormentaba una sensación aún más potente de inquietud.

No quería que él me tomara así. Todo lo que había amenazado sonaba como el cielo. Lo deseaba, lo quería todo de él, y quería darle todo a cambio. Pero no quería ser solo un cuerpo para follar. No quería ser solo una cosa para él.

Deseaba que me hiciera el amor, que me tomara con ese amor implacable que no podía evitar sentir por él.

Sacudí la cabeza, mirándolo con lágrimas acumulándose en los ojos. Parpadeando y mirándolo con tanto miedo, rezaba para que entendiera el mensaje.

No.

Espera.

Por favor, espera.

Frunció el ceño, se levantó de la cama y me miró con desprecio. "¿Qué?". Se sacudió la cabeza, caminó hacia el baño y se quejó para sí mismo mientras se lavaba las manos. Regresó con un paño y un tubo de lubricante.

"¿Qué?", exigió, aparentemente interpretando mis protestas mudas como una queja de que estaba demasiado doloroso.

Él empujó el pañuelo que me tapaba la boca hacia abajo y levantó una ceja.

"No...", jadeé, mirándolo, "no me hagas daño".

Él entrecerró los ojos.

"No lastimes al bebé".

"¿Qué? "

Lamería mis labios. "Por favor, lo siento".

"¿Qué?".

Perdí la batalla con mis lágrimas. Una surcó mi mejilla. "No me sentía bien. Cuando te fuiste, estaba tan enferma de preocupación y estrés. Por ti. Por mi madre. Y cuando Riley me trajo el desayuno y dijo que podría estar sufriendo de náuseas matutinas por el olor de la comida, pensé en hacerme una prueba para calmarme y a mí misma".

Él frunció el ceño, mirándome con una seriedad que parecía incapaz de creerme. "¿Estás embarazada?".

Asentí rápidamente, incapaz de detener la pequeña sonrisa en mis labios. "Hice una prueba y pensé que era un error. Declan, no puedo. No sé cómo, no estaba, no se suponía que podía concebir. Eso es lo que creía desde que era una adolescente. No lo creía, pero hice siete pruebas más solo para asegurarme".

"¿Estás embarazada?", parecía una pregunta, pero sonaba más como si intentara convencerse de que era verdad.

"Sí, estoy embarazada, de tu bebé. Lo siento, siento mucho haberme casado contigo pensando que permanecería sin hijos. Verdaderamente no sé cómo pasó".

"¿Cómo iba a pasar de otro modo?", respondió él.

Tragué, temerosa de que aún estuviera tan enojado. Se levantó de la cama y comenzó a caminar de un lado a otro, pasándose la mano por el cabello.

"Lo siento, Declan, por todo, por las mentiras y tratar de manipular la situación".

Se lo diría mil veces si eso era lo que necesitaba para que la verdad penetrara en su mente. Nunca dejaría de expresar mi arrepentimiento y pesar.

Cuando él se mantuvo frío y pensativo, sin regresar a mí, volví a ese abismo de desesperanza. Esa sensación de falta de control y fracaso.

"Declan, esto es lo que querías".

"Es una sorpresa", sacudió la cabeza, mirando en cualquier dirección menos hacia mí mientras luchaba por comprender la noticia, "acabas de decirme que no podías concebir, y ahora...".

"Lo sé, nadie está más sorprendido que yo ahora".

¿No me cree?

"Las pruebas están en el baño. Esperaba y deseaba que volvieras a casa para contártelo, para contártelo primero, pero espero poder encontrar un médico que lo confirme. Quiero comenzar el cuidado prenatal lo antes posible. Haré todo lo que pueda para ayudar a que este bebé esté sano". En el fondo, me preocupaba cualquier complicación que pudiera surgir. Pensaba que tenía problemas reproductivos, y no podía evitar estar estresada por hacer de este embarazo uno saludable y exitoso.

"Declan...", lamí mis labios, sin aliento y ansiosa por una reacción diferente a la que él estaba

mostrando, de pasearse sin mirarme a los ojos. "Sé que es un shock..."

Por favor, no me digas que me equivoqué contigo, que en realidad te importa, y que podrías amarme.

Él parecía tan atrapado en su enfado y sorpresa que perdí toda esperanza.

Ya había obtenido su heredero. Eso era todo lo que había querido. Ese era el objetivo final.

Ya no tenía que fingir que le importaba. Ya no tenía que intentar estar conmigo o retomar ninguna forma de intimidad, especialmente la oscura y dura que había llegado a necesitar de él para liberarme.

Todo lo que servía era para darle un hijo, pero odiaba no tener más valor para él.

"Declan...", sollozaba, odiando que las lágrimas cayeran con tanta facilidad a mi alrededor.

Él se detuvo, mirándome con la mano levantada, mientras se pasaba el cabello hacia atrás.

"¿Qué?"

También quiero que sepas que... te amo.

Las palabras no salían.

DECLAN

Declan

"¿Qué?", me giré hacia ella, tenso, esperando a escuchar qué más podría decir.

Esta mujer magnífica me había dado tantos altibajos. La vida era una montaña rusa con ella, y no entendía por qué me miraba así, preocupada, ansiosa y triste.

¿No quiere este bebé?

"Te amo", susurró.

Me congelé, permitiendo que su dulce confesión llenara mi mente y reparara mi corazón.

"¿Qué dijiste?", me acerqué a ella, impaciente por abrazarla y buscar en sus ojos cualquier indicio de mentira mientras repetía las palabras.

Ella seguía atada, así que lo solucioné al llegar a su lado. De rodillas en la cama, la desataba mientras ella me miraba, sus ojos verdes abiertos con vulnerabilidad.

"Te amo", repitió.

"¿No pudiste empezar por eso?", desafié.

Me sorprendió con esta noticia de que estaba embarazada. Tan pronto como me dijo que íbamos a tener un bebé, me costó respirar, aturdido por la conmoción. Me sentí golpeado, derribado, asombrado. La idea de que ella iba a ser la madre de mi hijo era tan abrumadora que me costaba aceptarla.

Sonaba demasiado bueno para ser verdad.

Parecía que lo había deseado durante tanto tiempo que ahora, que estaba ocurriendo, tenía que reajustar mi mente y abrir mi corazón aún más.

Una vez que sus brazos quedaron libres, los rodeó alrededor de mi espalda.

Presioné mis labios contra los suyos, saboreando la sal de sus lágrimas. Ella gimió, separando

sus labios mientras respiraba en mí y me besaba con toda su fuerza. Empujando contra mí, vertía su afecto en el gesto, y mi erección ya dura anhelaba aún más estar dentro de ella.

"Te amo", repitió mientras la sostenía cerca, deleitándome en su presencia desnuda y cálida que se acoplaba perfectamente a mí.

"Amo a este bebé y estoy tan sorprendida y feliz de que podamos tener uno".

La besé de nuevo y aparté sus mechones rojos para mirar su mirada turbia.

"¿Por qué no estarías feliz?".

"Yo...", suspiró, aferrándose a mí mientras la abrazaba más cerca, acostado de lado para mirarla.

"Nunca quise un hijo antes. Cuando sabía que mi vida se reduciría a trabajar en la granja de mamá y ganar todo el dinero que pudiera para cuidarla, no quería traer una nueva vida a esa dureza. Pero ahora que te he encontrado y me he dado cuenta de cuánto te amo, desde el fondo de mi corazón, estoy emocionada por el futuro, no preocupada. Al menos, no estoy preocupada por el futuro de este niño. Él o ella tendrá al mejor padre".

Su sonrisa lenta y tímida me mataba. Su beso tierno derretía mi corazón.

"Y una madre presente que siempre lo reconocerá a él o a ella", sonrió, segura de expresar cuánto amaría a nuestro hijo.

La abracé fuertemente, besándola mientras la animaba a moverse conmigo. Con su cuerpo sobre el mío, sus brazos alrededor de mi cuello y mis manos aseguradas sobre su trasero, gemí al sentir el calor de su sexo desnudo sobre mi erección.

"Y una abuela cariñosa", dije.

Ella se inclinó hacia arriba y frunció el ceño.

Desearía poder decir que nuestro bebé también tendría un abuelo, pero no era optimista sobre cuánto tiempo le quedaba a mi padre.

"¿Qué?", sacudió la cabeza. "Yo... no entiendo. Tu madre falleció hace mucho tiempo, y mi mamá...".

"Pronto estará saludable y enérgica para recibir a su nieto en este mundo también", dije.

Ella abrió los ojos sorprendida.

"¿Qué quieres decir?".

"Me hice cargo de toda su deuda", respondí. Era una cantidad insignificante para mí, pero significaba mucho para ella. "Visité a sus médicos y al personal encargado de su cuidado. Está bien con la ligera infección respiratoria que la llevó al hospital. Tan bien que no dudó en advertirme que debía tratar bien a su única hija".

Ella me miró boquiabierta, pareciendo incapaz de moverse.

"Claramente aprendió su lección sobre mezclarse con hombres de la mafia", comenté con una risa, sin poder resistir el impulso de tocar a mi esposa. Le acaricié las mejillas del trasero mientras explicaba. "Quería saber para qué estaba allí, y le conté todo, que te habías casado conmigo para pagar sus deudas, que Shane te había mentado".

Ella tragó saliva con dificultad.

"¿Todo?".

Asentí.

"Todo. Estaba protectora, preocupada por ti con alguien como yo, pero le expliqué que no estabas 'mezclándote' conmigo ni teniendo un romance como el que ella tuvo con tu padre. Me aseguré de que entendiera que eres mi esposa". La atraje hacia mí para un beso intenso, ganándome un gemido sexy. "Y serás mi esposa hasta que ambos envejecamos juntos y muramos".

Ella se inclinó para besarme más intensamente.

"He asumido sus cuentas, y recibirá su trasplante de riñón la próxima semana. Tan pronto como se recupere de esta preocupación respiratoria, será trasladada para la cirugía".

"Declan...", bajó para besarme de nuevo, lento y dulce, "no sé cómo agradecerte".

Me reí, frotando su trasero y disfrutando de su piel suave.

"¿Agradecerme?", dije.

Ella asintió.

"No tienes que agradecerme. Soy tu esposo, eres mi familia".

De nuevo, sus labios se posaron sobre los míos. La agarré por el trasero y la atraje hacia mí.

Ella se sentó sobre mí, quitándose los pantalones mientras yo me desnudaba. Pero no quería que recurriera al sexo todavía. Era una forma infalible de estar cerca y conectar, pero no había terminado de explicar.

Mientras ella se montaba sobre mí, besándome y frotando su húmedo sexo contra mí, me contuve y gruñí.

"Eres mi esposa, Cara, y quisiera que pudieras entender cuánto significas para mí, para poder decirme todo eso".

Ella suspiró contra mis labios, presionando su peso sobre mi erección.

"Te lo dije".

"Un poco tarde", repliqué.

"Tenía demasiado miedo de decirte antes. No sabía... no era consciente de que podía amarte tanto. De que encajáramos y tuviéramos sentido así..." se interrumpió, besándome de nuevo

mientras se frotaba contra mí, "y una vez que me di cuenta de que tenías mi corazón, te lo dije, porque odiaba pensar en lastimarte o engañarte".

Exhalé una larga respiración de alivio. Esas dulces y sinceras palabras significaban todo para mí.

"¿Ahora entiendes, Cara?".

Ella levantó las cejas.

"¿Entiendes que te amo?", le pregunté mientras dirigía mi erección hacia su entrada, deslizándome lentamente dentro de ella.

Su cabeza cayó hacia abajo. Sus mechones castaños enmarcaron su rostro y, con un empuje suave, se hundió sobre mi dureza.

"Te amo, Cara", le prometí con un beso, y ella retiró lentamente, levantándose hasta que solo la punta quedó dentro de ella.

"Te amo jodidamente en todos los aspectos...", gruñí, apretando su trasero mientras me montaba lentamente, "y siempre haré todo lo que pueda para hacerte feliz".

Ella emitió un suspiro, sonriendo de manera perezosa.

"Oh, estoy muy feliz contigo así".

Cerré los ojos, mirándola con pura satisfacción.

"Puedo verlo".

"Quiero hacer el amor contigo", ronroneó mientras se deslizaba completamente sobre mí.

La succión apretada de su vagina era perfecta, pero la dejé tomar el control por primera vez.

"¿Por qué me pediste que parara antes?".

"Tenía miedo de que fueras brusco".

La apreté más fuerte.

"Pensé que te gustaba lo brusco", le dije, acariciando su trasero con un dedo, observando cómo su expresión cambiaba a un grado más intenso de deseo.

"Sí, me gusta".

Sosteniéndola, sustituí mi erección por mi dedo, recogiendo su crema para lubricar mi penetración en su ano. Ella no quería eso, reajustándose hasta envolverse alrededor de mi miembro nuevamente.

Lento pero firme, jugueteé con su trasero mientras ella me montaba.

"No quería ser brusca con el bebé".

Sonreí, encantado con lo preocupada y cuidadosa que ya era. Sabía que sería una excelente madre. Ya sabía que era una esposa perfecta y una amante increíble.

"Más fuerte", suplicó.

Añadí otro dedo, siempre manteniéndome lento y suave.

Nos vinimos juntos, y ella se hundió en mis brazos mientras la llevaba a la ducha. En la cabina, la sostuve cerca, sin querer estar lejos de ella nunca más.

"No puedo creer que hayas ido a ver a mi madre", admitió.

Le besé la frente, enjuagando el champú de su cabello.

"Eso era lo que me había llevado tanto tiempo. Tenía que hacer las cosas bien contigo".

"¿Durante dos días?".

Me encantó que hubiera contado el tiempo.

"Primero fui a la residencia de los Murray".

Ella se inclinó hacia atrás, lanzándome una mirada severa.

"¿Por qué?".

"No te preocupes por eso".

Aun así, la curiosidad la podía.

"¿Está... vivo?".

Me reí, encantado de que pudiera tener el mismo lado oscuro al desear que él estuviera muerto.

"Créeme, hacerles pagar cada centavo de deuda y más será un castigo peor que la misericordia de la muerte".

Sentí cómo su mejilla se alzaba en una sonrisa contra mi pecho mientras la abrazaba de nuevo.

"Luego estuve en el hospital. Ian ha estado manejando gran parte de eso. Es el diplomático entre nosotros. Lo puse a empezar el proceso de pago".

"Todo ese dolor de cabeza administrativo", dijo suspirando.

"Sí, una vez que Nora esté lo suficientemente sana para viajar después del trasplante de riñón, podrá mudarse aquí".

De nuevo, se apartó para mirarme.

"¿Qué?".

Nunca me cansaría de sorprenderla y mimarla. En la cama y fuera de ella.

"Si eso es lo que quieres. Y lo que ella quiere también", agregué. Tener una familia completa aquí sería agradable. Si tuviera que dictar el futuro, apenas estábamos empezando.

"Ella estará ansiosa por conocer a su nieto...", dije frunciendo el ceño, "lo que me recuerda...".

"¿Qué?", dijo, rodeándome con los brazos mientras disfrutaba de su abrazo relajado.

"Ella era muy protectora. Tanto que fue directa al preguntarme si me casé contigo solo para embarazarte".

Ella frunció el ceño.

Ese había sido el plan. Y el plan se había estropeado en el camino.

"¿Por qué pensaría ella que podrías estar embarazada?", preguntó.

Cara sacudió la cabeza, sin saber la respuesta.

"Y lo que tampoco tiene sentido es la falta de notas médicas que indicaran que habías perdido un ovario durante la cirugía".

"¿Cómo lo sabrías?".

Sonreí.

"Cara, hago que la gente hable. Muevo papeles. Digo que se haga y se hace. ¿Cómo crees que tomé el control del cuidado médico de tu madre tan fácilmente?".

"Le pedí a Ian que encontrara toda tu historia médica. Quería saber cuán bajas eran las probabilidades contigo".

Ella me besó en el pecho.

"Si las posibilidades de mi fertilidad fueran tan bajas, ¿me habrías dejado?".

Puse los ojos en blanco.

"Dejarte ir nunca fue una opción".

Su boca se abrió en sorpresa.

"¡Pero lo acordamos!".

Sonrió, riendo.

"Mentí... y no", dije mientras me inclinaba para besarla, "si tus posibilidades de fertilidad fueran escasas, seguiríamos intentándolo, para siempre. Te quiero a ti, y solo a ti, como madre de mis hijos".

Ella sonrió al mirarme.

"Ian aún no ha encontrado ningún registro de una cirugía que pudiera complicar tu fertilidad. Y cuando tu madre parecía pensar lo contrario...".

Frunció el ceño, pensativa y confundida.

"No lo entiendo. Cuando tuve dolor en la espalda y el estómago, mamá me llevó a la ciudad. La clínica cerca de la granja no estaba equipada para mucho, y esa fue la única vez en que insistió en que mi padre pagara algo por mí".

Asentí.

"Exactamente, hay un documento de una apendicectomía, solo eso".

Ella entrecerró los ojos.

"Entonces, ¿por qué me dijeron que había perdido un ovario y...?"

"¿Quién te dijo eso?"

Su rostro se volvió pétreo.

"Keira, mi padre sugirió que ella se encargara de hablar con las enfermeras y médicos en lugar de ‘molestarlo’ a él o a mí. Mi madre tuvo que regresar a la granja. Le molestaba no estar allí, pero tenía que hacer que todo funcionara para poder mantener nuestra vida.

Ahora tenía más sentido.

"Keira tuvo que haber distorsionado la verdad. Inventó lo de mis ovarios y demás...", dijo Cara, sacudiendo la cabeza y gruñendo ligeramente, "¡Esa *perra*!".

Lo hizo por despecho, estaba seguro. Solo para herir a Cara.

"Nos aseguraremos de que tengas la mejor atención médica ahora, tú y el bebé", prometí mientras le tomaba la cara y la besaba tiernamente.

Ahora que nos habíamos encontrado, nunca dejaría que nada se interpusiera en asegurar que ella estuviera feliz y saludable.

Y conmigo. Para siempre.

CARA

Cara

Un año después...

Donal sonrió en cuanto mi madre lo tomó en brazos. Rodé los ojos, esbozando una sonrisa al ver cómo lo consentía, su mayor fuente de mimos.

"Mamá".

"Oh, vamos...", me reprendió con suavidad, "es demasiado adorable como para dejarlo sufrir".

"No estaba sufriendo. Necesita acostumbrarse a estar boca abajo". No podía enojarme. Ver a mi madre sana y feliz, sosteniendo a mi hijo, siempre llenaría mi corazón de amor y alegría.

Había ganado algo de peso, y cada día que pasaba aquí, se parecía menos a la sombra de enfermedad y debilidad que había sido antes.

"¿Verdad que sí?", le susurró, mientras lo llevaba en brazos y lo mecía cantando una vieja nana que recordaba haber escuchado cuando era niña.

"¿Otra vez?", Riley rio al entrar en la habitación. Sacudió la cabeza, sonriendo al ver a mi madre. "Ese niño nunca querrá hacer tiempo boca abajo si lo rescata cada vez".

Me reí con la cocinera, se había convertido en más que un miembro del personal; era una amiga. Durante el último año, había aceptado con gusto mi papel en la casa. Como esposa de un jefe de la mafia, madre de un heredero, y la mujer al mando del castillo, a quien los guardias harían bien en escuchar.

Huir nunca había sido una opción, nunca lo fue, pero ahora, al darme cuenta de que mi madre podía mantener entretenido a mi bebé de tres meses, quería correr a los brazos de mi esposo.

Él había llegado a casa hace solo unos momentos, y yo ansiaba hablar con él.

Y explorar su cuerpo rudo.

Tener a mi madre aquí era una bendición, pero aún deseaba que Donal hubiera podido conocer a

su tocayo. El padre de Declan e Ian falleció tres meses antes de que naciera su nieto, pero me alegraba que hubiera tenido la oportunidad de saber que venía en camino.

Después de que Declan y yo confesamos nuestro amor mutuo, me llevó al piso que había estado cerrado y me presentó a su padre. Aunque era débil y brusco, cuando supe que él fue quien dedicó tanto tiempo a construir los impresionantes establos en la parte trasera, rápidamente conecté con él. Luego, cuando mi madre se mudó, ella también le hacía compañía, hablando sobre caballos.

Oscar se hizo cargo de la granja que tanto me había esforzado por mantener. Al principio, me preocupaba que a mamá le costara dejarla, pero su amor por mí y la emoción de tener un nieto fueron suficientes para convencerla de vender la granja a Oscar.

Declan prácticamente la regaló, vendiéndola por una suma mínima porque sentía que era una forma de recompensar al encargado de los establos por haber estado siempre allí para mí cuando mi propio padre no lo estuvo. Con nuevo equipo, graneros reconstruidos y un equipo de trabajo adecuado, Oscar estaba encaminado al éxito. A menudo nos visitaba, encantado de recorrer las tierras y salir a cabalgar con mi madre, Declan o conmigo.

Se había convertido en un amigo de la familia, no en un empleado, y me alegraba que todo hubiera salido tan bien.

Después de la muerte de Donal, mamá dividió su tiempo entre ayudarme a prepararme para el bebé y los establos. Así era como yo también distribuía mi tiempo. Aunque era una madre primeriza, era joven y había mucho que disfrutar y hacer en los establos. Ya había planes de cría en marcha, y estaba ansiosa por ver cómo los establos crecerían bajo mi influencia.

Desafortunadamente, después de la muerte de Donal, Ian se volvió distante. Declan estaba preocupado por él. Mi rudo esposo parecía estar siempre preocupado o inquieto por algo.

Ser el jefe de la Familia Sullivan no era un rol fácil de cumplir, pero Declan era el hombre perfecto para ello, siempre rápido para actuar y lo suficientemente equilibrado para gobernar.

Sabía que él había notado cómo Ian se había alejado. Yo también lo encontraba curioso. Había logrado acercarme un poco más a mi cuñado y me alegraba verlo disfrutar de su rol de tío, pero ¿y si no era solo por el duelo? ¿Y si había algo más que le preocupaba además de la pérdida de su padre?

La maternidad era una bendición, aunque también era difícil. Adaptarme a mi papel en esta familia y en esta casa era un desafío constante, pero ahora lo acogía con gusto.

Sin embargo, cuando vi a Declan subir las escaleras, hablando por teléfono, me apresuré tras él. Estaba decidida a que me llevara a la cama, a que pasara tiempo conmigo, no con todos los problemas de la semana.

Lo alcancé justo afuera de nuestra habitación, pero no lo sorprendí. Era casi imposible tomarlo desprevenido. Entrenado y hábil como luchador, tenía que ser rápido.

Justo cuando alcancé su teléfono para intentar distraerlo de lo que estaba escribiendo, él me atrapó en sus brazos y, en un movimiento rápido, me levantó sobre su hombro. No solía soltarse

para ser tan juguetón, pero me encantaba cuando lo hacía.

"¿Tratando de sorprenderme?", me provocó.

Solté una risita, alcanzando su cintura para desabotonar sus pantalones mientras nos dirigíamos a nuestra habitación y cerraba la puerta tras nosotros.

"Algo así".

Él soltó una carcajada ronca y me bajó hasta que estuve de pie. Yo continué desnudándolo, ansiosa por tener mi momento con él. "¿Por qué tanta prisa?".

"No sé cuándo tendré otra oportunidad de hacer esto contigo", le respondí con picardía.

Con sus pantalones fuera, me incliné para besar su erección.

"¿Así que es mi culpa?", suspiró, acercándose a mi rostro, "eres tú quien está siempre ocupada".

Puse los ojos en blanco mientras lo tomaba con mi boca.

"Si no estás en los establos, estás con Donal".

Gemí suavemente, lamiendo su vena prominente.

"Y si no estás manejando la casa, estás poniéndote al día con tu madre".

Sus manos rodearon mi rostro, y lo miré a los ojos mientras tenía su miembro en mi boca. "He estado pensando en hablar contigo sobre eso de sobrecargarte de trabajo, querida esposa mía".

"Bueno...", dije después de que se retiró de mi boca y me levantó para acostarme en la cama, "me gusta mantenerme ocupada".

Me desnudó lentamente, besando mi piel mientras la iba descubriendo. "yo te mantendré ocupada aquí".

Sonreí, "tienes que recordarme cuando me excedo", dije, "veces me obsesiono con controlar cada pequeño detalle y me adelanto a mí misma".

"Lo sé...", coincidió, recostándose conmigo, "y haré un mejor esfuerzo". Suspiró contra mi piel, dejando un rastro de besos húmedos y cálidos por los costados de mis pechos.

"Esta semana ha sido larga", añadió.

"¿No lo son siempre?".

Él jugó con mi pezón, mirándome fijamente, "tuve que lidiar con tu padre".

Me tensé, "qué manera de arruinar el momento, Declan".

Él sonrió, deslizando sus dedos dentro de mí, devolviéndome rápidamente a la excitación.

"¿Quiero saber?", pregunté, aún lo suficientemente consciente como para seguir la conversación.

"Keira intentó matarlo".

No podía ser.

"¿Le puso un precio a su cabeza?"

"Sí, parece que quiso repetir la misma jugada que contigo. Arregló un matrimonio para Saoirse con alguien a quien Keira odiaba, todo para conseguir dinero fácil".

Negué con la cabeza, sonriendo.

Durante el invierno, lo habían perdido todo. La mansión se puso en venta y no se logró vender. Joyería, ropa, artículos de diseñador y autos, lo empeñaron todo para pagarle a Declan, y según lo último que supe de Ian, aún estaban lejos de saldar esa deuda.

"Planeaba arreglar que Saoirse fuera la esposa de Smith".

Me reí, entretenida, y él se unió a la risa.

"¡Ese hombre tiene como mínimo noventa años!"

"Tuve que intervenir, no necesito que nadie mate a tu padre. Va a vivir la vida más larga y miserable posible cada minuto que tenga hasta que logre pagarme". Me miró, hambriento y perverso, mientras yo abría la boca para él.

"Basta de hablar", supliqué al ver la siniestra intención en sus ojos.

"¿Hmm, tú crees?", alcanzó los cajones. Ese movimiento solía significar que quería atarme o jugar más duro de lo habitual.

"No esta noche", dije.

"¿No?", alzó una ceja.

Me encantaba su oscuridad. Disfrutaba cuando era rudo y fuerte conmigo. Bajo su equilibrio cuidadoso, podía confiar en que ese toque de dolor se convertiría en la mejor bendición de placer. Su dominio era el mayor estímulo, y me encantaba que él lo supiera también.

No importaba si estábamos en el dormitorio o no, siempre sabía cómo satisfacerme y atender cada una de mis necesidades carnales. Si nunca lo hubiera conocido, si no hubiera pensado dos veces en casarme con él, nunca habría conocido esta dulce liberación. Nunca habría sido bienvenida a esta pasión cruda que necesitaba de un hombre fuerte como él.

Declan tomó mi virginidad la noche de nuestra boda, y lo hizo violentamente. Fue mi introducción al sexo, y solo bajo su trato dominante aprendí lo que me gustaba. Él fue mi primero, y sería mi último, y fue gracias a él que me di cuenta de que me gustaba duro. Que disfrutaba cuando me empujaba, me ataba, me azotaba. Incluso cuando me cogía por detrás.

Nunca hubiera sabido eso de mí misma sin él.

Y nunca hui de su oscuridad; en cambio, la anhelaba.

"¿Por qué no esta noche?", preguntó, deslizándose sobre mí y provocándome con su erección, rozando mi vientre. Bajó un poco más, alineándose para entrar en mí.

"Quizás no sea mala idea ir con calma", dije con suavidad.

No sabía si él haría la conexión. La última vez que había expresado mis preocupaciones sobre la rudeza con la que me tomaba fue esa noche cuando le dije que estaba embarazada de nuestro hijo. Cuando le confesé que lo amaba y él me dijo lo mismo.

Los médicos y la partera me aseguraron que tener relaciones sexuales estaba bien, incluso un nivel más intenso de intimidad. Declan y yo encontramos un punto intermedio, asegurándonos de estar cómodos y satisfechos, pero él sabía que yo me preocupaba por llevar un bebé en mi vientre.

Había tenido razón. Keira finalmente admitió que me había mentido sobre mis supuestos problemas de fertilidad. Poco después de que se supiera que esperábamos a nuestro primer hijo, hizo un comentario desagradable y terminó confesando la verdad. Lo hizo solo para intentar herirme más, pero no me importó.

Estaba en la gloria sabiendo que ella se había equivocado, y que pasaría el resto de mi vida formando una familia con mi esposo.

Declan sonrió, permaneciendo profundo dentro de mí sin moverse, "¿quieres que sea suave esta noche?".

Sonreí más ampliamente y asentí.

"¿Acaso...?", sus cejas se alzaron con sorpresa, "¿estás embarazada? ¿otra vez? ¿tan pronto?".

La emoción y la alegría en su voz me llenaron de felicidad.

Asentí de nuevo, "parece que vamos a tener mellizos irlandeses, mi amor".

Después de su búsqueda por asegurar un heredero, ya íbamos muy adelantados en el juego.

"Te amo demasiado", gruñó.

Lo besé mientras él me llenaba, sabiendo que mi corazón nunca dejaría de hincharse de adoración por este duro hombre de la mafia.